

Estudios : en memoria del Toto Schmucler	Titulo
Tcach Abad, César - Director/a; González, Horacio - Autor/a; Sarlo, Beatriz - Autor/a; Altamirano, Carlos - Autor/a; Entel, Alicia - Autor/a; Incháurregui, Alejandro - Autor/a; Barco, Oscar del - Autor/a; Torre, Juan Carlos - Autor/a; Papalini, Vanina - Autor/a; Casarin, Marcelo - Autor/a; Bellucci, Mabel - Autor/a; Schmucler Iñiguez, Abril - Autor/a;	Autor(es)
Córdoba	Lugar
CEA-UNC	Editorial/Editor
2020	Fecha
	Colección
Schmucler, Héctor;	Temas
Revista	Tipo de documento
"http://biblioteca.clacso.org/Argentina/cea-unc/20200519102320/Estudios.pdf"	URL
Reconocimiento-No Comercial-Sin Derivadas CC BY-NC-ND http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO

<http://biblioteca.clacso.org>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)

Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)

Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)

www.clacso.org



Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales



Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

ESTUDIOS

Especial

DICIEMBRE
2019

REVISTA DEL CENTRO DE ESTUDIOS AVANZADOS

ISSN 1852-1568



EN MEMORIA DEL TOTO SCHMUCLER
Número Extraordinario coeditado con CLACSO

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES - UNC

Universidad Nacional de Córdoba

Rector

Dr. Hugo Oscar Juri

Decana de la Facultad de Ciencias Sociales

Mgter. María Inés Peralta

Directora del Centro de Estudios Avanzados

Dra. Adriana Boria

ESTUDIOS

DICIEMBRE 2019 - NÚMERO ESPECIAL - ISSN 1852-1568

EN MEMORIA DEL TOTO SCHMUCLER



UNC

Universidad
Nacional
de Córdoba



CEA
facultad de ciencias
sociales



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

Estudios. Revista del Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba

Fundador: Héctor Schmucler (UNC)

Director: César Tcach (UNC-CONICET)

Secretaria de Redacción: Marta Philp (FFyH-CEA-UNC)

Consejo Editorial:

Eduardo Bologna (CEA-UNC) - María Susana Bonetto (CEA-UNC) - Adriana Boria (FFyH-CEA-UNC) - Alejandra Ciriza (INCIHUSA-CONICET) - María Teresa Dalmasso (CEA-UNC) - Pío García (CEA-FFyH-UNC) - Mabel Grillo (UNRC) - Carlos Juárez Centeno (CEA-UNC) - Cecilia Lesgart (UNR-CONICET) - Silvia Servetto (CEA-UNC)

Comité Científico Académico:

Marc Angenot (Université Mc Gill)

Cristian Buchrucker (Universidad Nacional de Cuyo-CONICET)

Alejandro Cattaruzza (Universidad de Buenos Aires y Universidad Nacional de Rosario-CONICET)

Fernando Colla (CRLA-Archivos, Université de Poitiers)

Germán García (Centro Descartes)

Susana Garcia Salord (Universidad Autonoma de Mexico)

Abdon Mateos (Universidad Nacional de Educacion a Distancia, España)

Manuel Pérez Ledesma (Universidad Autónoma de Madrid)

Marta Segarra Montaner (Universidad de Barcelona)

Catalina Smulovitz (Universidad Torcuato Di Tella-CONICET)

Editora general y corrección de textos: Rebeca Camaño Semprini

Canje: Diego Solís biblioteca@cea.unc.edu.ar

Estudios es una publicación semestral del Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba, Av. Vélez Sarsfield 153, C.P. 5000, Córdoba, Argentina.

Tel. (54-351) 4332086-4332088: telefax (54-351) 4332086 int. 114

Correo electrónico: revistaestudioscea@gmail.com

Estudios digital: www.revistaestudios.unc.edu.ar - http://revistas.unc.edu.ar - ISSN 1852-1568

Estudios forma parte del Núcleo Básico de Revistas Científicas Argentinas de CAICYT-CONICET.

Estudios integra el Catálogo del Sistema LATINDEX. Categoría 1 (nivel superior de excelencia).

A partir de junio de 2014 forma parte del sistema Dialnet.

Impresión y encuadernación: Ferreyra Editor, ferreyra_editor@yahoo.com.ar

Ilustración de tapa: Diario La Capital, 21-4-19, Rosario.

Los artículos son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no reflejan necesariamente la opinión de la revista. Los originales no solicitados no obligan a su publicación ni devolución.

Dirección Nacional del Derecho de Autor, exp. N° 392.137. Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

ISSN: 1852-1568

Los artículos originales publicados en la revista Estudios son sometidos a evaluación de especialistas de la disciplina correspondiente.

Este número de la revista Estudios contó para su realización con un subsidio de la SECyT-UNC.



Scientific Electronic Library Online

Índice

Editorial

¡Por la vida!	9
<i>César Teach</i>	

Artículos

La presunción teológica.....	13
<i>Horacio González</i>	

¿Cómo se habla de un amigo?	19
<i>Beatriz Sarlo</i>	

En memoria del incansable y noble intelectual.....	31
<i>Carlos Altamirano</i>	

Héctor «Toto» Schmucler. El Maestro, las carreras de Comunicación y los ideales	43
<i>Alicia Entel</i>	

Toto Schmucler	59
<i>Alejandro Incháurregui</i>	

Héctor Schmucler	71
<i>Oscar Del Barco</i>	

Mar del Plata: de la villa balnearia al balneario de masas. Una metáfora de la sociedad argentina	79
<i>Juan Carlos Torre</i>	

La búsqueda de la armonía	91
<i>Vanina Papalini</i>	

Cinco viñetas para celebrar a HS	101
<i>Marcelo Casarin</i>	
Hola, Toto ¿Dónde estás?	105
<i>Mabel Bellucci</i>	
Una semblanza escrita por una nieta	109
<i>Abril Schmucler Iníguez</i>	

¡Por la vida!

Este número especial y extraordinario de la revista *Estudios*, elaborado en homenaje a Héctor Naúm Schmucler es coeditado con CLACSO (Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales), quien a través de Nicolás Arata puso a disposición del Centro de Estudios Avanzados de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba, todo el entusiasmo, la energía y los recursos que esta iniciativa amerita. Fue posible, también, gracias al apoyo incondicional de las autoridades de ambas instituciones, conscientes de la proyección latinoamericana de su figura y sus reflexiones.

Para los interesados en el clima de ideas y el universo político intelectual de la segunda mitad del siglo XX en Argentina, este es un número excepcional. A través de la vida de un intelectual comprometido no solo con el cambio social sino también con el devenir humano –a la sazón, fundador de esta revista en 1993– irrumpen amalgamadas e híbridadas vetas que alimentan varios enfoques: la historia de los intelectuales, los estudios de Memoria, las miradas desde cultura política, la sociología política y la historia intelectual, entre otros. Contrariando por única vez la regla que es tradicional en *Estudios*, la mayor parte de los artículos no tienen el formato académico de rigor, sino que incursionan a través de distintos géneros –el epistolar, la poesía, las memorias parcialmente autobiográficas, los ensayos introspectivos– en filones de pensamiento, ansiedades, traumas e ilusiones que marcaron al menos a tres generaciones de intelectuales argentinos.

A modo de precarias pinceladas: Horacio González recrea la reflexión que conduce del desencanto con la idea de revolución al humanismo crítico; Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano recuperan hitos claves como el plenario de estudiantes e intelectuales que tuvo lugar en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba en 1970, la discusión interna en la revista *Los Libros* –relacionada con el caso Padilla– o el primer número de *Controversia* publicado en 1979 en México, en la que el *Toto* («adaptación argentina» del idish «*Ta-tele*», papito, como recuerda Alejandro Inchaurregui) ubica el centro de su reflexión en la actualidad de los derechos humanos. Alicia Entel, evoca el curso de verano que dio junto con Armand Mattelart en la Facultad

de Filosofía y Letras de la UBA en 1973 y remite al dramático diálogo con sus hijos Pablo y Sergio a fin de salvar sus vidas en 1976. Vanina Papalini, su compañera durante 22 años, nos recuerda que «la política fue para él un ejercicio vital constante que lo llevó del comunismo al socialismo –con algún momento de deslumbramiento por el guevarismo– y al compromiso con Montoneros, organización de la que se apartó antes del '76". Su cercanía a la revista *La Ciudad Futura*, del Club de Cultura Socialista que animaban entre otros José «Pancho» Aricó y Juan Carlos Portantiero, formó también parte de su implacable compromiso con el ejercicio de pensar y repensarse autocriticamente de cara a un futuro mejor. No en vano, Marcelo Casarin recuerda en una de sus viñetas, que supo ponerse en el lugar del otro, «en hacer que el disenso no fuera un quiebre sino la oportunidad para algún descubrimiento. Pero escuchar no era su único don: podía ver el otro lado de las cosas». En las antípodas del académico empeñado en «transmitir la verdad» o «bajar línea», Toto fue el paradigma del intelectual que dialoga, se auto-interroga y comprende en un universo poblado de encuentros reales y en ocasiones imaginarios con los grandes pensadores y escritores del siglo XX (desde escritores como Julio Cortázar, Ricardo Piglia o Ariel Dorfman hasta Gramsci, Adorno, Benjamin o Hanna Arendt). En esa hoja de ruta marcada por la libertad creadora y el pensamiento crítico llevado hasta sus últimas consecuencias, siguió fundando y organizando revistas hasta el final de sus días. Fue, tal vez, el hilo conductor de su praxis intelectual, desde *Pasado y Presente* en 1963 hasta la revista *Los Libros* en 1969 siguiendo por *Controversia* (1979) hasta *Estudios* en 1993 y su participación en 1995 del comité de redacción de la revista *Confines* que dirigía Nicolás Casullo.

Juan Carlos Torre, uno de los últimos intelectuales y amigos que visitó a Toto en Córdoba, optó por el silencio ante la inefabilidad de la muerte y prefirió aportar a este número, un texto académico riguroso que dedica en su homenaje.

Finalmente, la contribución poética de Oscar del Barco, su compañero de andanzas de toda la vida, y de su nieta, Abril Schmucler, completan desde la intimidad el retrato siempre inconcluso de su transitar entre nosotros.

César Tcach
Director de *Estudios*



Artículos

La presunción teológica

Horacio González

Habría una presencia teologal en el pensamiento último de Héctor Schmucler, en el sentido de apuntar tácitamente a lo religioso. Ese minúsculo momento en que se quiere hacer énfasis en una revisión de lo sucedido en un pasado que se revela como un texto que se debe rechazar, porque sostenía imperfectamente una creencia. Sabemos que una vida, en su voraz itinerario, siempre quiere sostenerse en una creencia, y a veces llega el momento en que las que se tenía invitan a la revisión. Pero es una invitación que no sucede de cualquier manera, pues la puerta a la terrible indagación la abren eventos que no debieron suceder de ese modo, y sin embargo están allí, como un acontecimiento imprevisto que sacude el árbol de las convicciones previas.

El sesgo superior del conocimiento humano es la fidelidad a una constancia en el pensar que sea capaz de sostener la lengua en su probable –nunca lo sabremos–, autenticidad. Cada panorama que nos damos como un arte de conveniencia en nuestro pensar, sabemos que está amenazado por grandes desafíos y torbellinos. No pensamos por conveniencia, pero no sabemos cuál es el punto de ajuste entre lo que convenimos en declarar nuestra disposición pensante y las ráfagas inesperadas que desmantelas esa conveniencia. El convenir no es un útil sino lo que somos y por lo que se nos conoce, por lo tanto es lo que conocemos en la medida en que estamos capacitados para decirlo y que se nos juzgue por ello. El Toto es uno de los tantos, de los miles y miles, que averiguó en sí mismo un aviso crucial de que debía desprenderse de un tejido ya establecido de cosas, referidas enteramente al curso de una historia. Esa averiguación interna, dispuesta para tornar en una caducidad lo que en un momento anterior se creía entero, puede ser una visión que contenga un punto de religiosidad, solo un punto, no una religión con sus instrumentos y rituales.

¿Era Toto Schmucler un religioso, un converso? No, era una conciencia que se preparaba para elaborar, al margen de lo que el saber dialéctico le hubiera proporcionado con mayor facilidad, un reversiona-

miento del pasado revolucionario del que se sentía partícipe. No hubo quien no lo hiciera, pero el Toto no consultó todo aquello que los paneles cambiantes de un tiempo histórico nos van permitiendo hacer o decir, conforme se vayan presentando las «fuerzas» o las «razones objetivas». Pero eso, los cambios de los que dispone el ser dialéctico, no son los que invocó el Toto, sino que llamó para sí al pigmento espiritual, ese auxilio que la mística o el pensamiento espiritual que permite cancelar un momento del pasado con una iluminación repentina. Que en ello haya una estructura de culpa, por así decirlo, es lo que justifica apartar de repente –sin importar el tiempo que eso insuma– un conjunto de convicciones sobre la revolución que no se ajustaban a su propia promesa. Poner ese verdadero motor oculto de la autoreflexión, la culpa, en el papel de primer actor en vez de reservarla para planos recónditos muy separados de la argumentación pública, significa un acto filosófico y autobiográfico de enorme dimensión. Quizás toda religión se resume en el lugar que le disponemos a la culpa como compañera de los credos, que cambia totalmente si la hacemos visible, rondando sobre ella voluntariamente, o la dejamos sumergida para que interfiera en la continuidad de nuestro yo argumental.

Si en la revolución se proponía una cierta sacralidad no declarada por la cual los fines últimos que ella implicaba justificaba determinados usos de la violencia, ahora era la dimensión sagrada que se escapaba de ella, para refugiarse en su crítica. Lo sagrado entendido como elemento no explicitado de las éticas revolucionarias –entiéndase, una sacralidad laica–, ahora se desplazaba, pero no de manera oculta, a la crítica de la revolución. En el mejor de los casos para declararla una melancolía y estudiarla como un paso mítico que daba dolor contemplar como un teatro de marionetas que se movían igual que si el soplo de la historia que les correspondía, los estuviera todavía acompañando. Escribía el Toto, hacia mediados de los años 90, que *«la revolución ha sido y tal vez siga siendo la encarnación cotidiana de una construcción metafísica. Existe antes de ser historia. Su razón enraíza en certezas indemostrables: verdades inmanentes alojadas en categorías igualmente metafísicas tales como «pueblo» o «clase». La «voluntad general» rousseauniana es tan caprichosa como las «leyes de la historia» consagradas por el marxismo. En ellas se santificaron los derechos esgrimidos por los revolucionarios que se proclamaron representantes de los oprimidos. Las revoluciones, que no pueden prescindir de ser arbitrarias, nunca fueron iniciadas por los humillados mismos. Les basta con ocupar el lugar de lo sagrado; la revolución pretende ser el relato secularizado de los*

tiempos. Se afirma como absoluto: alfa y omega, origen y llegada. La Revolución Francesa, la Revolución por antonomasia, se nutre en la «voluntad general» e inventó el Terror en nombre de su trascendencia fundadora».

Pensemos no más que estos párrafos llegan más lejos que las especulaciones de *Humanismo y Terror*, que Merleau Ponty escribiera en los años 50, a la sazón traducidas por León Rozitchner al castellano. Pero aquí el terror es un paradigma de la ambigüedad de la política y no cuesta trabajo percibir que está tratado así por convenir de ese modo, a la propia economía de la prosa del eminente filósofo francés. El terrorismo revolucionario se mueve en la ambigüedad, en efecto, del personaje que quiere cambiar el mundo a través de la violencia, de la cual es hijo y ante la cual también sucumbe. En los juicios de 1937 en Moscú, un Bujarrín -o el personaje de Koestler-, podían preferir inculparse de un delito que no hicieron con tal de no declarar lo que íntimamente consideraban atrocidad, que de ser dichas, podrían justificarlos éticamente, pero al costo de perjudicar a la revolución. Toto hace derivar el terror del trascendentalismo absolutista de la posición revolucionaria.

La conducta metafísica, juzgaría Héctor Schmucler, pone el material revolucionario como una fuerza fija que antecede a la historia, por lo cual el crítico se supone que es más historicista que los propios revolucionarios que se amparan en arquetipos creados por una lengua artificial. No obstante, en la crítica a la metafísica revolucionaria, el historicismo radical también sucumbe al unísono. Si Schmucler juzga la Metafísica como un grado inferior a la historia, también la Historia es una sobreactuación de la historia, que es un alambique que filtra a la comunicación y deja de ella lo que queda después de la crítica al dominio que ejercen los que postulan la transparencia comunicativa, oficiantes de una tecnocracia cultural que codifica la memoria, disecándola. Por eso también el Toto se ocupó de la memoria de la revolución. El Toto antepone entonces la metafísica revolucionaria a la historia en su facticidad. Debe hacerlo sin transfigurarse en un historicista. Pero también manteniendo una sacralidad que en verdad, luego de develado el misterio revolucionario, debe otorgársele al pensador que desea reconciliarse con un humanismo despojado de mitos heroicos, y criticarlo hondamente por la equiparación de hecho que hacen los militantes revolucionarios –sean de 1789 o de 1917– entre la revolución y lo sacro convertido en «socialismo heroico». Apresuradas formas sinónimas dejaban lugar para el empleo del terror.

No podemos sino sorprendernos por el hecho de que la revolución, para quedar en vigencia como ley social, debe declararse sagrada, mientras que el que descubre ese dudoso juego con la legitimación de la ley del revolucionario, debe conservar luego lo sagrado, pero sin revolución. Lo ungido por esta nueva sacralidad es la cotidianidad misma, una historia sin sentido autoproclamado ni con fines trazados en cartas prefiguradas por profetas que se creen infundidos por un mandato realista que proponen los humillados, pero en verdad es servido a éstos en las bandejas del manjar revolucionario que los propios revolucionarios definieron, «desde fuera de la clase trabajadora», como pronunció Lenin en 1903.

Es así que, si seguimos leyendo a Héctor Schmucler, encontramos párrafos como estos, donde la función sustituta del revolucionario hace la veces de una *ecclesia* basada en un a priori creada por ella misma pero que disimula que ha extraído de las napas profundas del propio conglomerado social.» *La revolución inventa al pueblo pero cree emanar de él. Lo contempla como actor; parece doblarse a su voluntad, a sus deseos y sólo contempla un fantasma. El único actor, en realidad, es el revolucionario: el que descifra los signos, el que se sabe elegido, el que se siente agente de designios que lo atraviesan. El revolucionario se considera inocente porque la moral ya viene inscrita en la historia. De allí su seguridad; también su desesperación. La Revolución ha suplantado a la Iglesia y, por los mismos temores, proclama idéntica sospecha hacia lo místico. Afirma rituales en vez de cultivar el misterio. Con las alegorías de la exterioridad sustenta el poder, impone la intermediación de sus códigos. La inmediatez del misterio no exige mediaciones. El revolucionario actúa como profeta pero no acepta que lo es y por eso no cree en Dios.*

El revolucionario se basaría entonces en una creencia ya demostrada, que incluye en su propio cuerpo decir que es del pueblo de donde ha emanado. Schmucler ve aquí un acto místico que también se le debe expropiar a los revolucionarios que tan malamente lo tratan. Es más místico el que, habiendo pasado por esas franjas de la historia pasada, ahora las ve apócrifas de mística real, por lo que intenta preservar un resto espiritual en la vida del crítico de la gran leyenda revolucionaria, transformando la condición mística por la que se atravesó como vástago de la revolución, en una mística de la memoria —que la fragiliza, como debe ser, porque es el último bastión de la tolerancia para juzgar lo que fuimos—, y en una crítica al comunicacionalismo, que se yergue ahora como lo que hereda a los tiempos revolucionarios para presentarlos como

trastos viejos, ya agotados en el gabinete del profesional de la melancolía, puesta en la lupa del investigador de las ideas.

De la crítica literaria en *Los Libros* y en *Pasado y presente* a la crítica a las revoluciones, Héctor Toto Schmucler fu descubriendo, para fundar un humanismo crítico (es decir: una memoria de la fragilidad de lo humano sin otra cualidad que su débil memoria), que las revoluciones cerraban un principio inconsecuente de violencia originaria, pero tentó extraer de ellas el aura iniciática, el intento de pensar la espiritualización de la materia. Y todo ello como práctica personal, como militancia en el cuidado del su sí mismo en el resuello de la culpabilidad. Todo carácter que forja una persona que intenta la tarea de abandonar una peladura anterior, nunca es perfecta, es una pasión que mira detrás de sus gafas de molde grueso entre la serenidad triste y la silenciosa alegría.

¿Cómo se habla de un amigo?

Beatriz Sarlo



No puedo llamarlo Héctor Schmucler. Como no puedo llamar José a Pancho Aricó. Para mí, Toto Schmucler es Toto a secas y solo en caso de que un interlocutor lejano o extranjero me mire interrogativamente, doy su nombre completo. No recuerdo a nadie que lo llamara Héctor.

Las formas del nombre que se usen en cada caso marcanlejanía o proximidad. Toto es un sobrenombre vulgar, hoy pasado de moda. Suena barrial, con los ecos de comunidad pequeña y poco prestigiosa. Es fácil para gritar, si se quiere usar el vocativo: ¡Toto!, ¡che Toto!, lo cual da un castellano completamente genuino, a diferencia de un grito como ¡Yónatan, che Yónatan! (que es de los nombres que hoy reemplazan a

los arcaicos Héctor y José). Toto, la repetición de una sílaba idéntica no tiene un bello timbre, sino que retumba, con la entonación baja con que acostumbramos a pronunciar la «o». Casi parece ironía que, a un intelectual bilingüe, que estudió en Córdoba y en la École Pratique des Hautes Études, se lo llame Toto. Tal fue su recorrido académico: de la primera universidad fundada en Argentina a París, sede europea de todas las mitologías y los prestigios.

El sobrenombre nos pone cómodos de inmediato. Excluye la distancia, y fue tan común en el pasado, que quien lo lleve forma parte de una tropa de viejos amigos, primos o vecinos: el Toto. Un sobrenombre fácil, sin el riesgo de que alguien pronuncie mal Héctor, haciendo caer la «c» y convirtiendo el nombre del héroe homérico en su versión popular. Nadie, en cambio, puede equivocarse cuando diga «Toto». Y decir «el Toto» (con el artículo que se juzga signo de lenguaje vulgar) suena perfectamente apropiado a la familiaridad del sobrenombre. En realidad, siempre decíamos «el Toto», afirmando una intimidad que solo se practica con amigos. El sobrenombre acorta camino.

«Toto Schmucler» tiene además otras ventajas: mezcla el apelativo en castellano con un apellido judío. Es el compuesto ideal, sonoro y gráfico, de la integración pacífica de los judíos en Argentina, aunque bien sabemos que hubo capítulos que transcurrieron muy lejos de ese *melting pot* tranquilo, embellecido en la autoimagen retrospectiva de las elites liberales. Pero, pese a una historia que tuvo muchas sacudidas, la integración representa bien a Toto en lo que hizo: fundar revistas con gente diferente y en países distintos como Chile y Argentina, sin temerle a los conflictos, confiado en su capacidad para resolverlos; armar cátedras novedosas de semántica y comunicación en varias universidades y reclutar los equipos que enseñaran esas nuevas disciplinas. Organizar seminarios y posgrados. Repartir sus saberes con mano suelta, sin reservarse nunca el secreto de una bibliografía que otros desconocieran, con el fin mezquino de mantener un lugar adquirido. Por eso, Schmucler como Toto, o Toto como Héctor Schmucler, fue una figura decisiva en las investigaciones de nuevo tipo y nuevos objetos. Estuvo entre los primeros que definieron el campo de «comunicación y cultura», nombre de la revista que dirigió con Armand Mattelart.

El Toto lograba esto porque, desde su nombre, despertaba la serenidad y la confianza que, en verdad, no eran un destino de la nomenclatura sino rasgos de un temperamento. Usaré la palabra que le cuadra: bonhomía. ¿Cómo competir y pelearse en un espacio que él

dirigiera? ¿Cómo pasar por alto su carácter pacífico hasta la conciliación? ¿Cómo ser pedante ante alguien que se distinguía por su trato llano? Habría sonado inverosímil que un estudiante o un miembro de la universidad de Córdoba o de Buenos Aires se dirigiera a él como don Héctor o como doctor Schmucler. No digo que tal cosa no haya sucedido. Digo simplemente que esos vocativos no combinaban bien con su estilo, que invitaba al tuteo, sin practicar el populismo de quien olvida (porque prefiere no pensar en ello) que los interlocutores son distintos por muchas razones: la edad, el privilegio económico, las posiciones institucionales, los libros leídos. Pero, mucho antes de sus grandes textos sobre derechos humanos, estaba convencido de la igualdad sobre las diferencias.

Por eso, solo puedo recordarlo como Toto. O, a lo sumo, como Toto Schmucler para los que no pertenezcan a la variada, contradictoria y colorida tribu de sus amigos. Si en alguien se cumplía el apotegma *nomen est omen* era en Toto: proximidad de grupo y herencia que es típicamente argentina, es decir, migratoria. Y, me permito dar un detalle que vale para él y también para Pancho Aricó, su amigo desde la lejana juventud cordobesa, su amigo en Buenos Aires, su amigo en exilio: Toto hablaba «en cordobés», con un acento menos marcado que el de Aricó, pero que no había perdido o, si se quiere, había elegido conservar en París, en Buenos Aires y en México, para regresar con ese acento a la Argentina, después del exilio. El acento es lo último que se pierde de una lengua; y se sabe que los cordobeses suelen ser persistentes, sobre todo en el caso de intelectuales, seguros de ellos mismos frente a cualquier intento de disminuir sus pergaminos regionales.

Conocer al amigo. *Los Libros*

En la foto de su cumpleaños ochenta, Toto me toma del hombro y los dos sonreímos. Su pelo canoso sigue pareciendo rubión, y cae con los rulos abiertos que siempre usó. La luz del mediodía cordobés es tan intensa como la camaradería que unió a todo el mundo en esa celebración. Es julio de 2011. Varias decenas de amigos hemos comido asado y seguimos hablando, entusiasmados, toda la tarde. Al anochecer, fuimos con Toto a tomar mate a su casa. Rafael Filippelli, Cristian Ferrer, yo y algunos otros que viajaron desde Buenos Aires. Cada uno comenzó su amistad con Toto en momentos diferentes: Cristian, el más joven, cuando

regresó del exilio. Filippelli cuando los dos vivían en ciudad de México. Yo, a fin de 1969 o comienzo de 1970.

Aquella tarde, abrí la puerta de la oficina de *Los Libros*, sobre la calle Tucumán, entre Uruguay y Paraná, convencida de que debía escribir una nota contra la revista *Nueva Crítica*, que acababa de aparecer financiada por el ILARI, organismo internacional ligado al aparato cultural norteamericano, que, en París, también había sostenido la revista *Mundo Nuevo*, dirigida por Emir Rodríguez Monegal (el archienemigo de Ángel Rama). Detrás de esa revista estaba el entonces famoso Congreso por la Libertad de la Cultura, que los antimperialistas aborrecíamos como brazo directo de la CIA. Y también se sospechaba de la Fundación Ford. El cebo en dólares de la penetración imperialista para subordinar a intelectuales latinoamericanos.¹

Toto no pareció entusiasmado con mi propuesta de que la revista *Los Libros* publicara esa denuncia, que repetía en pequeña escala, ínfima para decirlo en su justa medida, el escandalete de *Mundo Nuevo*. Compararlo con la revista argentina que yo agitaba ante los ojos de Toto era magnificarla. Pero no figuraba entre las costumbres de *Los Libros* frenar a una posible colaboradora. Toto, que practicaba una política transgeneracional, estaba convencido de que en su revista debíamos estar todos. Y en efecto, estuvimos muchos y tan diferentes como Germán García y Juan Carlos Torre; Nicolás Rosa, Eliseo Verón, Oscar del Barco y José Szabón; Raúl Sciarreta y Oscar Terán, Juan Carlos Portantiero y Masotta, Jorge Rivera y Horacio Cifardini, Noé Jitrik y Juan Carlos Tedesco. La lista es muy larga, pero la revista tiene su edición facsimilar.²

Con esa notita bastante insignificante, me convertí en colaboradora de *Los Libros* y, más tarde, en miembro del Consejo de Edición que finalmente iba a expulsar a Schmucler de la revista que él había fundado y sostenido intelectualmente durante cinco años. Lo expulsamos, en 1973, por razones políticas y ni siquiera le dimos la oportunidad de que publicara una carta de despedida a los lectores. Una vileza, que en esos años revolucionarios se consideró una victoria de los partidos marxistas prochinos en los que militábamos.³

¹ La frase parecería hoy una antigüedad a la mayoría de los graduados que necesiten dinero para financiar un proyecto.

² *Los Libros*. Buenos Aires, Argentina: Biblioteca Nacional, 2011.

³ Los ejecutores de la expulsión fuimos Carlos Altamirano, Ricardo Piglia y yo. Me excuso por complicar a vivos y muertos, pero ya lo he escrito otras veces, de modo que sería una ingenuidad ocultarlo o una indebida protección de mala fe.

Seguimos con *Los Libros* hasta que lapolicíacerró la revista en 1976. Por suerte ninguno de nosotros estaba en la oficina de la calle Tucumán, de donde habíamos expulsado a Schmucler, de modo que nos salvamos. La historia es ridícula y vergonzosa. *Los Libro*s había sido una idea de Toto: hacer en Argentina algo como la *Quinzaine Littéraire*. Y él había convencido a Guillermo Schavelzon, editor y librero, para que financiara el proyecto. Toto había construido con diversas familias ideológicas y políticas el Consejo de Edición. Y allí convivimos la psicoanalista Miriam Chorne, Germán García, Ricardo Piglia, Carlos Altamirano, y, meses después, yo. Casi no lo conocía a Toto y creo que mi incorporación a la dirección de la revista tuvo que ver con la creciente simpatía con que el grupo de *Pasado y Presente* comenzaba a mirar el peronismo, del que, ironías de la biografía y la historia, yome estaba separando después de vivir un año en Trelew. Esos cruces eran frecuentes: peronistas desencantadas, por una parte, y marxistas críticos por la otra que se encontraban, se saludaban y seguían camino en direcciones exactamente opuestas. A veces sin avisarse unos a otros. Toto se acercaba al peronismo revolucionario y yo al marxismo chino.

Contra los catecismos

Lo narrado da un clima de época, cuyos protagonistas sabíamos siempre menos de lo que creíamos saber. Yo sabía menos estructuralismo y crítica francesa que Toto (que había sido estudiantede Roland Barthes). Y, por supuesto, me separaban varias leguas del marxismo que conocía Pancho Aricó, gran amigo de Toto, desde los años de *Pasado y Presente*. Tanto uno como el otro eran generosos con los más jóvenes e ignorantes. Tenían paciencia para soportar pedidos insistentes, talante democrático para escuchar críticas, y la creencia optimista de que, para todos, el tiempo corría a favor y lo mejor estaba por llegar. Creo que tenían demasiada confianza en mis errores, que a veces se convertían en desplantes, como cuando rechacé traducir un libro de Bourdieu y Passeron que Aricó quería publicar en Siglo XXI, con el argumento de que las cosas andaban demasiado rápido como para sentarme a traducir doscientas páginas. Y esa burrada se la contesté al gran traductor de Gramsci, que evitó darme una lección de modestia.

Escribiendo para *Los Libros*, Toto me sugería alguna moderación en mi amor por la teoría francesa. En una nota, sin ningún propósito

teórico sino para lucirme, me refería algo que creí ver en *El incendio y las vísperas* de Beatriz Guido usando el concepto (novedoso entonces) de «ideologema», que seguramente no habría podido definir con precisión. La sensatez editorial hizo que Toto me sugiriera prescindir de esa palabra recién llegada. Con sincera convicción, sostuve mi derecho a utilizar el léxico que acababa de aprender. Mi inclinación un poco obnubilada por la teoría francesa (la intertextualidad se imponía como concepto magno), me separaba también de las preocupaciones de Toto en ese momento. Había estudiado en Francia, como se sabe, y luego, tempranamente, viró su interés hacia las formas populares y mediáticas de la cultura. Prologó el libro de Ariel Dorfman y Armand Mattelart sobre el Pato Donald, que los afrancesados, recibidos en cursos por correspondencia leídos en *Tel Quel*, no considerábamos gran cosa.

En su interés por las formas mediatizadas de la cultura y por la dimensión popular de lo mediático, Toto se adelantaba a alguien como yo, que seguía dando una batalla más tradicional, pero con léxico *à la page*. Mucho después, nos encontramos en este campo de análisis de objetos culturales populares. Como se sabe, Toto dirigió investigaciones, abrió vocaciones, difundió métodos y teorías, y les proporcionó los espacios institucionales para desarrollarse.

Seguía un impulsodemocrático que provenía de su temperamento y no solo de su formación y sus lecturas. Era antidogmático y pluralista (en una época donde ambas cualidades escaseaban) y evitaba las discusiones teóricas enconadas porque le parecía que las ensombrecía un catecismo doctrinario. Se interesaba por nuevos objetos de investigación, pero no creía que tal interés jubilara automáticamente a otros textos o imágenes.

De todas formas, por encima de los temperamentos más negociadores, el ambiente estaba electrizado y la política de izquierda contribuía a los enfrentamientos que empezaban con la teoría, seguían con las tácticas y terminaban en las peleas y las expulsiones. Los conflictos eran más importantes que la amistad de quienes quedaban atrapados en dos trincheras diferentes (como se decía, adoptando la moda de los símiles militares). Era una época que Toto va a cuestionar de manera ejemplar, durante sus exilio.

Por eso, lo sacamos a Toto de la revista que él había fundado y, sin el menor remordimiento, sin la menor conciencia de la inmoralidad del acto, nos quedamos con ella. La única moral que conocíamos era la lógica política. Años después, cuando lo volví a encontrar a Toto en México le

pregunté avergonzada si podía disculpar y olvidar esa maniobra artera. Se rió. Yo insistí: «¿Toto, serás capaz de perdonarme?» Volvió a reír y dio por concluido para siempre el episodio.

Toto era excepcional en términos morales. Sobre este punto quisiera detenerme. Todos pensábamos que la política estaba en el puesto de mando y que una victoria política (quedarse con una revista ajena, por ejemplo) era la razón última de las maniobras tácticas que conducían al éxito de lo planeado. No habíamos leído a Schmitt o sea que no puede responsabilizárselo, pero para nosotros la política funcionaba como la teología de una concepción más rústica que explicábamos a los militantes de base. En ese clima de ideas, las objeciones morales eran debilidades ideológicas pequeño burguesas, porque toda dimensión debía subordinarse a la última ratio, que era siempre política. Esta *forma mentis*, con todas las diferencias tácticas, era también la de la guerrilla. La política en el puesto de mando. Toto, como se verá más adelante, en el exilio criticó esa *forma mentis*, a fin de encarar su revisión de los años inmediatamente anteriores.

Después de 1976

Gran parte de la tarea intelectual que lo ocupó Toto después del golpe de 1976 fue la reflexión sobre el dogmatismo y la violencia política. Su tópico era la memoria de aquel periodo, pero no solo como teoría de las posibilidades de recordar y de producir un discurso sobre el pasado, sino como un largo y duro autoexamen que no consistía simplemente en una exhortación colectiva a revisar esos años inmediatos, sino implicarse él mismo en la ética de esa revisión dolorosa.⁴

En la revista *Controversia*, publicada por los exiliados argentinos en México, se escribió el denso primer capítulo de esa revisión que Toto realizó con sus amigos. Tengo el original del primer número: tapa blanca, con un plano rectangular marrón dentro del cual, en blanco, un Quijote de Roberto Páez se alza electrizado y solo. El artículo de Toto que abre ese primer número lleva como título «Actualidad de los derechos humanos».

⁴ Una ordenada presentación de las intervenciones de Schmucler sobre este tema puede encontrarse en: Vázquez Villanueva, G. *Solo decir la verdad: memoria, responsabilidad y el esplendor del otro: los discursos sobre no matar de Oscar del Barco y Héctor Schmucler*. Buenos Aires, Argentina: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 2017.

El título no sorprende. Es valiente no porque la dictadura pudiera castigar al exiliado, sino porque sus propios compañeros de exilio leerían ese texto inaugural como un pensamiento nuevo y desafiante sobre la violencia de los años anteriores. La nota comienza afirmando la centralidad de los derechos humanos en cualquier proyecto que aspire al nombre de democrático. Continúa criticando las violaciones en los países llamados socialistas y condena, expresamente, que «el ejército soviético avale al ejército represor de la Argentina, aunque lo haga en nombre del Partido Comunista, la clase obrera y la lucha contra el nazismo». No pasa por alto que oficiales de ese Ejército Rojo fueron condecorados por Videla. No olvida los campos psiquiátricos de reclusión en la URSS. Ese «socialismo», escribe, «gira alrededor de falacias» y «niega los derechos humanos reivindicados en las sociedades capitalistas».

Hoy, salvo entre nostálgicos, olvidadizos o pro cubanos, habría acuerdo. Pero en aquellos años, el debate sobre la naturaleza del llamado «socialismo real» continuaba, incluso después de las invasiones rusas a Checoslovaquia y Polonia. Ya estaba en marcha la crítica a ese «socialismo» soviético, que había comenzado cuando Schmucler y sus amigos todavía publicaban y se pronunciaban en suelo argentino. Todo formaba parte de una argumentación sobre la centralidad de los derechos humanos, que todavía tenía que definirse por completo. Y esto es lo que encaró Toto en su nota del primer número de *Controversia*.

Es un artículo inaugural y de gran audacia si se recuerda que fue publicado en 1979. Su argumento más corajudo todavía agita las aguas tres o cuatro décadas después: «No es necesario inflar las cifras para señalar el horror. Seguramente no es verdad que existan 30.000 desaparecidos en la Argentina, pero seis o siete mil es una cifra pavorosa». Dicho en 1979 esto sonaba como una traición aritmética, y así siguió sonando muchos años más tarde, cuando no solo la existencia sino el número de desaparecidos se convirtió en un símbolo de lo «demasiado, más de lo humanamente tolerable». Y se creyó que era necesario imponer una cifra sagrada.

Pero, ya en 1979, Schmucler estaba convencido de que el carácter inaceptable de las desapariciones no dependía de agregar o sustraer algunos miles a la cuenta. Su defensa de la integridad de los cuerpos y del derecho de quienes los buscaban a honrar a sus muertos no dependía del número sino de actos que, sean cuales sean las cifras, habían cruzado un límite no meramente cuantitativo. Los represores quisieron anular la humanidad física y moral de sus víctimas. Perseguían no solo su muerte,

sino la supresión de cualquier rastro humano, cualquier sentimiento y cualquier huella en la subjetividad.

El argumento es impecable. Después de exponerlo, Schmucler dio un paso aún más audaz:

«Lamentablemente, la guerrilla ha pasado a confundir su imagen con la del propio gobierno en la medida en que ha cultivado la muerte con la misma mentalidad que el fascismo privilegia la fuerza. En nombre de la lucha contra la opresión, ha edificado estructuras del terror y de culto a la violencia ciega. Ha reemplazado la voluntad de las masas por la verdad de un grupo iluminado. Nada de esto la coloca en posición favorable para reivindicar los derechos humanos»

El argumento evalúa a la guerrilla y a la dictadura según los mismos principios éticos. Todavía hoy, esta equiparación es anatema para muchas organizaciones políticas y de derechos humanos.

Tengo el ejemplar original de ese primer número de *Controversia*. Llegó a la casilla de correo que usaba la revista *Punto de Vista*, dentro de un rollo envuelto en otras revistas menos sospechosas, enviado por Manuel Gestal, un libero argentino que también se había radicado en México. Gestal fue quien me detuvo, tres años antes, en la esquina de Uruguay y Tucumán para avisarme que fuerzas de seguridad habían allanado la oficina de *Los Libros*. Recuerdo que alisé el ejemplar de *Controversia* sobre el banco de madera del subterráneo A y comencé a leerlo durante el viaje. Era noviembre de 1979. Me emocioné al comprobar que algunos, en Argentina, no estábamos solos.

La coincidencia con las ideas expuestas por Toto fue inmediata. Nosotros, acá, también pensábamos que esa condena a la violencia ciega de las organizaciones armadas era indispensable.⁵ Y que la realizara el padre de un desaparecido le daba mayor densidad subjetiva: era otra forma del dolor. La posición de Toto nos iba a caracterizar en nuestra denuncia a la dictadura: los represores eran demoníacos, pero nosotros nos habíamos equivocado. Nuestra equivocación no justificaba el asesinato de militantes. Pero era indispensable reconocerla, para salir de un pozo de duelo imprescindible, pero donde no debíamos hundirnos si queríamos realizar, sin obstáculos, una crítica de las izquierdas.

⁵ Quizá convenga aclarar que este «nosotros» es un plural que designa a los que hicieron, desde 1978, la revista *Punto de Vista*, a quienes, demás está decir, no intento representar en absolutamente nada de lo dicho en este texto.

Toto, en ese mismo artículo, había puesto entre comillas la palabra «revolucionarios» aplicada a los grupos armados:

«En la Argentina –además de los caídos en acciones, muertos de guerra reconocidos como legítimos por uno y otro bando– hubo policías sin especial identificación muertos a mansalva, hubo militares asesinados solo por ser militares, dirigentes obreros y políticos exterminados por grupos armados ‘revolucionarios’ que reivindicaban su derecho a privar de la vida a otros seres en función de la ‘justeza’ de la lucha que desarrollaban»

Las comillas que connotaban a «revolucionarios» eran fuertes, porque indicaban que esa palabra, por la que tantos habían muerto y matado, había servido como refugio ideológico y justificación de todos los errores. Y el texto continuaba:

«En la Argentina, la bandera de la muerte se agita a cada paso. Pero los muertos no pueden guiar la acción política de los pueblos. La contabilidad luctuosa, a pesar del desgarramiento, debe dejar lugar al reconocimiento, por sobre los cadáveres, de las razones que los produjeron»

La cita anticipa los debates de la transición democrática. Desde el exilio, Toto se adelantaba a ellos. Y quienes estábamos en Argentina reconocíamos un interlocutor, que Toto también reconocía entonces cuando en el número 4 de *Controversia* discutió con quienes pensaban que en la Argentina no había quedado nadie que mereciera este nombre. Siempre lejos de una visión elitista, siempre lejos del aristocratismo de creerse miembro de un pequeño grupo de únicos e iluminados, Toto enviaba desde su exilio una señal de reconocimiento.

En primer lugar, planteó la discusión cuantitativa:

«Sería difícil enumerar 500.000 exiliados, como algunos dicen, cuando en México, generosamente, sumamos 3.000 y en los otros países –salvo España donde sumarían algunas decenas de miles– las cifras son inferiores a la mexicana. Los números, en este caso, tienen valor cualitativo. La Argentina quedó allá, no está afuera. Ahora vendrán, otra vez, los que sostienen que hablar en esos términos significa ‘hacerle el juego’ a la dictadura militar argentina. Todo lo contrario. El ‘terrorismo de estado’ al que hay que poner fin no sufre con los análisis fantasiosos. Combatido en la Argentina de adentro,

las actividades del exterior que no tienen en cuenta las condiciones concretas en que se realiza la acción posible en el territorio nacional, perturban en vez de ayudarla»

En segundo lugar, este reconocimiento explícito, que polemizaba con las posiciones autocentradas de algunos exiliados, fue para los que estábamos en «la Argentina de adentro» el puente que Schmucler le tendió a un diálogo que dio comienzo por lo menos tres años antes del fin de la dictadura.

La lección

Naturalmente, Toto era un igualitarista: pensaba que, si en México, algunos de los exiliados estaban revisando el pasado, habría sido un acto de soberbia afirmar que, en la Argentina, quienes habían sobrevivido se habían convertido en cadáveres intelectuales, que (como dijo alguien) arriesgaban su vida al permanecer en el país y la arriesgaban en vano. El retorno de los exiliados a una Argentina donde ya sabían que tenían sus interlocutores le dio la razón a Toto y no a la soberbia. Y junto con él, le dio la razón a sus amigos que habían hecho posible la revista *Controversia* que publicó lo que más arriba quedó citado.⁶

Toto fue de los primeros que se preguntó sobre los errores cometidos y sobre nuestra responsabilidad en esos errores. Además de su inteligencia, en el diálogo que mantuvo con sus compañeros de exilio y con nosotros, una vez más demostró la densidad ética de su pensamiento.⁷

Sobre esa dimensión ética no cabían dudas. Era evidente en ese trato llano que Toto tenía con todos y que suscitaba la confianza. Su anti-elitismo fortalecía esa dimensión ética, convirtiéndola no en un código para iguales sino en una práctica que no presuponía excluidos. Daba y

⁶ *Controversia* se publicó entre 1979 y 1981. En el primer número aparece como director Jorge Tula, rodeado por un Consejo de Redacción: José Aricó, Sergio Bufano, Rubén Caletti, Nicolás Casullo, Ricardo Nudelman, Juan Carlos Portantiero, Héctor Schmucler, Oscar Terán. Más tarde se incorporó Carlos Ábalo. Hay edición facsimilar: *Controversia*, Buenos Aires, Argentina: Ejercitar la memoria editores, 2009.

⁷ «De este modo, sus escritos constituyen un arco extendido desde 1979 a 2005, portador de un notable y enriquecido decir veraz, ejercido a través de un doloroso y exhaustivo trabajo de memoria», en Vázquez Villanueva, G., cit. p. 167.

tomaba sin suspicacias ni psicológicas ni morales. Toto no era ingenuo, pero no usaba las estrategias protectoras del desconfiado. Lo vi enojarse por alguna pequeña tramoya que se armara, pero el enojo duraba poco. Creo que olvidaba la tramoya y al tramoyista.

Ese es el hombre de las fotos que estoy mirando. Fueron tomadas en la fiesta con que se celebraron sus ochenta años, organizada por su nieta en la parrilla de un hotelcordobés, cercano a la casa de Toto en Río Ceballos. Nadie faltó a esa fiesta, que comenzó a mediodía y duró hasta el atardecer. Todavía lo veo, de lejos, en medio del salón, a Oscar del Barco. Cuando lo vi, pensé que no estaban Pancho Aricó y Nicolás Casullo, grandes amigos de Toto. Ninguna fiesta puede ser completa. La muerte ya los había mordido con su saña incongruente. Pero, como dije antes, estaban los «nuevos», como Cristian Ferrer. La hospitalidad afectiva tenía un lugar para todo el mundo. Muchos, más encerrados en nuestras simpatías y antipatías, a veces pensábamos que exageraba. Nos costaba aprender la lección del Toto.

En memoria del incansable y noble intelectual

Querido César:

Te escribo en respuesta a tu solicitud de un artículo sobre Héctor H. Schmucler para el número que *Estudios* prepara en homenaje a quien fuera su creador. Acepto la invitación y te agradezco la oportunidad de escribir en memoria del incansable y noble intelectual que fue Schmucler.

La forma que me ha resultado más apta es esta, una carta. Me permite hacer el movimiento de mirar hacia atrás sólo con ayuda de lo que me ha quedado para evocar libremente las ocasiones, los entornos y las modalidades del trato que tuve con Toto Schmucler, de las experiencias que compartimos y de la relación que nació de esos encuentros de nuestras vidas. No olvido, por supuesto, lo que observaba Philip Roth a propósito de estos regresos al pasado: con el tiempo uno incorpora, sin buscarlo ni saberlo, imaginación a las retrospectivas— los recuerdos de lo sucedido no son ya recuerdos de los hechos, sino de nuestra imaginación de los hechos—.

Lo conocí personalmente a Schmucler en Buenos Aires, en la oficina que tenía la revista *Los libros* en la calle Tucumán, al lado de la librería Galerna. Debe de haber sido en 1969 o 1970. Sabía, por supuesto, quién era Héctor H. Schmucler, un nombre inseparable (no solo para mí, claro) del grupo que había editado en Córdoba, entre 1963 y 1966, *Pasado y Presente*, seguramente la más destacada publicación de la nueva izquierda argentina. Hago aquí un paréntesis para darle un contexto a esta última afirmación.

Desde fines de los años cincuenta y durante gran parte de la década siguiente se vivió, en el ecosistema cultural de la izquierda, un tiempo de florecimiento de la *nueva izquierda*, expresión que designaba una nebulosa de pequeños agrupamientos políticos, algunas figuras y, sobre todo, revistas entre literarias y políticas. Como en otras partes del mundo (Francia, Italia, Inglaterra, EE.UU.), nuestra nueva izquierda era una

especie de *gauche* de la *gauche* y estaba compuesta sobre todo por jóvenes. Sus posiciones ideológicas, en efecto, eran más radicales que las de la izquierda histórica, la llamada *vieja izquierda*. Los dos partidos representativos del espíritu de la vieja izquierda, el Socialista y el Comunista, se consideraban, si bien con variantes, herederos de la tradición liberal argentina, es decir, eran progresistas; los voceros de la nueva izquierda cuestionaban el compromiso con esa tradición y afirmaban la necesidad de una ruptura con ella si se querían cambiar las cosas en el país. Por otro lado, al mismo tiempo que proclamaban la autoridad intelectual del marxismo, los jóvenes, en particular los del ambiente universitario, exigían que ese marxismo fuera un pensamiento menos tosco que el que transmitían las publicaciones de la izquierda establecida. Se reclamaba un marxismo capaz de medirse con el pensamiento filosófico contemporáneo. Lo que quería decir todavía a comienzos de los sesenta, cuando la revolución estructuralista aún no se había desatado, principal aunque no exclusivamente, la fenomenología, según la lección que procedía de *Les Temps Modernes*, Jean-Paul Sartre, Maurice Merleau-Ponty. Un marxismo, dicho en resumen, liberado de la horma soviética, dispuesto a incorporar la verdad que contuvieran otras posiciones teóricas y abierto a las adquisiciones de las disciplinas que en aquella época recibían el nombre de nuevas ciencias humanas.

A este universo intelectualmente inquieto iba a incorporarse *Pasado y Presente* en el otoño de 1963. Tengo todavía en la memoria la tapa roja del número 1. Un profesor cordobés, Carlos Giordano, que se ocupaba de literatura argentina en la Universidad de Córdoba, pero enseñaba griego en la Facultad de Humanidades de Resistencia donde yo estudiaba letras, me llevó un ejemplar. Fue también Giordano quien me habló del núcleo cordobés de *Pasado y Presente*, un círculo que él también integraba y cuyos nombres salientes eran los de José Aricó, Oscar del Barco, Héctor H. Schmucler... Tras la aparición de aquel primer número y de un tiempo de deliberación en la cumbre partidaria, los tres serían expulsados del Partido Comunista, cuyas autoridades vieron en la publicación una manifestación de herejía. Hay muchos testimonios y muy buenos estudios sobre *Pasado y Presente* (pienso, por ejemplo, en *La cola del diablo*, de José Aricó, en *Los gramscianos argentinos. Política y cultura en la experiencia de Pasado y Presente*, de Raúl Burgos, en el capítulo sobre Gramsci y la nueva izquierda del gran libro de Adriana Petra, *Intelectuales y cultura comunista*). No veo necesario, por lo tanto, detenerme en las líneas de aquel debate y la trayectoria posterior de la revista.

Solo quiero subrayar que pocos de quienes tuvieran veleidades intelectuales dentro de la izquierda universitaria se resistían a leer las páginas de esa publicación llegada de Córdoba y se asociaba con el nombre de Antonio Gramsci y lo que se denominaba el «marxismo italiano». Era mi caso, que por entonces militaba en las filas estudiantiles de la Juventud Comunista.

La revista *Los libros* comenzó a salir en 1969. Desde muchos meses antes de su aparición ya circulaba en los medios literarios de Buenos Aires el rumor de que Toto Schmucler, que había regresado de Francia hacía poco tiempo, estaba en conversaciones con editores y críticos literarios para editar en Buenos Aires una revista según el modelo de la *Quinzaine Littéraire*. Fundada unos años antes por el crítico Maurice Nadeau, la *Quinzaine* era un periódico consagrado a la crítica y la reseña de libros. Su réplica en Buenos Aires sería mensual —«un mes de publicaciones en la Argentina y el mundo», se leerá junto al nombre *Los libros*— y asumirá entre nosotros la imagen de la nueva crítica, a la que se identificaba con el estructuralismo. Esta identificación no era arbitraria. El estructuralismo, como había escrito Roland Barthes, no constituía una doctrina, un movimiento ni una escuela; él detectaba un «léxico» y prefería hablar de «actividad estructuralista», expresión con la que denominaba una perspectiva de análisis que se proyectaba en el territorio de las disciplinas del mundo social y se inspiraba en el modelo de la lingüística saussuriana y el apotegma de su creador, Ferdinand de Saussure: la lengua es forma, no sustancia. Ahora bien, en ningún otro dominio el estructuralismo ejerció su ascendiente como en la crítica literaria y eso se reflejaba en las páginas de *Los libros*. Es verdad que, por otro lado, no todos los que escribieron en la revista desde el primer número, aparecido en 1969, se hubieran reconocido como estructuralistas ni siquiera en el léxico.

El espacio de la oficina que tenía *Los libros* en la calle Tucumán no era holgado; sin embargo, en poco tiempo se generó en ese lugar reducido un ambiente de tertulia entre cultural y política. Ocurría por las tardes. Personas de diferentes tribus (escritores, psicoanalistas, sociólogos, críticas y críticos, gente de izquierda con aficiones intelectuales) pasaban por allí, si había lugar se sentaban un rato, ojeaban los libros que habían llegado para reseñas, a veces proponían alguna colaboración, charlaban o discutían un rato con los otros. No siempre se trataba de los mismos concurrentes, aunque algunos eran más frecuentes. Me quedan algunos nombres de los que pasaban por aquella oficina: David e Ismael

Viñas, Beatriz Sarlo, Germán García, Nicolás Rosa, Ricardo Piglia, que era uno de los hombres de consulta de Schmucler. Dos jóvenes cordobeses, que fueron sucesivamente secretarios de redacción de la revista, Santiago Funes y Marcelo Díaz, integraban la ronda. Ya no recuerdo cómo, pero supongo que debo haber sido alentado por Piglia, a quien por entonces veía con cierta frecuencia, un día pasé a asistir también a ese corrillo de *Los libros*. Ahí lo conocí a Toto (nadie lo llamaba Héctor). A medida que me familiarizaba con el funcionamiento de aquel pequeño ámbito de sociabilidad, advertía lo que ese funcionamiento debía al inventor y director de la revista, a su estilo afable, su mente curiosa, a su gusto por la conversación. Nunca le pregunté qué había hecho en Francia, pero lo escuché contar una vez que Roland Barthes había sido su director de estudios durante su estancia en París.

En 1970 algunas agrupaciones estudiantiles de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Córdoba organizaron una reunión nacional de intelectuales y estudiantes. Después de los sucesos del 29 de mayo de 1969, Córdoba era como una Meca para la izquierda argentina, sobre todo para aquella que se proclamaba revolucionaria. Para ésta el Cordobazo había constituido en un acontecimiento crucial: no solo abrió una crisis irreversible en el régimen autoritario de la Revolución Argentina que presidía el general Onganía, sino que marcó el nacimiento de un nuevo movimiento obrero o, si se prefiere, marcó la aparición de nuevos actores en el movimiento obrero argentino. La lucha de clases y la lucha contra la dictadura se habían entrelazado. Córdoba se volvió objeto de un discurso exaltante.

El encuentro que se preparaba en la universidad nacional de aquella ciudad, que ya contaba con los laureles de la Reforma de 1918, se inscribía, a los ojos de todos, tanto de los organizadores como de los invitados, en el marco de ese nuevo curso abierto por el 29 de mayo del año anterior. Para allá fueron Schmucler, Piglia, David Viñas. Debe de haber sido hacia la segunda mitad de septiembre. Aunque no tenía para entonces otra credencial que la de militante de una de las organizaciones ultraizquierdistas que por entonces pululaban, también yo fui de la partida. Tengo viva todavía una impresión de esos dos o tres días de asamblea: un clima entusiasta y muchos rostros jóvenes. No hubo, en realidad, una asamblea sino varias asambleas simultáneas, pero en diferentes aulas. La separación de los espacios obedecía a los tópicos que se abordaría en cada uno de los cónclaves. Uno de ellos estuvo consagrado al papel de la literatura en el combate que se avecinaba: todos queríamos la

revolución, pero ¿qué pasaba con el arte literario? Con los amigos de *Los libros* fuimos a esa palestra.

Solo puedo presentar un testimonio sumario y deshilachado de la encrespada discusión de esos días –dos o tres días, no estoy seguro–. Aunque el izquierdismo político constituía el elemento común a todos los que nos reunimos en aquella asamblea, esta iba a terminar con los participantes en completo desacuerdo. David Viñas fue uno de los contendientes y no tardó en mostrarse beligerante y dispuesto a dominar el debate. Como es sabido, Viñas no era simplemente un novelista y ensayista renombrado: era un caudillo intelectual, un caudillo de retórica vehemente, visiones penetrantes y razonamiento esquemático, simplificador. Su doctrina seguía siendo la de *Contorno*: la tarea de escribir no constituía un hecho gratuito sino una acción moral; la literatura y el escritor comprometidos debían hacer visibles las impudicias del mundo, las humillaciones, las imposturas. Viñas no admitía réplica ni objeción a su idea del compromiso literario. Menos aún admitía rivales en la escena, fuera cual fuera esta. Ahora bien, en aquella asamblea había también otro líder, otro mentor carismático, Oscar del Barco, que no estaba dispuesto a dejarse copar la parada en un ámbito donde, además, contaba con muchos seguidores. Para del Barco, la literatura no pertenecía al mismo dominio que la moral, la justicia, al del lenguaje propio del análisis y con el que se denunciaba la opresión. Había que dar reconocimiento a que su reino era otro y que el discurso verdaderamente literario no se prestaba a las paráfrasis, a ser traducido a otro lenguaje. Había que saber escuchar ese lenguaje. En una de sus intervenciones desafió a los presentes (sin decirlo, Viñas era el destinatario) a que explicaran de dónde provenía la belleza del primer verso de *La tierra baldía*, de T.S. Eliot: «Abril es el mes más cruel». Durante un rato se dio vueltas en torno de ese verso, mientras Viñas se volvía cada vez más irritado y agresivo.

En algún momento, Piglia se sumó al contrapunto. Cuestionó las tesis de del Barco, pero se cuidó también de no ser confundido con las posiciones de Viñas. (Según leo en el segundo volumen de su *Diario*, Piglia veía que los argumentos de del Barco pagaban tributo a George Bataille, venerado en aquel momento por la vanguardia francesa, de Foucault a *Tel Quel*. Tal vez, pienso ahora, había en esos argumentos más tributo a Heidegger que a Bataille). El punto de vista que expuso Piglia era también vanguardista, pero su vanguardia era otra. El escritor, sostuvo, debía producir textos que tuvieran la potencia que había tenido la palabra Tupamaros en el Uruguay, donde las autoridades prohibieron

el término que daba nombre a la organización guerrillera. O sea: la literatura debía producir textos que obligaran al poder a sacarlos de circulación. Hablaron muchos más de los que acabo de nombrar y sé que no les hago justicia, pero, como se sabe, la memoria no es pareja, se ensancha o se adelgaza por razones que desconocemos y esta evocación refleja esa marcha variada.

En los intervalos y en las horas de la comida, Schmucler trataba de apaciguar. No lo sé, pero dudo de que tuviera una posición equidistante respecto de las que se manifestaban en la discusión. Creo, más bien, que buscaba evitar que la diversidad de perspectivas desintegrara el terreno que tenían en común quienes eran sus amigos –los de Córdoba y los de Buenos Aires–, que se hiciera imposible alguna convergencia. Pero todos estaban amoscados y cada uno se quedó finalmente en lo suyo.

En 1971, supongo que debe de haber sido en los primeros meses de ese año, formamos una especie de seminario, entre cuyos integrantes me encontraba junto con Toto, Piglia, Oscar Landi, Nicolás Rosa y algunos más que no recuerdo. El objetivo era discutir textos, eventualmente alguno producido por los participantes. Nos reunimos varias veces, no sé cuántas, en una amplia oficina de la sede argentina de Siglo XXI, cuyo desembarco en Buenos Aires era muy reciente. Schmucler trabajaba en la editorial. De las discusiones que tuvo el grupo recuerdo una, creo que fue la primera, y que tuvo como base un escrito de Ricardo sobre dependencia y literatura argentina. Nos gustó y elogiamos el artículo que tenía como fundamento una tesis que todos suscribíamos por entonces: la dependencia, de la económica a la cultural, constituía la clave para describir y explicar las diferentes dimensiones de la vida nacional. El dependantismo, que por entonces era una de las ideas fuertes del pensamiento de la izquierda radical, sacó de circulación el esquema desarrollo/subdesarrollo, hasta entonces muy vigente en el pensamiento social latinoamericano.

Ese año, mientras la politización que dejaban ver sus tapas y sus páginas era cada vez más marcada, *Los libros* entró en crisis económica y parecía hallarse al borde del cierre. Lo que recuerdo, aunque borrosamente es que el gerente de la editorial Galerna, que desde el comienzo había sido algo así el *sponsor* de la revista, le había dicho a Toto que la editorial ya no podía continuar con ese patrocinio y que si la publicación quería seguir, debía hacerlo por sus propios medios. Schmucler convocó entonces a los amigos de *Los libros* para plantearles la situación y escuchar sugerencias.

No sé si hubo más de una reunión; en la memoria solo me queda la imagen de una a la que asistí. Se llevó a cabo en aquella pequeña oficina de la calle Tucumán: algunos sentados, otros parados, todos nos apretábamos en ese estrecho departamento. Pese a la incomodidad, el ambiente era animoso: todos considerábamos que la revista debía continuar y le hicimos saber a Toto que lo acompañaríamos, que *Los libros* se había ganado un lugar en el campo cultural al que no se debía renunciar y que la politización del último tiempo debía proseguir y aun acentuarse. Puse también mi grano de arena para reforzar este sesgo. Dije que el lema que acompañaba el nombre de *Los libros* («un mes de publicaciones en la Argentina y el mundo») era insustancial, que se lo debía reemplazar por uno que tradujera el nuevo empeño de la revista y propuse sustituir aquel lema por la consigna «Para una crítica política de la cultura». Esta sería la divisa de la revista a partir del número siguiente. Ese mismo año Schmucler introdujo un cambio en la dirección de la revista: mantuvo su condición de director, pero nos propuso integrar el consejo de redacción de *Los libros* a Piglia y a mí.

No sé si antes o después de esta variación tuvo lugar una fuerte discusión en la revista sobre lo que se llamaba el «caso Padilla». ¿No había que decir algo? El arresto del poeta y periodista cubano Heberto Padilla y después su «autocrítica», publicada en las páginas de la revista *Casa de las Américas*, habían provocado la reacción de la *intelligentsia* europea de izquierda que desde 1959 actuaba como compañera de ruta de la experiencia cubana. Ahora, el encarcelamiento de un escritor disconforme desató la alarma: ¿qué significaba, finalmente, la célebre fórmula de Fidel Castro: «Dentro de la revolución todo, fuera de la revolución nada»? En una carta en que declaraban su solidaridad con los principios de la Revolución Cubana, los intelectuales de mayor notoriedad en la *rivegauche* del Viejo Mundo le solicitaban al comandante Fidel la reconsideración del caso. Apareció en *Le Monde* en abril de 1971 y los nombres que figuraban al pie de la apelación iban de Jean-Paul Sartre a Italo Calvino, de Hans Magnus Enzensberger a Juan Goytisolo, Rossana Rosanda, Simone de Beauvoir y muchos otros representantes de la cultura progresista europea. La suscribían también algunos escritores latinoamericanos, como Carlos Fuentes, Octavio Paz, Julio Cortázar y Mario Vargas Llosa. Una segunda carta siguió a la publicación en Cuba de la autocrítica de Padilla, en cuya espontaneidad nadie creía. Pero esta fue ya una declaración de ruptura, un divorcio que sería irreversible.

La discusión sobre si *Los libros* debía tomar posición pública y, en ese caso, qué debía decirse, no se llevó a cabo en la oficina de Tucumán sino en una de Siglo XXI. Aunque vagamente, me quedan en la memoria dos de los que participaron en el debate –Santiago Funes y José Aricó, que entonces era el gerente de la editorial–, además, por supuesto, de quienes integrábamos el consejo de redacción de la revista. El núcleo del diferendo radicaba en si había que hacer una declaración pública, pues ninguno defendía el Estado censor ni creía en la autenticidad de la auto-crítica del escritor cubano: todos éramos postestalinianos. Piglia y yo, enrolados por entonces en las filas de la izquierda maoísta, opinábamos que debíamos manifestar públicamente una posición crítica sobre los procedimientos de las autoridades cubanas. No queríamos, sin embargo, que nuestra opinión fuera confundida con una posición liberal o pluralista: si Padilla había obrado contra la revolución, lo que correspondía no era sancionarlo con medidas burocráticas sino con la crítica de las masas (la representación mitologizada de la Revolución Cultural obraba en nuestra imaginación). Toto y el resto sostenían que nuestra posición ignoraba la difícil situación de Cuba, permanentemente asediada por el imperialismo, que nuestro punto de vista era políticamente abstracto, etc.

Durante largas horas expusimos y nos repetimos unos a otros los mismos argumentos, sin que nadie cediera. Éramos inflexibles en aquel tiempo y juzgábamos la inflexibilidad como una virtud, una señal de rigor ideológico. Pero no nos mostrábamos intransigentes solo respecto de lo que podríamos llamar los valores políticos últimos, sino también de los penúltimos y aun de los antepenúltimos... Salimos, pues, de aquellas reuniones tal como habíamos entrado. Se consideró, de todos modos, que debíamos hacer público al menos el debate y me encargaron que hiciera la síntesis de la discusión a partir de una grabación de la porfía. Del esfuerzo por no dejar afuera ninguna opinión salió un texto pesado de leer, poco claro, que, según creo, se publicó en *Los libros*.

Tiempo después, calculo que habrá sido entre fines de 1971 y comienzos de 1972, Toto nos propuso la incorporación de tres miembros nuevos a la dirección de la revista: Miriam Chorne, Germán García y Beatriz Sarlo. Todos nos conocíamos, integrábamos el elenco de los amigos de la revista, así que la ampliación del consejo nos cayó bien. Me imagino que Toto había advertido que en el grupo previo de tres él se hallaba en minoría ante dos maoístas inclinados a entenderse. En el nuevo colectivo esa situación se diluía. La dinámica de los hechos políticos

en el país, sin embargo, presionaba sobre los integrantes de una revista que cada vez más tomaba la palabra en los asuntos de la vida pública. Con la excepción de Germán García, que juzgaba como delirantes los razonamientos políticos a los que nos entregábamos en las reuniones de la redacción, y Miriam Chorne, el resto se animaba con las disputas sobre las alternativas del presente nacional. Trazábamos panoramas de la coyuntura, imaginábamos el futuro y tomábamos partido. (No sé si ya por entonces Toto había iniciado su relación con Montoneros, de la que habla en una entrevista publicada recientemente en la revista *Zigurat*.) Un artículo mío sobre la actualidad política provocaría una discusión que iba a terminar con el alejamiento de quien había sido su fundador.

Hago aquí menciones telegráficas a algunos datos de aquella actualidad. Desde marzo de 1971 el país se hallaba bajo el mando del general Lanusse, el último jefe del régimen iniciado casi cinco años antes – el «Estado burocrático autoritario», según la categoría que forjaría Guillermo O'Donnell–. El nuevo titular del ejecutivo había dejado de lado la denominación con que el experimento militar-civil se había puesto en ejecución en junio de 1966 –Revolución Argentina– y hablaba en nombre del gobierno de las fuerzas armadas. El poder militar subsistía, pero sus divisiones se habían hecho públicamente visibles y su crédito se hallaba menoscabado. El Cordobazo había erosionado la autoridad del general Onganía, el primer presidente de la Revolución Argentina, que fue apartado del cargo por sus congéneres; un nuevo sacudimiento en Córdoba en 1971 provocó el alejamiento del reemplazante, el general Levingston. Me acuerdo que a mediados de ese año, *Los libros* dedicó parte de uno de sus números al proceso que tenía como escenario la ciudad mediterránea. «Córdoba, la movilización permanente» era el título que Francisco Delich le dio a su artículo; «Una oposición social», rotuló al suyo Juan Carlos Torre. Para entonces ya no se trataba solo de Córdoba, de los sindicatos de fábrica o de los nuevos dirigentes obreros, de Rosario o de la agitación estudiantil de Corrientes y otras ciudades: la Argentina aparecía cada vez más activada contra el régimen en todos sus rincones. Por otro lado, desde fines de 1970 funcionaba un agrupamiento partidario –»La hora del pueblo»–, donde convergieron peronistas y radicales junto con otras fuerzas políticas en demanda de un pronto retorno a la soberanía de la voluntad popular y a las instituciones de la democracia política sin proscripciones. A ese escenario se incorporó, a comienzos de la década, la acción de los partidos armados de la izquierda.

Como respuesta a esta situación en que crecía la hostilidad contra el gobierno controlado por las fuerzas armadas, el general Lanusse había anunciado el retorno a las elecciones, al funcionamiento de los partidos políticos (cuya actividad fue rehabilitada) y al régimen constitucional. En los comicios que se prometían no habría proscripciones, es decir, no se excluiría al peronismo del juego político legal. Pero, para que este final del experimento autoritario de 1966 no terminara en un fracaso, para que no significara un salto al vacío, era necesario darle un sustento sólido. Se requería lo que las autoridades llamaron un «gran acuerdo nacional», el GAN, como se lo va a nombrar en el lenguaje corriente, un compromiso al que debían concurrir no solo los partidos, sino también las organizaciones corporativas y otras entidades de la sociedad civil. Todos –en primer término, peronistas y antiperonistas– debían hacer su contribución y conceder algo. La propuesta del régimen militar de una normalización institucional más o menos próxima parecía ir al encuentro de lo que solicitaban las fuerzas políticas agrupadas en «La hora del pueblo». Ahora bien, ¿qué haría ante este llamamiento quien era su gran destinatario, el general Perón, que se hallaba en el exilio y era la cabeza del mayor movimiento popular de la Argentina? ¿Cooperaría con el acuerdo? ¿Lo boicotearía? ¿Negociaría? En torno de estas cuestiones se abrió un juego de astucias que tenía dos grandes apostadores, uno en Buenos Aires, el otro en Madrid.

En *Los libros* todos éramos opositores al GAN, como lo era el conjunto de la izquierda radical en sus diferentes grupos y versiones. No veíamos en esa propuesta más que una operación política destinada a sacar del callejón a un régimen acorralado, al que minaban sus conflictos internos y que buscaba un apoyo que no fuera solo el de las armas. El tema de la democracia política nos dejaba fríos: ¿no sabíamos que esa fraseología, aun en el mejor de los casos, solo estaba destinada a legitimar un cambio de forma en la dominación política? En fin, juzgamos que debíamos pronunciarnos, que la revista tenía que fijar una postura crítica de carácter público. ¿Pensábamos que eso tendría efecto sobre la marcha de las cosas? Hasta donde recuerdo, no era esa la clase de preguntas que nos hacíamos. La verdad es que no participábamos del juego político ni influíamos en él, aunque lo creyéramos. El crédito que se había ganado *Los libros* remitía a otro espacio, el de la cultura intelectual, más específicamente, al lado izquierdo de esa cultura, que por entonces ya comenzaba a ser más ancho que el lado opuesto.

¿Quién escribiría el artículo que haría expresa la oposición de la revista al GAN y a la intención política que le atribuíamos? Fui el destinatario de ese encargo. Escribí con las lentes del grupo en el que militaba, el PCR, una pequeña organización maoísta cuyo rigorismo era inversamente proporcional a su relevancia en la escena política. El texto que resultó dio lugar a una intensa y prolongada discusión dentro de la redacción, una discordia que nos tendría como principales protagonistas a Toto y a mí, aunque todos tomaran la palabra más de una vez a lo largo de reuniones que duraban horas. El nudo de la divergencia estaba en el juicio sobre Perón y su papel en el proceso político nacional que estaba en curso. ¿Quién era Perón según mis lentes sino un político burgués que tenía gran ascendiente sobre las masas y hablaba en nombre de ellas, pero que buscaba controlarlas y desviarlas del camino de la revolución social? La oposición de líder exiliado era una estratagema para negociar su papel en la salida electoral que preparaban la cúpula militar y sus colaboradores civiles. Toto se oponía a ese enfoque y opinaba que la revista no debía publicar el artículo.

No he vuelto a leer el artículo que escribí sobre el GAN. Solo sé que en poco tiempo la realidad iba a tomar un curso que mostraría la inutilidad del pretendido análisis que contenía ese texto, un reflejo del izquierdismo infantil que me animaba. Saber, por otro lado, que las réplicas de la historia fueron más crueles para todos los grupos que hablaban y actuaban en nombre de una izquierda que se quería menos libresca y abstracta, más atenta al hecho nacional, no puede ofrecer consuelo más que a los estúpidos. Ahora, al pensar nuevamente en aquella discusión, me pregunto si no hubiera podido adoptar otra actitud que la de defender el artículo que había escrito. Sí, claro, puedo imaginarme hoy otras actitudes, pero me doy cuenta de que para eso debo imaginar también otro tiempo (no aquel que creíamos era el tiempo de la revolución), otra visión de la política, otra idea del compromiso cívico, otro yo.

El artículo finalmente fue publicado. En la memoria me queda el recuerdo de que Ricardo Piglia y Beatriz Sarlo, que consideraban que el texto no podía ser excluido, redactaron una especie de editorial en quedaban cuenta del debate, explicaban las razones para la publicación del texto, aunque expresaban reservas sobre mis opiniones. Unas semanas después de la aparición de ese número de *Los libros*, Toto renunció a la revista. Miriam Chorne y Germán García lo harían no mucho después. Cada uno siguió su camino y a Toto lo dejé de ver por unos años. Sin él la revista perdió diversidad, se volvió monológica.

Nos volvimos a encontrar en 1981, en la ciudad de México, donde estaba exiliado. Creo que fue en su casa y ya no recuerdo de qué hablamos, pero sí de que era el Toto de siempre –acogedor, de conversación libre y animada–. Para entonces ya había iniciado la valerosa y moralmente exigente reflexión sobre la cuestión de los derechos humanos que iba a distinguirlo en el debate argentino. Al llevarla adelante, como señaló Sergio Bufano en oportunidad de la muerte de Schmucler, se superponía a la pérdida de un hijo que había desaparecido bajo la última dictadura militar. Escribió Bufano en *Perfil*: «Fue el primero, el más lúcido. En octubre de 1979 publicó en la revista *Controversia*, editada en el exilio mexicano, un texto en el que interrogaba ‘¿Los derechos humanos son válidos para unos y no para otros? ¿Existen formas discriminatorias de medir que otorgan valor a una vida y no a otra?’ [...] En las reuniones semanales de *Controversia*, sus meditaciones nos dejaban sin aliento». Parafraseando un poco a Toto diría que, gracias a la reflexión que abrió en el exilio y que ya no cesaría, estamos hoy menos ciegos, menos mudos, menos insensibles.

Nos volvimos a ver en Buenos Aires en diferentes sitios y ocasiones. Cuando ya de regreso en Córdoba se hallaba al frente de la revista *Estudios*, me invitó a participar de una mesa en que se evocaría el Cordobazo. Recuerdo cuánto me emocionó estar sentado a la misma mesa con quienes habían sido actores y dirigentes de aquella jornada de 1969. Hace pocos años, César, organizaste en la Universidad de Córdoba un coloquio sobre culturas políticas en la Argentina al que me invitaste para que hablara de la cultura comunista. Entre los asistentes estuvo Toto, con quien proseguimos, como recordarás, la conversación sobre el tema durante la cena. Fue la última vez que lo vi.

Te mando un cordial saludo.

Carlos Altamirano

Héctor «Toto» Schmucler

El Maestro, las carreras de Comunicación y los ideales

Alicia Entel

No me caracteriza ser vueltera. Pero la escritura de este texto costó. Involucraba muchos recuerdos, sentimientos, proyectos políticos, porque para algunos de nosotros recordar a Toto – como lo hemos llamado siempre – es también recordar una época de ideales, utopías de transformación social, muertes. Renaceres con pesadas mochilas de historias dolidas auestas. Pero renaceres potentes a pesar de todo. De eso voy a hablar en estas líneas, y también de debates, contradicciones, olvidos para seguir viviendo.

Como en una nube

Era principios de los años 70. La vida en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA no era apacible. Como estudiantes habíamos logrado activar, en la carrera de Letras, algunas cátedras paralelas, por ejemplo de Literatura Argentina con Noé Jitrik (un barbudo profesor atípico para la época) y Literatura Inglesa con Jaime Rest (el feo más inteligente que conocí). Pero la vida universitaria no terminaba allí, la militancia política ocupaba parte importante y una muchachada inquieta de proveniencia de izquierda descubríamos que todo lo que nos habían dicho nuestros padres– incluso progres– del peronismo eran rotundas mentiras. Activar en el peronismo era acercarse a los barrios populares, trabajar junto con los más vulnerables, colaborar para que la vida no les resultara tan tremenda. Y también era cotidiano debatir en la Universidad acerca de lo que imaginábamos como proceso transformador en y para América Latina. Para ese tiempo se trataba de un peronismo nuevo que rescataba la resistencia, las cátedras nacionales y el socialismo como meta. Para ese tiempo también– aun sin entenderlo a los 19 ó 20 años– era

bastante común al menos en la Universidad discutir textos de Marx, dialogar con otros de Cooke

O repetir Martha Harneker casi de memoria. A lo que en mi caso de Letras, pasar de padres que sólo habían hecho la primaria a leer el Edipo en griego, era un esfuerzo descomunal pero inolvidable. Lo cierto es que, en medio de esta oleada intelectual, el país y nosotros como militantes comenzamos a vivir el sueño de creer que la revolución estaba a la vuelta de la esquina. Con la consigna «Cámpora al gobierno, Perón al poder», cantidades de jóvenes hicimos de la militancia un modo de vida. Y en ese 1973, asumía en la carrera de Letras como director el poeta Paco Urondo. Algunos –como se diría hoy– lo ayudamos a cambiar el largo, «europeizante» y enciclopédico Plan de estudios. Ahí aprendí a hacer planes de estudio, tarea que no dejé de hacer, aunque con sínkopas e interrupciones nefastas como la de la última dictadura, durante el resto de la vida. Activar políticamente en el territorio, tratar de que mejore la Universidad con nuevas figuras y pensamiento crítico y hacer docencia básica se conjugaban sin contradicciones. Ah, y también, en lo posible hacer periodismo. Un día, en medio de tanto fárrago y compartiendo actividad política, conocí a una pareja: ella semióloga y él de Letras pero muy estudioso de los medios. Y las tecnologías. Sabía que habían venido de París donde habían atravesado la experiencia del Mayo Francés, que él había estudiado en Córdoba y que en esos tiempos estaba pergeñando con un amigo de Chile una revista sobre Comunicación y Cultura. Era Héctor Schmucler alias el Toto.

Cuando se cuentan los tiempos de la primavera camporista parece que hubiera sido por lo menos una década y no los pocos meses que duró. Se trataba de unos tiempos de enorme intensidad, trabajo, militancia, cierto fervor y miedos. Porque una sombra acechaba de modo permanente cada uno de nuestros pasos. En ese breve lapso la amistad con Toto tuvo un doble rango. Admiraba su capacidad como profesor y lo respetaba por su actitud amplia en la tarea y responsabilidades de militante junto a muchos de nosotros más jóvenes con dudas, contradicciones. Un acontecimiento bastante especial y muy recordado fue el curso de verano que dio junto con Armand Mattelart en la Facultad de Filosofía y Letras situada, entre otros edificios, en el viejo hospital de Clínicas, hoy Plaza Houssay agredida por un Mac Donalds, verdadero asco neocolonial. Para escuchar el curso había que subir cuatro pisos por escalera y se llegaba a un aula muy grande estilo anfiteatro. Allí el profesor Schmucler con cierto tono gramsciano, y con la presencia de su amigo

Armand, daba su curso sobre cómo las grandes corporaciones y los cambios tecnológicos aplicados a los medios estaban produciendo verdaderos estragos a cualquier posible comunicación democrática en América Latina. Mattelart ya había escrito acerca de estas cuestiones en Chile desde 1970, especialmente en las revistas del CEREN (famoso Centro de estudios de la Realidad Nacional de la Universidad Católica de Chile que editaba los Cuadernos de la Realidad Nacional). Y además en julio de 1973 salía en Santiago de Chile el N°1 de la revista *Comunicación y Cultura* cuyos editores eran Hugo Assmann, Armand Mattelart y Héctor Schmucler y cuyo objetivo central consistía en (analizar) «la comunicación masiva en el proceso político latinoamericano». Pero más allá de los conocimientos que tenían los integrantes del famoso seminario de Introducción a los Medios de Comunicación Masiva, no sólo el tema se posicionaba como una novedad en la carrera de Letras sino que la actitud, impostura y palabras de sus integrantes traían fenómenos y experiencias que no habían entrado antes en la Academia o que lo habían hecho subsidiariamente con el nombre de Fenómenos Literarios Masivos pero nada se decía de la vida material de los mismos.

También pertenecía a esa cátedra Introducción de los Medios de Comunicación Masiva. Heriberto Muraro quien en 1971 había escrito el fascículo El poder de los medios de comunicación de masas para el Centro Editor de América Latina, y por los comienzos de 1974 editaría su libro *Neocapitalismo y comunicación de masas* en EUDEBA. Decimos esto porque una peculiaridad de Toto era saber rodearse de muy buenos intelectuales y ejercer un liderazgo –que hoy llamaríamos positivo– en sus equipos de trabajo. Recordemos, además, que la «nueva» carrera de Letras había invitado también a dictar clase, entre otros, al profesor Aníbal Ford quien ideó la materia «Proyectos político-culturales».

A partir de los seminarios iniciales el tema de la Comunicación de Masas llegó a tener tanto interés que se pensó en crear un Área de Comunicación Social en el mentado nuevo plan de la carrera de Letras. Su concreción fue rápida, pero también fue rápido el desmoronamiento de todo el proyecto. A poco tiempo de asumir la dirección había renunciado Paco Urondo para dedicarse por completo a la labor política que entrañaba clandestinidad. El 1 de julio de 1974 la muerte del General Perón marcó un antes y un después para muchos aspectos de la vida social argentina. Lo cierto fue que en agosto de 1974 por disposición del Ministro de Educación y Justicia, Oscar Ivanissevich, asumió el rectorado-intervención de la UBA Alberto Eduardo Ottalagano. Al poco tiempo,

gran parte de los profesores de la UBA que habían tenido mirada progresista o participación política fueron echados, mal echados, hasta una ayudante de primera como era yo entonces.

A continuación sobrevino una suerte de calvario. Una especie de no poder creer lo que estaba sucediendo. Había ganado la partida el ala más a la derecha- fascistoide y comenzaba a accionar la llamada triple A. Los docentes de la UBA hicimos reuniones y asambleas, pero no había mucho espacio para la protesta. Por iniciativa de Toto, a quienes nos había interesado la cuestión de los medios, más su equipo de cátedra y compañeras de Latinoamérica armamos un pequeño centro de investigación que denominamos CECOM. Recuerdo las primeras reuniones, los primeros trabajos sobre la situación de los medios, los niveles de concentración. Ya la revista *Crisis* había publicado trabajos de Heriberto y Los Dueños de la Televisión de Margarita Graziano con quien Toto y su curso habían compartido algunas actividades. Funcionábamos en una oficina que era de un amigo de Toto, el platense Guillermo Savloff, importante investigador en Educación de la Facultad de Humanidades de la Universidad de La Plata y de la entonces Escuela de Periodismo y hoy Facultad de la misma Universidad. El mismo Héctor y su compañera Ana María Nethol habían trabajado allí. Pero ocurrió lo trágico: el 20 de enero de 1976, un grupo de policías de civil, pertenecientes, se cree, a la Triple A, irrumpió en la casa de Savloff en La Plata y lo secuestró. Horas después encontraron su cadáver acribillado a balazos en un descampado. Quedamos horrorizados. La muerte había pasado cerquita. Fue enterarse, sacar de esa oficina de inmediato todos los papeles, carpetas con las investigaciones en curso, e incluso una carpeta celeste, que mantuve durante años donde estaban escritos prolijamente en máquinas de escribir los programas y fundamentos de ese fallido plan de estudios de la carrera de Letras. Además de lo que hizo Toto, se me vienen a la memoria dos amigas que habían colaborado mucho con el Centro: la mexicana Magos y la paraguaya Marion.

Por cierto que esta represión inicial lejos de alejarnos, al menos a un pequeño grupo, nos unió más, con amistades que aún perduran. Era preocuparse por dónde estaba y qué le sucedía al otro y tratar de ayudarlo.

Pero no bastó esto, algo más fuerte aconteció en la vida de Héctor. Me es aún muy difícil de contar. Y por lo que leo en un artículo aparecido en *El cohete a la luna*, ese dolor acompañó a Toto a lo largo de su vida. De sus dos hijos, nacidos en Córdoba, Pablo y Sergio, Pablo era militan-

te de la UES. Hacia agosto de 1976 a poco del golpe militar, decide venir a Buenos Aires y continuar aquí y en la Plata su militancia. Eran días de terror. Me consta todo lo que hizo Toto para que sus hijos pudieran salvarse yéndose del país. Aún perdura de modo imborrable la reunión que tuve con ellos a pedido de su padre para convencerlos, desde la militancia, de que el riesgo de su permanencia era muy alto y de que era mejor que partieran. Habíamos preparado bien la escena, pero con Pablo no hubo caso. Toto se quedó quizás más tiempo de lo debido en Argentina, a pesar de amenazas a su vida. Era para buscar a Pablo del que no se tenía noticias desde fines de 1976. Mucho tiempo después salió a la luz que —como se relata en el artículo que mencioné— el 29 de enero de 1977, en medio de una emboscada en La Plata la policía había asesinado a mansalva a Pablo. El hijo había muerto poniendo en práctica y militancia las ideas que preconizaba su padre. Tenía 19 años. En verdad, Héctor era muy fuerte, pero creo que esta pérdida lo devastó. (A Sergio lo vi muchos años después cuando regresó a la Argentina. Lo digo con el corazón roto porque en el momento en que escribíamos estas líneas me enteré de su muerte repentina).

El Maestro en México

De aquel grupo entre militante, amistoso y universitario se fueron desgranando muchos por exilio, por muerte, por miedo. Héctor y parte de su familia fueron a México. Por relatos posteriores supe que allí había tenido la misma actitud que acá: gran capacidad de organizar grupos, equipos de investigación, áreas de Universidad sin el menor sabor autoritario. Amigas del alma de él como Carmen de la Peza o Beatriz Solís, profesoras de la Universidad Autónoma Metropolitana sede Xochimilco, decían que Toto tenía una sensibilidad especial para comprender lo que le pasaba a cada uno y mucha creatividad para gestionar. Tampoco faltaron los debates y controversias realizados en pleno exilio pero con más libertad de lo que nosotros desde aquí podíamos hacer en plena dictadura. Toto no descuidó a sus amistades de Argentina aun estando en México. Recuerdo que una vez recibí de manos amigas una larga carta suya donde nos decía que había que cuidarse mucho porque sabía que a algunos militantes presos los obligaban a recorrer la ciudad para marcar domicilios de compañeros. Nos mudamos.

Como había que seguir viviendo, tras una breve estadía afuera, volvimos y empezamos a tejer otra vida, otras viejas nuevas relaciones. Una vez, en una visita a la Feria del Libro, un amigo común de la editorial Siglo XXI me contó que Toto estaba muy bien, repuesto y con mucho reconocimiento en México. Se lo merecía. Ya había publicado acerca de su hijo y también discutido sobre cómo los movimientos populares no pueden ser autoritarios en su proceso que llaman revolucionario si están prometiendo democracia a futuro. Lo democrático debía atravesar todo, no solo el punto de llegada.

El otro tema que casi lo obsesionaba era el de la Memoria, sí, con mayúscula.

Hacia comienzos de los 80 los deseos de volver estaban muy presentes en muchos exiliados. Creo que fue en el 82 cuando vino de visita Ana María Nethol, la invité a cenar a casa, me habló de cómo vivían en México e insinuó el regreso. En plena comida, hablando con mi hija, entonces una nena, se asombró porque la chiquita no sabía casi nada de desaparecidos ni de la militancia de su madre. Le expliqué que no se lo había contado para protegerla ya que podía tener problemas en la escuela, etc. No sé si entendió. No fue fácil –incluso con un regreso muy deseado– que amigos del exilio exterior y los del exilio interior confraternizaran como si nada. Pero con Toto era otra cosa.

También por entonces nos llegaban noticias de que la cuestión de las llamadas «nuevas tecnologías» le interesaba cada vez más. Fue en 1983 que publicó *América Latina en la encrucijada telemática* en la editorial Paidós, libro escrito con Armand Mattelart.

Por otra parte, los que estábamos en Argentina, ya habíamos creado en plena dictadura la ASAICC, Asociación Argentina de Investigadores en Comunicación y Cultura, liderada por Heriberto Muraro y cuya secretaria fue realmente un lujo: nada más y nada menos que Patricia Terrero. Patricia venía de trabajar sobre Radioteatro y también había tenido militancia peronista, una actitud nada fácil siendo de una familia tradicional argentina. Destaco su figura no sólo por su valor en sí misma sino porque sería una de las personas que más acompañó los derroteros intelectuales de Toto cuando regresó a la Argentina. Y los de la Asociación éramos poquitos, nos prestaba un espacio CLACSO en la avenida Callao para hacer las reuniones; alcanzaba una mesa grande para sentarnos a su alrededor. Se habían incorporado personajes como Jorge Rivera, a quien la Asociación le iba a encargar que elabore un informe sobre

la Investigación en Comunicación en Argentina. Toto desde México estaba en conocimiento de estas experiencias.

Volvimos

Era 1984. Alboreaba la democracia bastante condicionada pero que representaba para muchos un cambio sustantivo. Se disolvía de a poco a tremenda dictadura que había asolado el país con muertos, desaparecidos, y la disolución de redes solidarias, tejido social, ciudadanía. Con el triunfo de Raúl Alfonsín existió inicialmente el deseo de reabrir puertas de universidades que habían sido asoladas, con carreras desvastadas. Fue así como para la Universidad de Buenos Aires se nombró rector organizador a Francisco Delich, cordobés, de filiación radical amigo de juventud de Toto. A esto se sumó el deseo de propio Toto y su familia de volver. La Universidad de Buenos Aires –aprovechando su regreso– le encargó entonces armar una comisión para elaborar el plan de estudios de una Carrera o Facultad de Comunicación. Nunca me voy a olvidar uno de esos encuentros, una enorme mesa antigua de estilo del Consejo Superior volvía a reunir a quienes la dictadura y otras situaciones dolorosas nos habían dispersado: Héctor Schmucler, que ya tenía una gran experiencia en el armado de proyectos educativos de Comunicación, Margarita Graziano que venía de su exilio en Venezuela y se había formado en Políticas de Comunicación, Ana María Nethol que sugería temas de Comunicación y Educación, Patricia Terrero con su experiencia en Letras y en ASAIICC, Heriberto Muraro ya experto en Opinión Pública, Eduardo Vizer, especializado en Comunicación y propuesto por el partido radical para integrar la comisión, yo en una mezcla por entonces de Letras, magíster en Educación por Flacso y periodista. Había otros personajes también presentes que ya habían trabajado armando el Ciclo Básico de la Universidad, el famoso CBC, como Martha Teobaldo también amiga de Toto. Solamente la paciencia y bonhomía de este personaje podía compatibilizar variadas ideas y narcisismos, proyectos discordantes y ansias de participación a veces desmedidas. Algunas reuniones se hicieron también en la sede del ILET (Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales) trasladado de México a Buenos Aires donde participaban, además de Toto, Alcira Argumedo y Nicolás Casullo.

El proyecto de Comunicación llevó casi dos años de trabajo, de discusiones, de intercambios, y también de contarnos historias de cómo habíamos sobrevivido en diferentes latitudes en tiempos tan sombríos. Lo interesante es que de alguna manera poníamos en juego ideales en torno al campo de la Comunicación. Como no podía ser de otra manera, el plan de estudios salió abundante, con un tronco común y cinco orientaciones: Periodismo, Políticas y Planificación de la Comunicación, Opinión Pública y Publicidad, Comunicación y Procesos Educativos, Comunicación Comunitaria. Casi cinco carreras en una. Por ese entonces a Toto le interesaba muy especialmente delimitar un área centrada en pensar las Tecnologías de la Comunicación que se concretó en dos materias: un taller de Introducción a la Informática, Telemática y Procesamiento de Datos (términos en boga por aquella época) y el seminario Informática y Sociedad. Efectivamente ese plan de estudios daba cuenta de las pasiones e ideas del equipo que se había conformado para concretarlo. Discutíamos los contenidos de cada materia. Todo tenía cara de fundacional. Algunos años después, cuando me tocó, como funcionaria, llevar ese plan a la práctica, resultaba evidente que habíamos imaginado un estudiante dedicado full time a la carrera. Y casi no nos habíamos ocupado inicialmente por demandar y verificar la infraestructura necesaria.

Casi en paralelo, a Alcira Argumedo, el arquitecto y profesor Guillermo González Ruiz le había solicitado aportar ideas para armar la carrera de Diseño Gráfico en la Facultad de Arquitectura de la UBA, ella llamó a Toto y éste, a su vez, a Patricia Terrero y a mí. El plan se concretó rápido. Toto comenzó a dictar allí Teoría de la Comunicación, la masividad era importante. Se abrió concurso y Patricia y yo quedamos como adjuntas de esa cátedra. Era todo un honor. A su vez, el equipo de docentes era excelente.

El Maestro era muy bueno para lograr que cada quien desarrollara su creatividad, sus ideas. Pero no podría decir lo mismo en relación con las cuestiones materiales de la vida. Solía decir: «Hacemos lo que nos gusta y encima nos pagan». Lo caracterizaba cierta austeridad que revelaba un comportamiento honesto en lo público, pero a la vez poco deseo de lucha gremial o reivindicativa de condiciones materiales. Solía sí, con inteligencia, siempre tener al lado a otra persona que se encargara de esas cuestiones. Lo que me parece que más capturaba su atención en aquellos tiempos de retomar la vida universitaria en Argentina eran las charlas y reuniones de cátedra para proponer temas, bibliografías, contenidos, formas de trabajo. Recuerdo una reunión inicial de cátedra

para preparar la materia Teoría de la Comunicación que dictaríamos en Diseño. Como no podía ser menos, habíamos incluido, entre otros textos, la adorniana noción de «industria cultural». Entonces se desplegó todo un debate acerca de cuán comprometidos o no con su tiempo estaban los pensadores más importantes de la corriente de Frankfurt. Por qué si tenían formación marxista la mayoría habían recalado en su exilio en los Estados Unidos. Toto nos miraba con asombro y de pronto nos preguntó cómo nosotros medíamos la calidad militante o de compromiso de alguien. Los más jóvenes del equipo de cátedra desconocían toda la trayectoria política del titular que pacientemente escuchaba panfleto tras panfleto. Sin hablar o sólo con gestos puso en evidencia que se estaba argumentando con un profundo desconocimiento. Sin discusión acalorada ni soberbia el Maestro había promovido una mejor lectura de los textos de Frankfurt y de las subjetividades que los rodeaban.

Así como en la carrera de Diseño se elaboró el plan y luego dimos clase no ocurrió lo mismo con la carrera de Ciencias de la Comunicación cuyo plan fue aprobado en diciembre de 1985 ya no por el rector Delich sino por el rector recientemente designado Oscar Schuberoff. Nos agradecieron la producción del plan, tarea por la cual nunca cobramos nada, y nos fuimos cada cual a su casa.

Al poco tiempo se nombró delegado rectoral al radical Eduardo Vizer y la carrera pasó a pertenecer directamente del rectorado. Los primeros profesores designados eran los más cercanos al núcleo íntimo de Vizer.

Mientras tanto algunos ya dábamos clase en la carrera de Diseño y Toto, si bien había sido nombrado profesor titular en FADU, oscilaba entre quedarse a vivir en Buenos Aires o construir una casa en Córdoba. En sus diálogos, en su memoria, su hijo Pablo estaba siempre presente.

Toto en la carrera de Comunicación

Finalmente y de a poco el delegado rectoral de la carrera de Ciencias de la Comunicación comenzó a convocar a algunos del grupo inicial para cubrir las diferentes materias. Todo era muy arduo porque, si bien la recuperación democrática había dado un gran impulso al campo cultural, no ocurría lo mismo en torno a las posibilidades concretas de institucionalizar la carrera. Limitaciones económicas, edilicias, incremento sideral de alumnos eran algunos de los imponderables que agobiaban a la

dirección. Sin embargo, los profesores convocados se tornaron en referentes de los diferentes campos de la Comunicación: que Oscar Steimberg fuera titular de Semiótica I o que, por otro lado Héctor estuviera preparando su seminario de Informática y Sociedad ya daba la fisonomía que iban a tener dichos estudios. Y como no podía ser de otro modo, lo no saldado en su momento afloró en esta nueva instancia: ¿Semiotizar los estudios? ¿Dar cabida a otras dimensiones? Por momentos aquellos debates y cuestionamientos que la revista *Lenguajes* allá por lo años 70 le había hecho a *Comunicación y Cultura* se reeditaban sutilmente. Toto mantenía no obstante una actitud ecuánime como la de quien pasó por muchas y está más allá. Y también creo que, porque la dimensión afectiva, y en cierta medida comunitaria, tenía gran prioridad.

Aunque llegó un momento en que, así como había existido el entusiasmo inicial, se desplegó un cono de sombra. Si bien por un lado dábamos clase en la Facultad de Arquitectura en la carrera de Diseño, los cursos en la carrera de Ciencias de la Comunicación se daban en cualquier lado, donde se pudiera o donde conseguíamos los propios profesores. Así fue que cuando me pidieron ser profesora titular de Comunicación I dimos clase en los lugares más variados: en el colegio Carlos Pellegrini, en aulas de cursos de idiomas que la UBA tenía en la calle Florida, y hasta en un hotel céntrico conseguido por un joven de nuestra cátedra entonces muy inquieto, era Rolando Graña que venía de la carrera de Letras como antes Silvia Delfino y mucha otra gente que se entusiasmó por los estudios de Comunicación. Gran voluntarismo atravesaba todo. Pero un día nos cansamos. No se podía seguir de esa manera. Muy interesantes contenidos, profesores que como Toto eran un lujo, pero sin vaso y sin agua. Como no me caracteriza la resignación y, a pesar de reuniones y cafés con amigos no se veía la solución, volví al periodismo (del que nunca en verdad me alejé) escribí una carta al rectorado y la publiqué en el Clarín de aquellas épocas. Decía que Comunicación no tenía suerte en Argentina. Que esos estudios habían sido tardíos en la UBA y cuando se creaban sufrían asfixia económica. ¿Qué clase de comunicación democrática proponían los radicales? Tuvimos respuesta. A los pocos días me convocó la Secretaría Académica de la UBA. Como ya lo dijimos muchas veces no se trataba de un acto de generosidad por parte del rectorado sino la comprobación de metas que no se estaban cumpliendo: la creación de la carrera desde la mirada del gobierno era para formar en lo posible cuadros periodísticos radicales. Y no sólo no se estaba logrando eso sino que, además, podía ser un boomerang.

Al poco tiempo el rectorado de la UBA nombró un nuevo delegado rectoral para la carrera de Ciencias de la Comunicación el periodista Enrique Vázquez, explícitamente radical alfonsinista. A través de negociaciones y diálogos entre el rectorado y el grupo fundacional decidieron que yo ocupara el lugar de secretaria académica de la carrera. Amigos como Toto, Sergio Caletti o Nicolás Casullo me aportaban ideas, sugerencias. Enrique, cordobés, tenía gran respeto por Toto. Pero sin embargo, solía decir en voz baja y en medio de reuniones: «no me traigas tantos ‘perucas’», en un tono amistoso pero persistente. Vázquez ni bien asumió le agregó al plan de estudios la materia Derecho a la Información y solicitó que la dictara León Arslanian. Toto, en cierta medida, me enseñó que para la gestión universitaria había que mantener equilibrios entre los unos y los otros. A eso le agregué que una carrera se torna interesante si convoca los mejores de cada campo de saber. Ciencias de la Comunicación tuvo un crecimiento vertiginoso. Cantidades de alumnos poblaban las aulas y se organizaban en agrupaciones para ganar el centro de estudiantes. Sabíamos que había que escucharlos y dejar que sus demandas aparecieran como producto de lucha y no como una respuesta inmediata. Por ejemplo, pedían por profesores que estaba en nuestra cabeza convocar, pero era bueno que la concreción quedara como producto de sus demandas estudiantiles. Tuvimos un primer edificio propio en la calle Callao y por él circulaban Margarita Graziano, Héctor Schmucler, Aníbal Ford, Jorge Rivera, Patricia Terrero, Eliseo Verón, Oscar Steimberg, Gloria Pampillo, Carlos Ulanovsky, Sergio Caletti, Eduardo Jozami, Atilio Borón, Bebe Kamín, entre muchos otros más jóvenes.

¿Por qué tanta explicitación de una carrera si estoy hablando de Toto? Porque esta carrera muy especialmente tuvo una marca de origen, el esfuerzo por tramar un tejido que se había roto por los exilios tanto exterior como interior, por las enormes dificultades que había atravesado el campo intelectual en tiempos de la dictadura y que urgía reparar, en lo posible colectiva y amistosamente, por volver a tener proyectos en el país. Cada quien venía con su mochila, con sus saberes y con sus vacíos, con necesidad de adaptarse nuevamente al país y/o reencontrarse en la vida universitaria. No fue fácil. Y cuando parecía que la dimensión comunidad estaba bastante fortalecida, ya en 1989 y la carrera dependiendo del rectorado había conseguido instituirse, el Consejo Superior decidió crear la Facultad... de Ciencias Sociales.

Se pusieron en juego tres proyectos: la Facultad de Comunicación y Nuevas Tecnologías (no recuerdo si el nombre era exactamente éste, pero sí el espíritu), la Facultad de Humanidades sumándonos a la de Filosofía y Letras junto con las otras cuatro carreras que dependían como nosotros de Rectorado, y la Facultad de Ciencias Sociales, un poco en honor y reconocimiento a lo que había padecido la carrera de Sociología durante la dictadura. Toto había hecho aportes para la primera opción, ya que la cuestión de las tecnologías era un tema de su predilección, sabía cómo el Diseño se estaba expandiendo en los estudios universitarios y porque pensaba pioneramente que entre Ciencias de la Comunicación y la carrera de la Facultad de Ciencias Exactas que se denominaba Ciencias de la Computación debían existir más y mejores vínculos. En verdad, también desde su seminario, y junto con Patricia Terrero, Christian Ferrer y el equipo, Toto recorría desde los estudios sobre el impacto cotidiano de las Tecnologías de la Comunicación hasta ciertos aspectos que podrían denominarse de Filosofía de la Técnica. Desde lo más instrumental hasta el pensamiento sobre la técnica. Esta perspectiva, desde mi punto de vista, era la más innovadora y ponía en jaque una división disciplinar tradicional. Pero bueno, no ganó. El triunfo lo obtuvo el proyecto de crear la Facultad de Ciencias Sociales. Recuerdo como hoy esa Asamblea Universitaria. Para nosotros no significaba ningún progreso, al contrario como se verificó luego durante años. También quedó muy claro que una Facultad no siempre se constituye por razones cognitivas. La Facultad de Ciencias Sociales no iba a tener ni a Antropología ni a Historia. Ambas pertenecían a la Facultad de Filosofía y Letras ni soñar con un «pase». La nueva Facultad iba a reunir carreras nuevas y otras que habían sufrido un derrotero difícil: Trabajo Social, Relaciones del Trabajo, Sociología, Ciencia Política y Ciencias de la Comunicación. Recuerdo la emoción de los sociólogos presentes ese día, era una reivindicación histórica, y también un modo de obtener más presupuesto para sus investigaciones y docentes. Desde 1989 en que se aprobó hasta el 2019 en que estoy escribiendo estas líneas pasaron treinta años. Creo que puedo ya afirmar con contundencia y por experiencia que no fue una solución feliz para Comunicación. Decían que la Sociología iba a hacer aportes a una carrera profesionalizante como la nuestra. No habían entendido nada. No habían entendido que Comunicación se expandió como estudios Universitarios al calor de la crisis de los grandes relatos y los paradigmas modernos. Entonces pudo desplegar creatividad para investigar no sólo en términos de Opinión Pública sino en el vínculo Arte de

Masas y Comunicación o como decíamos Filosofía, o bien para investigar las poéticas audiovisuales, sus lenguajes específicos, y por cierto producir. Comunicación construyó su propia episteme, y creo que en esto tuvo mucho que ver, entre otros, Héctor Schmucler. Y más específicamente en cuanto a la cotidianeidad universitaria, treinta años después – reiteramos– la Facultad de Ciencias Sociales aún es un constructo de cinco carreras con poca vinculación entre sí, o con vinculación pragmáticamente electoralista. Por su crecimiento, por la solidez que le han dado los años, las cátedras, las investigaciones y la generación de recambio que ya hace tiempo tiene la capacidad para funciones de gobierno, la Universidad de Buenos Aires debería hacer justicia y crear la Facultad de Ciencias de la Comunicación. Toto estaría muy contento.

Tras la sierra

Y un buen día, Toto confirmó que, debido a su jubilación, y a que ya había elegido quedarse en Córdoba, dejaba la UBA. ¡Qué tristeza! Claro que quedaban a cargo de la materia y de la investigación Patricia Terrero y su adjunto Christian Ferrer, también se destacaba Claudia Kozak, en fin, muy buena herencia para seguir adelante. Eso sí, no le creímos cuando nos dijo que se iba a la sierra a descansar, meditar, etc. Por entonces ya se interesaba mucho por el tema de la Memoria Social y sus conferencias en Jornadas, Congresos, parecían tener un cierto toque místico o de búsqueda memoriosa y talmúdica de la verdad.

Ya instalado en el Centro de Estudios Avanzados de la Universidad de Córdoba cuyo rector, ahora en la provincia mediterránea, era su viejo amigo Francisco Delich, desarrolló un proyecto importante sobre Memoria, también, como era su costumbre, propició la creación de la revista *Estudios* y, por si esto fuera poco, creó junto con Marita Mata la primera Maestría en Comunicación a la que denominaron Maestría en Comunicación y Cultura Contemporánea. Desde esos inicios hasta la actualidad formo parte del comité académico de ese posgrado y cada tanto he dado clase. Era un buen pretexto para seguir hablando con la gente amiga, pero los 90 no pasaban en vano. Un cierto costado más individualista o de cierta arbitrariedad para el logro de objetivos atravesaba ya a las almas más cándidas. Y donde estaba Toto no fue una excepción. No obstante, tuve el honor de escribir el informe para que la Universidad de Córdoba le concediera el merecido emérito. Aunque ya con

mucha menos asiduidad, cada tanto conversábamos. Recuerdo cuando le conté que iba a armar una fundación que se llamaría Walter Benjamin, y que no sabía si la iba a llamar Centro o Círculo. Me miró con una cara de asombro y disimulo de risa todo junto y me sugirió que «Círculo» era mucho. Tenía razón.

En 1997, de pronto cayó como un baldazo una verdadera tragedia: Patricia Terrero –que fuera su socia de trabajos y cátedra– moría de un cáncer fulminante. Lo vi en el sepelio muy triste con su compañera Vanina. Esa muerte fue para muchos de nosotros un golpe muy fuerte. Y ni hablar cuando también nos cruzamos algunos al despedir al querido Nicolás Casullo. Toto siempre estaba donde había que estar y en el momento en que había que estar.

Con los años Toto vino cada vez menos a Buenos Aires; en alguna oportunidad compartimos la tarea de ser jurados de tesis. Lo cierto es que, aunque no lo veíamos, permaneció siempre como referencia –incluso para polemizar– en temas de Comunicación, en referencias conceptuales a Derechos Humanos y Memoria, en presencia bibliográfica. Toto no escribió en abundancia, pero bastaban unas frases emblemáticas dichas en conferencia donde hablaba como predicador o leía de fichas de cartulina, para que el Maestro diera justo en la tecla de los temas comunicacionales del momento.

Epílogo imprescindible

En la historia de la Comunicación Latinoamericana, se suele hacer referencia a una primera camada de intelectuales que pensaron la Comunicación, dicha entonces de masas, como «padres fundadores»: Luis Ramiro Beltrán, Antonio Pasquali, Manuel Kaplun, Héctor Schmucler, Jesús Martín Barbero, entre otros. La dimensión patriarcal fue una marca de origen en los estudios de Comunicación Universitarios. Además se alimentaba no sólo desde el narcisismo de cada uno, sino desde los homenajes que discípulos y discípulas les propiciaban. También en el modo como se llevaban a cabo las herencias intelectuales donde una dosis de adulación solía estar presente. Lo cierto es que eran pocos, y, en ese marco, los liderazgos encabezados por mujeres, una rara *avis*. Debo decir que, a partir de esa matriz, proliferaron tantas y tantos buenos intelectuales y estudiosos de Comunicación a lo largo y ancho del Continente, que ya no se puede –felizmente– hablar de solo un puñado de

pioneros. En ese sentido, hay que marcar algo de Toto que lo ha distinguido: crear en diferentes latitudes espacios comunicacionales plurales que más allá de su persona tuvieron vida propia y potencia creativa. De ahí que esa, a mi modo de ver, constituya una actitud generosa y poco frecuente que permite –más allá de debates y diferencias– con todas las letras llamarlo «Maestro».

Toto Schmucler¹

Alejandro Incháurregui

Conocí personalmente a «El Toto» a mediados de 1991. Entonces, sólo registraba vagamente algunos datos de su actividad intelectual. Quizás la única certeza que tenía era que Toto era, en realidad, «el Toto», como lo llamaba nuestra amiga Lila Pastoriza. Por capricho de la memoria, en aquel momento tenía presente el artículo «*Miedo y Confusión*»². Más lejanamente, aparecía el famoso prólogo de «*Para leer al Pato Donald*» y «*Pasado y Presente*».

Toto nació en Hasenkamp, Entre Ríos. La tuberculosis de su madre llevó a la familia al clima seco de Córdoba; el propio Toto contraería de joven la enfermedad. La familia se afincó en el Barrio Inglés de la capital, donde explotaban un almacén de ramos generales. Su padre le decía «tátele», vocablo muy amoroso que en idish significa «papito». Del otro lado del mostrador, los clientes entendían que el padre llamaba al niño «Toto» y así lo repitieron. Por ese motivo, Héctor fue «el Toto».

El Toto había escrito «*Miedo y confusión*» dos años antes de conocernos. Así comenzaba: «El 28 de enero de 1977 –conjeturamos– desapareció Pablo, mi hijo (...) Pienso que si pudiera registrar, por ejemplo, ‘a mi hijo lo mataron el 28 de enero de 1977 y su cuerpo fue sepultado en un cementerio’ sería posible reconocer un camino hacia la calma». Ese texto para quien se dedicaba a exhumar restos óseos de desaparecidos, difícilmente pasaría inadvertido.

Toto padecía esa siniestra figura represiva: la desaparición forzada. Siempre lo decíamos: los allegados a los desaparecidos oscilan entre la realidad de la desaparición y la irrealidad de la muerte. Toto buscaba respuestas hurgando en sí mismo, también oscilando, entre lo afectivo y la razón. Y hallaba palabras para lo inefable: «El desaparecido no es el ‘no muerto’, sino el privado de la muerte... Los desaparecidos, cuanto

¹ Agradezco a mi hijo Manuel Incháurregui sus consejos sobre la redacción de este texto.

² Schmucler Héctor. «Miedo y Confusión». *La Ciudad Futura, revista de cultura socialista*, (10), abril de 1988.

tales, no propician una memoria. Son una espera; son, en todo caso, un puro dolor que vive en el doliente...»³.

Como consecuencia natural, el Toto indagaba sobre las memorias. Había que recordar. Quedaba por resolver el «qué» y el «cómo». Sobre este último, desdeñaba los monumentos y las placas memorativas al tiempo que tomábamos conciencia que vivíamos una época de monumentalizaciones. Pensaba que a fuerza de acostumbramiento, una placa podía contribuir al olvido: «la memoria congelada», decía. Y proponía como alternativa al olvido, preguntarse «Cómo fueron posibles los hechos, cómo fue posible el genocidio». El eco perpetuo de ese interrogante y no la edificación de una supuesta respuesta, mantendría en la memoria aquello que no queremos olvidar. Y si recordar es un acto volitivo, ambos habíamos decidido recordar dos sucesos, que sin saberlo, serían complementarios.

1991

Como dije, conocí personalmente a «El Toto» a mediados de 1991. Un amanecer de junio, iba en un colectivo hacia el aeropuerto de Ezeiza donde abordaría un avión hacia Lima, a impartir un seminario en mi condición de miembro del Equipo de Antropología Forense. Era ese momento de entresueño urbano, en el que la luz incipiente empezaba a entibiar la mañana. Absorto en mis pensamientos, posaba los ojos sobre el vidrio, que reflejaba más que nada el bullicioso pasillo que el exterior del ómnibus.

Mientras las imágenes del interior y de la calle se iban solapando, vi el reflejo de un pasajero que ascendió en el obelisco y se sentó a mi lado. Sentí que acomodaba sus bolsos y giré la cabeza para verlo. Minutos después, extrajo lo que parecía ser un trabajo tipeado en una máquina eléctrica. Comenzó a hojearlo, avanzó y retrocedió, hizo una lectura rápida del texto. Alcancé a leer un título que no recuerdo y el nombre de su autor: «Héctor Schmucler». Me pregunté si sería el «Toto», el sociólogo de la comunicación. Amaneció. La ventanilla dejó de ser un espejo.

En el aeropuerto coincidimos también en el embarque. Iríamos en el mismo vuelo. Saludó a una señora que minutos después pasó a mi

³ Schmucler Héctor. «Ni siquiera un rostro donde la muerte hubiera podido estampar su sello». *Confines*, (3), septiembre de 1996.

lado. Le pregunté si había saludado a Toto Schmucler y me respondió «sí, claro». Era él. Una vez en vuelo, me presenté, ocupé el asiento vacío a su lado y comenzamos una charla que continúa aún hoy, después de su muerte.

Una nueva y dudosa coincidencia hizo que dos semanas después compartiéramos el regreso desde Lima. Nos separamos en el obelisco. «Vengo una vez por mes a Buenos Aires, la próxima vez que venga te llamo para seguir charlando», se despidió afectuoso el Toto. Porque hasta entonces lo poco que sabía del Toto se relacionaba con su actividad intelectual. Al conocerlo personalmente, se imponía la dimensión de su calidez.

Así comenzó la rutina de vernos mensualmente. El Toto disfrutaba y permitía al otro disfrutar las conversaciones. Nunca lo apremiaba el tiempo; sabía escuchar y hacía las preguntas adecuadas que habilitaban la reflexión propia y ajena. Su calidez, en parte, la expresaba con la cadencia de su voz, sin urgencias; sus pausas y sus manos decían tanto como sus palabras.

La sexta vez que nos encontramos finalmente se dio una conversación que parecía aplazada, pero solo ocurriría en el momento oportuno. En una oficina amplia, dispusimos dos sillas casi enfrentadas y nos sentamos, inclinándonos el uno hacia el otro para escuchar nuestras voces deliberadamente bajas. Nada lo anunció, pero sabía que hablaríamos de Pablo, su hijo desaparecido.

Enero de 1977

Mi amigo Alfredo Reboredo, militante montonero, fue secuestrado en La Plata por efectivos de la Policía de la Provincia de Buenos Aires el sábado 29 de enero de 1977 a las 11 de la mañana. Transitoriamente, era el responsable de la UES de La Plata, Berisso y Ensenada. Está desaparecido.

A las 48 horas, los allegados comenzamos la reconstrucción de lo sucedido. Ese día muy temprano, Alfredo se había reunido con Rubén Scognamiglio y con un compañero cordobés cuyo nombre desconocíamos y sobre el cual no indagamos demasiado. Tremenda omisión. El cordobés llegó trasladado por la organización. Scognamiglio, quien sobrevivió unas semanas hasta su desaparición, dijo que concluida la reunión, ambos salieron juntos en busca de una pensión.

Dos días después, los primeros testigos que furtivamente entrevistamos, nos dijeron que dos jóvenes caminaban por la avenida 7 del centro platense. Una patota que se desplazaba en dos autos les dio la voz de alto. Uno de ellos, que resultó ser Alfredo, fue detenido e introducido en el baúl de uno de los vehículos. El segundo, que fundadamente conjeturamos, era el cordobés, corrió hasta la esquina mientras era tiroteado y giró por la calle 56 hasta llegar hasta la calle 4. Se introdujo en un edificio y subió a la azotea intentando evitar los disparos. Cuando el muchacho perseguido entró, Mario Bilic, el encargado, estaba en la puerta. Le advirtió que no subiera; no tendría escapatoria.

Ya en la azotea, mientras le disparaban desde abajo, el joven gritó ¡«viva la patria!» y cayó al vacío. Iba con un libro en la mano, pero cuando el cadáver fue colocado en la ambulancia policial, tenía una pistola.

Durante la persecución, los asesinos tiraron en todas direcciones, perforando los surtidores del Automóvil Club. Además hirieron a dos peatones que pasaban a más de 100 metros, uno de ellos murió días después.

El encargado del edificio, consternado, fue a pedir ayuda a los custodios policiales de Jorge Rubinstein, allegado a David Graiver que vivía a pocos metros. Pero esos policías le recomendaron que no se metiera porque «esos de las patotas eran unos asesinos». Cuarenta y cinco días después, Rubinstein sería secuestrado y moriría en cautiverio en «Puesto Vasco», centro clandestino de detención de la misma policía.

Otro de los testigos que se avino a contar lo sucedido, relató: «fue una balacera impresionante. El muchacho gritó ¡viva la patria! y se arrojó al vacío. Cuando caía, los polis seguían disparando. Cuando cayó, todos, incluyendo los canas, se quedaron atónitos. Se produjo un gran silencio. ¿Sabe qué fue lo peor?, que a los cinco minutos de habérselo llevado, era como si nada hubiera pasado. La rutina de sábado a la mañana continuó como siempre».

Al día siguiente, la noticia fue publicada como trascendido en el diario «*El Día*». El título decía: «Abatido en La Plata. Un delincuente subversivo fue abatido ayer en el radio céntrico de nuestra ciudad, según informaron fuentes allegadas a la policía. El episodio se registró a escasos 200 metros de la sede gubernamental».

En el acta de defunción consignada por el médico de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, se estableció que «el NN» falleció como consecuencia de heridas de bala. Unos días después fue sepultado como tal en el cementerio municipal de La Plata y, en 1982, los restos fueron

trasladados al osario. Por ello nunca se los pudo identificar científicamente.

Alfredo Reboredo fue visto por varios testigos en el centro clandestino de detención de Arana y luego, en la Comisaría 5ta de La Plata. Durante el cautiverio, los secuestrados jugaban a las damas chinas con piedritas del contrapiso del calabozo. El tablero era la camisa a cuadros que llevaba el cordobés al ser asesinado. El tabique ensangrentado con el que le vendaron los ojos era una tira de la misma camisa.

Alfredo estuvo en cautiverio hasta el 7 u 8 de abril. Habría sido ejecutado en esos días de Semana Santa. Releyendo los testimonios, la deducción lógica era que el secuestrado era Alfredo y el muerto, el «cordobés».

Pablo

Pablo Hipólito Schmucler nació un 25 de mayo. En 1977 hubiera cumplido 20 años. Toto me contó en aquella oficina lo poco que sabía sobre la desaparición de su hijo. La fecha se deducía porque no concurrió a un cumpleaños donde se lo esperaba. Tenía que ir a La Plata a una cita «de enganche» con la UES, pero ignoraba otros detalles.

El estaba en México y quien había intentado averiguar lo sucedido con Pablo fue Miriam, su madre. De ella recibió el fatídico mensaje: «Pablo está muy enfermo». Significaba que había desaparecido. A partir de entonces, Toto buscó sin éxito entre los exiliados, en los testimonios de los liberados de centros clandestinos de detención y en la organización Montoneros.

Su relato en la penumbra de aquella oficina estaba cargado de pesar, pero carecía de algún atisbo melodramático. Las circunstancias eran coincidentes y complementarias con las de la desaparición de mi amigo y la muerte de quien iba con él. Me tomó apenas unos segundos suponer que el hijo del Toto debía ser el cordobés que iba con Alfredo. No obstante, no lo interrumpí. El cordobés... tantas veces evocado y por el cual casi no habíamos indagado.

El relato le llevó una media hora. Cuando calló, le dije: «creo estar bastante seguro de lo que sucedió con tu hijo». El Toto contuvo la conmoción. Habían transcurrido 14 años de aquel día.

De inmediato ambos comenzamos a chequear los datos. Toto recuperó la versión de Miriam, la madre de Pablo. Yo retomé el contacto

con los testigos con quienes había hablado hacía más de una década. Comencé por María José, la compañera de Alfredo y la primera en advertir su ausencia. Luego, su padre y los vecinos de 4 y 56. A Mario Bilic, el encargado del edificio, lo reencontré postrado por un cáncer terminal. Toto me había dado un par de fotos de Pablo, que mostré al testigo. «Era él. Dígale al padre que, por lo menos, no lo torturaron», sentenció.

Otros testigos recordaban patente el grito de «¡Viva la Patria!» antes de morir. Pablo, tan luego, había nacido un 25 de mayo. La coincidencia llevaría al Toto a escribir el texto «*En el nombre de la patria*»,⁴ uno de cuyos párrafos dice «La memoria se volvió mortificante: no logra instalarse en una fecha de nacimiento ni en una fecha de muerte. El desaparecido no cumple años. El día de nacimiento queda abandonado como punto de partida para establecer una edad.»

Luego de trece años, los testigos ratificaron fielmente sus testimonios, algo sorprendente, porque el trabajo de la memoria suele modificar nuestros recuerdos. No obstante la contundencia testimonial y la lógica consecuencia de postular que quien había muerto aquel día era el hijo del Toto, ambos teníamos la necesidad de obtener una certeza científica. La reducción de los restos NN en 1982 había imposibilitado una identificación forense. Pablo había desistido de partir al exilio «porque acá estaba la sangre de sus compañeros», un mandato constitutivo de muchos de aquellos jóvenes que comprendo profundamente.

Quedaba buscar registros de los hechos en la Policía de la Provincia de Buenos Aires. La burocracia siempre deja rastros. Busqué excusas de cualquier tipo para ir a la Jefatura de la Policía de la Provincia de Buenos Aires. Muchas visitas, las hice con Maite en brazos, mi beba recién nacida. Toto, por su parte, me seguía de cerca y continuaba reflexionando sobre algunos temas afines: la desaparición de Pablo lo había colocado ante un universo a ser pensado: el de los sistemas concentracionarios. Los secuestros, la tortura, la muerte, los muertos, los perpetradores, los sobrevivientes, los desaparecidos. Y la pregunta: ¿cómo fue posible?

El grupo de reflexión

Pasaban los años y mi amistad con el Toto crecía. A partir de inquietudes e incertidumbres comunes, organizamos un «grupo de re-

⁴ <https://www.elcoheteealaluna.com/en-nombre-de-la-patria/>

flexión» con Daniel Merialdo, Lila Pastoriza, Víctor Bastera, Emilce Moler, Andrea Perdoni, Mabel Bellucci. Alguna vez fue Roberto Baschetti y otros amigos. En el grupo abordábamos y problematizábamos temas que en general se evitaban. La mayoría de ellos estaban relacionados con las situaciones extremas vividas durante la vida militante, el cautiverio o el exilio. Indagábamos cómo se escribían algunas historias a partir de omisiones, silencios y la tendencia a adecentarlas víctimas. El clima de confianza, respeto y afecto facilitaba el diálogo abierto y el abordaje franco de lo que Primo Levi llamó «la zona gris».

En efecto, habíamos absorbido a Primo Levi, Elie Wiesel, Imre Kertész, Hannah Arendt, Robert Antelme, cuando nos atravesó la publicación de Jorge Semprún, «La escritura o la vida». El Toto no escindía la realidad de la literatura y le resultaba un desafío cómo contar algunas de estas historias. «*La noche de los lápices*», era el paradigma negativo. Soslayaba acontecimientos políticos como la lucha por el boleto escolar secundario propiciada por la UES en 1975. Uno de los artífices había sido precisamente Alfredo Reboredo, egresado del Colegio Nacional de La Plata, luego proletarizado al concurrir a un colegio industrial nocturno de Berisso a estudiar técnico electricista y alzado en armas. Una de las del grupo, Emilce, prácticamente había sido desaparecida del relato conocido. Sin tener en cuenta este tipo de elementos, el secuestro de adolescentes resultaba tan incomprensible para la sociedad como ofensivo para los ausentes.

Toto, divertido, tomaba prestada la frase de Ema Cibotti, quien decía que de tanto repetir que el 25 de mayo de 1810 había llovido, los alumnos iban creer que aquellos acontecimientos fueron posibles gracias a la lluvia. A la distancia, otro amigo, Jack Fucks coincidía, desdeñando el concepto de la liberación de Auschwitz: «que a mí no me la cuenten. El General soviético Petrenko se chocó con Auschwitz ya sin nazis. Nada de liberación» decía enojado, algo que divertía a todo el grupo.

Toto elogiaba «*Shoah*», el film de Lanzmann. «No tuvo necesidad de mostrar un solo hueso para exponer el horror», decía, a la vez que criticó «*La Lista de Schindler*» por pretender estetizar el horror. «No se puede colocar un objetivo en una cámara de gas», sentenció. Fue una de las escasas oportunidades en que vi al Toto taxativo. Por el contrario, vimos juntos «*Voyages*», de E. Finkel; satisfechos y todavía envueltos en el clima del film, entre dos prolongados silencios, dijo «es el tipo de película que me gusta».

1996. El acceso a los prontuarios cadáveres en soporte microfilm

En 1996 supe que en la Jefatura de la Policía de la Provincia de Buenos Aires había microfilms relacionados con los fallecidos registrados en la Dirección de Antecedentes Personales. Ese tipo de soporte siempre huele a conspiración. Averigüé dónde estaban físicamente aunque desconocía el contenido. Decidimos que el Toto, legitimado por ser el padre de un desaparecido en la Provincia de Buenos Aires, denunciaría ante la Jueza en lo Penal Elva Demaría Massey la existencia de los microfilms. No se podía descartar que allí hubiera información sobre el joven fallecido el 29 de enero en la esquina de 4 y 56. Solicitaríamos el acceso a esa documentación.

Un día de diciembre de 1996 nos presentamos ante la amable jueza. Un juzgado penal no era un lugar con el que el Toto estuviera familiarizado. De todos modos, se generó entre la jueza y el Toto una espontánea corriente de simpatía. Más allá de la natural justeza de la solicitud, creo que ese vínculo fue determinante, porque la jueza se avino a apoyar todo lo solicitado.

Lejos, la medida más importante consistía en allanar la Jefatura de «la maldita policía» para obtenerlos microfilms. Se cumplió la medida, algo que disgustó al Jefe de Policía, Aníbal Vitelli, acostumbrado a jueces penales domesticados. Para peor, una jueza.

Como conclusión, se habían microfilmado huellas dactilares y en el procedimiento se había reducido su tamaño 41 veces. Volver las imágenes al tamaño original y lograr la calidad suficiente para que sean comparadas por un perito en dactiloscopia, me llevó dos años.

No estaban las huellas de la persona que murió el 29 de enero de 1977 en la esquina de La Platani de todos los desaparecidos. Pero el hallazgo sí permitió la identificación de algunas decenas de ellos. Silenciosamente, el Toto acompañaba cualquier iniciativa investigativa para confirmar qué había sucedido con su hijo. Y en ocasiones como esta, esa búsqueda conducía al esclarecimiento de otros casos.

El Toto en la esquina de 4 y 56

El juzgado donde el Toto hizo la denuncia, está ubicado a cuatro cuadras de la fatídica esquina de 4 y 56. El día de la presentación judicial, luego de cumplir las formalidades, decidió ir por única vez en su vida.

Eran las 11 de la mañana; se tomó de mi brazo para caminar la distancia de cuatro cuadas. A medida que nos acercábamos, los pasos del Toto se hicieron más cortos, más lentos y su cabeza y su torso se flexionaron más y más. Nunca su lenguaje corporal fue tan explícito. Sin dudas, envejeció por un rato. Cuando llegamos me pidió algunas precisiones sobre aquel día. Frente al edificio, una de las diagonales de la ciudad determina que esa manzana sea triangular. Observó, giró 360 grados, y levantó la mirada hacia la azotea del edificio. Luego la bajó y sin que dijera nada supe que nos íbamos.

Caminamos en silencio y Toto fue recuperando la postura. Hizo un comentario sobre el aroma de los tilos y recordó que había regresado de México el 22 de abril de 1985, el día que comenzó el juicio a los ex comandantes. Durante los primeros meses estuvo desconcertado porque no lograba precisar qué era lo que tanto había extrañado de Córdoba durante el exilio, hasta que llegó la primavera y florecieron las plantas silvestres de los cerros. Era el aroma de esas flores y todas las asociaciones que conllevaban lo que tanto había extrañado.

El archivo de la DIPBA

Aquella búsqueda que confirmara fehacientemente la identidad de Pablo como la persona fallecida el 29 de enero de 1977, continuó. Probablemente, el momento más destacado, fue cuando accedí al archivo de la Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires (DIPBA). Una secuencia de acontecimientos que el Toto también observó de cerca me llevaron allí: a la búsqueda perpetua se sumó un Ministro, León C. Arslanian, que no sólo había sido uno de los jueces que había juzgado a los ex comandantes, sino que su identidad armenia lo sensibilizaba y comprometía más allá de los límites de la función pública. Recuerdo que en una distendida conversación con Arslanian sobre la DIPBA, surgió el relato de otro desaparecido, Osip Mandelstam, sobre Armenia⁵.

Toto estaba pendiente desde Córdoba no solo por si se hallaba alguna documentación, sino por su interés acerca de «cómo se escribiría esta otra historia». En el archivo solo hallé una referencia lejana al falle-

⁵ Mandelstam, Osip. *Viaje a Armenia*. Córdoba, Argentina: Alción, 2004.

cido el 29 de enero, pero cuando busqué «Schmucler» encontré una ficha del Toto en un legajo de la editorial Siglo XXI.

Cuando la leyó por primera vez, lejos de ser un momento dramático, su rostro se iluminó como el de un chico a quien le descubren una travesura. Estaba entre sorprendido y divertido; leyó datos de sí mismo que no recordaba, otros falsos, otros verdaderos pero interpretados forzadamente por los analistas de inteligencia. Nuestro amigo Norberto Pérez tenía el mandato legal para representar a la editorial y fue quien solicitó formalmente una copia del legajo a la justicia.

Luego de un tiempo, di un paso al costado respecto del archivo y quedó en manos de la Comisión Provincial por la Memoria (CPM). ¿Cómo se escribió esta historia? Fue el propio Toto, quien invitado 10 años después por la propia Comisión, expuso los acontecimientos apenas aquí enunciados y que diferían bastante de la versión oficial. La CPM afirmó haber hallado el archivo detrás de una pared. Toto refutó tal versión. Los detalles se conservan en el informe *Archivo para Toto*.⁶

Los llamados de los domingos a las 18.00 hs

A partir de 2009 comenzamos a hablar por teléfono los domingos a las 18.00 hs. Al principio lo llamaba a su casa de San Ambrosio. Sin haberlo planeado, el llamado se instituyó como una recíproca necesidad. Con los años supe que el Toto anticipaba que los domingos a las 18hs. tenía un compromiso ineludible. En las contadas ocasiones que no estuvo disponible, me avisó con antelación.

«Acá estoy, con algunos papeles...» comenzaba Toto la conversación. Nunca aclaraba exactamente qué eran esos papeles, imagino que una mezcla de lecturas ajenas y escrituras propias. Las charlas empezaban de lleno luego de una especie de breve minué. Hablábamos alrededor de una hora y la conversación tenía secciones: novedades personales, actualidad, literatura, política, chismes.

Durante la semana, tomaba notas mentales sobre temas que seguramente serían de nuestro interés dominical. Supongo que él haría algo similar.

Observé que a veces el Toto hacía algún comentario al pasar que luego pulía y exponía en alguna conferencia. Como si aquella frase, en

⁶ Informe del autor.

aquella charla, hubiera sido una versión embrionaria de la idea. Así ocurrió, por ejemplo, con el concepto del «amigo de facebook». Le ofendía el uso de la palabra «amigo» en esas circunstancias. Para él, la amistad era un sentimiento muy profundo y un amigo «es alguien que hace que nos sintamos menos solos». Otro ejemplo fue «la importancia de un afecto que lo esperara». Como si el cotidiano regreso a su casa hubiese sido insoportable si no estuviera Vanina, su compañera.

Un domingo, sentí su tono lo más enojado que podía esperarse de él, que no era mucho. Me contó consternado la opinión de un funcionario alemán sobre la shoa. Al parecer, había manifestado que dado que Alemania había compensando económicamente a los sobrevivientes, debían clausurar el tema. Algo le disparó al Toto la desatinada declaración del alemán, porque de inmediato trajo a colación sus motivos para rechazar la indemnización por su hijo desaparecido. «Cobrar la indemnización hubiera sido como canjear a mi hijo por dinero», afirmó el Toto. Fue entonces cuando le mencioné, a propósito del alemán, «schadenfreude»⁷, palabra que utilizaríamos a menudo a partir de entonces.

Esas charlas de domingo, «a la hora del balazo», como decíamos, eran entretenidas, motivadoras y ágiles como un partido de ping-pong. Yo venía trabajando en casos de búsqueda de identidad de origen que no estaban relacionados con la dictadura militar (1976-1983) desde la Dirección de Personas Desaparecidas del Ministerio de Seguridad de la Provincia de Buenos Aires. Se trataba de cientos de casos de ciudadanos apropiados o adoptados que querían conocer sus orígenes. El «ida y vuelta» con el Toto redundó en el libro *Tras la búsqueda*,⁸ con un magnífico prólogo de su autoría que tituló «La memoria de nosotros mismos». Porque se han identificado casi 130 hijos e hijas de desaparecidos, pero en la búsqueda hay alrededor de 11.000 «negativos», es decir, ciudadanos y ciudadanas cuyo ADN se ha cotejado con el Banco Nacional de Datos Genéticos y sin hallarse correspondencia con ese banco. Tales ciudadanos y ciudadanas, en general no encuentran respuesta del Estado para su problemática, por cierto, nada desdeñable.

Recuerdo una conversación especialmente risueña: recientemente operado de los ojos, vio el fuego de la hornalla mucho más azul que de

⁷ Palabra alemana que significa alegría por el sufrimiento ajeno. Se compone de Schade («pena») y Freude («gozo»).

⁸ Inchaurregui, Alejandro. *Tras la búsqueda. Historias en torno a la identidad de origen y los reencuentros*. La Plata, Argentina: Ministerio de Seguridad de la Provincia de Buenos Aires, 2009.

costumbre y, alarmado, llamó a la compañía de gas para avisar que algo malo sucedía. Del otro lado de la línea, el empleado le preguntó si por casualidad, no se había operado recientemente de los ojos.

Vienen a mi mente los relatos de sus entradas y salidas de prisión en su juventud durante el peronismo; su expulsión del Partido Comunista, su vivencia del Mayo Francés, sus transmisiones radiales de onda corta desde París, que escuchaba su padre en Córdoba. Su amistad con Julio Cortázar, con Aurora Bernárdez, con Pancho Aricó. Éramos reincidentes cuando se trataba de *Fuga de Muerte*, el impresionante poema de Paul Celan, de Ana Ajmátova o de los *Carnets* de Camus. Leímos en paralelo «*Los nuevos demonios*», de Simona Forti, para comentarlo cada domingo. Nos gustaban los diccionarios y confesábamos nuestras palabras preferidas: urdiembre, gamberro, solidaridad, lontananza...

La última vez que estuve con el Toto fue el 7 de septiembre de 2018. Había venido a La Plata con Vanina. Ella tenía actividades académicas, nosotros estuvimos buena parte de esos dos días en mi casa. Llevaba 20 meses lidiando con un linfoma. No obstante, fueron días muy apacibles. Escuchamos música, porque las conversaciones eran un poco más espaciadas. El último libro que hojeó esa tarde fue «*Vida y Destino*», de Vasili Grossman. Lo estoy viendo. Debe haber leído algún párrafo que lo motivó a decirme al pasar, que seguía siendo marxista y que nunca debió haberse alejado del judaísmo.

Casi a la hora de partir, le pregunté si al cabo de todos estos años y sin la certeza científica pero con decenas de elementos a favor, creía que quien había fallecido el 29 de enero de 1977 en la esquina de 4 y 56 era Pablo, su hijo. Dicho de otro modo, quería saber si «le había sido posible reconocer aquel camino hacia la calma». Me respondió que a veces oscilaba entre la certeza y la consideración de una fortísima hipótesis. Pero sin dudas se sentía más sosegado.

Salimos. Un latigazo de un sol color lila cerró los ojos del Toto por un instante. Era imposible sustraerse al aroma de las glicinas. Las venas de sus manos se asemejaban demasiado a las raíces del olmo. Dio unos pasos, se detuvo a observar los helechos y comentó que estaban más exuberantes que nunca.

Héctor Schmucler

Oscar Del Barco

Esto
Se escribe sin ruido
Aleteando
Es un canto mortuorio
Donde conviven la desmesura
Y el sueño
El deseo
Y el llanto

Se trata de un hombre
Y su muerte
De la simplicidad
Y el temor el miedo
Y el desconcierto
Y la piedad

Cómo hablar del abandono
La desaparición
Más allá del ser

En el horizonte está el musgo
Y la sal del mar
La eternidad
De la queja

Hablar
Sin palabras
Aceptar la mudez
El silencio
Implacable
Que nos rodea

Eras
Una imagen
Una instancia
Donde jugábamos a vivir
Y a morir

Es extraño que el mundo subsista
Que surja el deseo
Y que vos no estés
Que tus manos y cabellos
No sean algo
Que no seas
Que tu cuerpo no sea
Que seas nada

Se puede ser nada
Oh

Cómo decir
Que ya no eres
Que tus palabras se han ido
Del mundo
De nuestro mundo

Estabas en una camilla
Yéndote como si fueras a una cita

Decirlo es fácil
Pero qué fue eso
Que se iba de vos
Dejando la destrucción

Algo hecho con una carne
Que ardió
Convirtiéndote
En cenizas

En lo invisible que somos
En miles de imágenes
En recuerdos
Vacíos

Tu voz se dispersó
En el viento
En el éxtasis

Aceptemos
Somos piedras
Infinitas

Fue tan breve tan leve
Este film de adioses
Esta melodía que te sostuvo un instante
En el mundo

Todo está oscuro
Parece algo fantasmal

Tus manos jugaban
Con la tumba

Mariposas negras
Colgaban
De tus uñas

Al principio
Parecía fácil

Fue
Terrible

Tus manos abandonaron la danza
Tu mundo desgranándose

Convertiste en posible loque buscábamos

Al fin y al cabo
Todos llevamos
Nuestra tumba
A cuestas

Aquí

En las montañas
En el tiempo vivido
Antes de dispersarnos
En la tierra
O el fuego

Cómo imaginar que ya no estás en esta pieza
Llena de libros
O que te has ido a lo desconocido
Abandonando un montón de huesos

Se acabaron las caminatas
Hastala barranca
O algo así
Doloroso

Cómo imaginar
Que iremos de nuevo
A buscarlas sombras
Ocultas en los matorrales

Aver los girasoles
Tocados por
El sol

En ese entonces sólo teníamos ojos
Para el esplendor

No veíamos que la muerte
Nos llevaba de la mano

Éramos dos viejos
Extraviados
En la luz

Sentíamosel mar bajo los pies
El agua del mar esperándonos

Sabíamos que así son las vidas
Todas las vidas
Agua corriendo hacia el mar

Te veo alzando una pequeña flor azul
Veo tus manos jugando con ella hasta perderla
En el surco de los instantes

A su manera
La flor navegaba
Disolviéndose
Sin advertirlo

Como nosotros
Marcados por un tiempo
Tempestuoso
Pero inocente

Digamos
Como las nubes

Recuerdas

En la tierra todo sigue
Más o menos igual
Hoy a la madrugada
Cayó elchaparrón
Que esperaban
Arboles animales
Y la tribu humana

Hubo viento
Hace frío
La vida sigue

Pienso que
Debe ser muy extraño no ser
O que a lo mejor se trata de algo parecido al estrabismo

Pronto compartiremos elmisterio

Busco lo inasible
Sin prisa y sin pausa
Como los astros
Dijo el poeta

Pero expectantes, sí, expectantes

Tal vez podemos ir nuevamente al valle
A ver el fulgor
De la obscuridad

Claro
Volvíamosa lo mismo
A la desaparición a la muerte
A la sevicia encarnizada en los cuerpos amados

Bogábamos
Unidos
Por la sombra de pablo

Quien
Más allá
Buscaba su destino

La memoria nos golpeaba
Vos ibas adelante
Con tu mansedumbre trágica
Pablo diciéndole sí al mundo
Yo acariciándolos

Esperábamos

Arrojábamos piedras
Mirábamos el arroyo
Éramos lo inusitado lo imposible

El amor
En el fondo de los ojos

Tú-él

Esta comunión
Este querer

Y mi deseo de un milagro
Con tu nombre
Terrestre
Y celeste

Mar del Plata: de la villa balnearia al balneario de masas. Una metáfora de la sociedad argentina¹

Juan Carlos Torre
A la memoria de Toto

Introducción

Los cambios sociales de la Argentina moderna fueron dejando su marca en Mar del Plata como sobre una tela en blanco. Desde la villa balnearia construida a fines del siglo XIX para servir de solar veraniego de las clases altas hasta la capital del turismo de masas en la que se convierte en las décadas de 1950 y 1960, con la proliferación de rascacielos y hoteles sindicales, la evolución del balneario describe un itinerario que acompaña, a cada momento, las transformaciones sociales de la Argentina. Su historia se confunde con la de una sociedad que, con el paso del tiempo, va ampliando las oportunidades de bienestar social y, con ellas, hace accesible a cada vez más argentinos la experiencia de unas vacaciones junto al mar. Vistas retrospectivamente, las mutaciones de Mar del Plata condensan, en forma ejemplar, el impulso igualitario que movilizó a lo largo de los años a sucesivas generaciones y que dio sostén a un proyecto social fuera de lo común en el mundo: un balneario de todos, donde los más diversos sectores sociales pudiesen compartir el verano en las mismas playas.

La villa balnearia

Consultando los diarios de enero de 1888 nos enteramos que estaba por abrir sus puertas el primer gran hotel de Mar del Plata, el Bristol Hotel

¹ Este texto es la hoja de ruta del libro que escribí con Elisa Pastoriza. Con el título *Mar del Plata, un sueño de los argentinos* será publicado por la Editorial Edhasa a fines de 2019.

«[En] Buenos Aires no se habla de otra cosa. En los grandes salones, en el teatro, en los paseos, en todas partes, el tema era el mismo. Decíase y con razón que el nuevo hotel estaba destinado a ser el preferido de la elite argentina (...) Cien cartas de invitación enviadas por el fundador del Bristol, el señor JoseLuro, circularon entre personas de alta figuración social. Y el viernes 7 de enero a la noche la flamante locomotora del Ferrocarril del Sur ponía en movimiento sus potentes músculos de acero y haciendo rechinar sus ejes y palancas se lanzaba hacia el sur, llevando su carga humana, ansiosa de agradables sorpresas»²

La primera sorpresa de los viajeros no fue nada agradable y en verdad, tampoco fue una sorpresa: el tren arribó a destino en un día lluvia y viento tan característico del clima destemplado del verano en Mar del Plata. Por la crónica publicada en *La Nación* nos enteramos de que

«El desembarco en la estación de Mar del Plata fue un completo desastre. Figuraos a nuestras bellas acompañantes con sus frescos trajes veraniegos, sombreros de tules y botines de género, corriendo desde los vagones a los coches que aguardaban en la estación sobre un piso fangoso. La lucha por los carruajes tenía forzosamente que ser, como fue, sin condiciones. Todas las reglas de la galantería quedaron por tierra: había necesidad de salvarse del chubasco. Por fin llegamos al hotel, siempre bajo la lluvia, y tomamos las habitaciones por asalto»³

El elenco de los viajeros estaba encabezado por Carlos Pellegrini, vicepresidente de la nación, e incluía al gobernador de la provincia de Buenos Aires, los directores de los principales diarios porteños y un selecto grupo de amistades y parientes del dueño del hotel. Para todos ellos y una vez que salieron de las habitaciones con sus mejores galas, el gran comedor del Bristol abrió sus puertas por primera vez. El banquete de recepción, al cuidado de los 24 cheffs, cocineros y mozos contratados en París, seguramente contribuyó a que olvidaran las tribulaciones de la llegada mientras saboreaban los platos de la cocina francesa.

Días después, en la fiesta que se realizó en los salones del hotel, Pellegrini, quién se convirtió bien pronto en animador principal de la

² *El Diario*, 15/02/1908.

³ *La Nación*, 09/01/1888.

vida de balneario, hizo un brindis profetizando un grandioso futuro para Mar del Plata. Su profecía se cumplió con creces porque, según anotó un cronista unos años más tarde, «el veraneo en Mar del Plata se ha convertido en un rito obligado y complemento indispensable de la vida aristocrática de Buenos Aires».⁴ Agreguemos que las comodidades que ofreció el Bristol Hotel también recibieron su premio. En febrero de 1907 el corresponsal de un diario dictaminó que «la vida de los veraneantes está concentrada en el Bristol Hotel».⁵

Construido con materiales espléndidos y con detalles de confort en gran parte importados de Europa, el Bristol Hotel hizo posible que la elegancia y el lujo se volvieran compatibles con pasar los meses de verano en las playas. Hizo posible, en fin, que la elite porteña pudiera seguir haciendo ostentación de su riqueza al abandonar temporalmente Buenos Aires. En los hechos, el hotel se convirtió en su hogar sustituto durante el verano; por sus instalaciones familias enteras se movían a sus anchas en la cita anual a orillas del Atlántico, en compañía de los mismos rostros y apellidos familiares.

Confortable y selecto, el Bristol Hotel ofreció a la alta sociedad un servicio de primer orden, me refiero a la iniciación a los usos y costumbres del ocio distinguido. Al igual que el Jockey Club en Buenos Aires, el hotel tuvo por misión promover, según palabras de Alberto del Solar, «el refinamiento de nuestras clases elevadas mediante el fomento de los hábitos de sociedad».⁶ Para Alberto del Solar, un chileno hombre de mundo, y también para sus contemporáneos, los hábitos de sociedad eran los de las grandes referencias socioculturales de la época, las aristocracias de Inglaterra y Francia. Fue así que, en los salones del Bristol, la sociabilidad veraniega se desenvolvió regida por los ritmos de una pedagogía elaborada y exigente.

Embarcadas en un acelerado curso de auto-educación, las familias de la alta sociedad se inclinaron sin reservas ante la dictadura de los convencionalismos de moda que pautaban la hora del baño, las comidas, los entretenimientos e imponían un atuendo elegante estándar para cada actividad. En 1922, Francisco Granmontagne, un periodista español con gran recorrido en la Argentina del 1900, al echar una mirada retrospectiva sobre Mar del Plata sostuvo:

⁴ BonsiuKurile, (seudónimo de Benjamin Solari) «La vida en Mar del Plata, pinceladas realistas», 1907, p.61.

⁵ *El Censor*, 08/02/1889.

⁶ *El Diario*, 15/02/1908.

«No existe en el país un centro que haya tenido mayor influencia que el Bristol en la transformación de los hábitos argentinos. En su comedor, semejante a la nave de una catedral, se iniciaron las formas de la convivencia elegante. Fue apenas inaugurado como una cátedra de refinamiento de las costumbres. Los toscos salían de allí, al mes, transformados, como trogloditas pasados por Versalles»⁷

La iniciación a los usos y costumbres del ocio distinguido vino acompañada con el despliegue de un tren de vida suntuoso y, junto con él, por la competencia en brillar a la hora de ostentarlo. Observando ese espectáculo, un visitante extranjero señaló:

«En el Bristol la única ocupación desde la mañana hasta la hora de acostarse consiste en hacer pompa del mayor número de toilettes, si de las señoras se trata, y también si de hombres, los que pasarán con fama de elegantes según la media docena de corbatas, pantalones y jaquet que en un solo día hayan hecho gala en los salones del hotel»⁸

Al cabo de unos años, tener una residencia en Mar del Plata se convirtió en una obligación mundana para los ricos de Buenos Aires. Y no ahorraron pesos ni se privaron de excesos en su afán por competir en el derroche del lujo y la originalidad de sus mansiones de verano. En forma simultánea procuraron acondicionar las orillas del mar en sintonía con su estilo de vida ampuloso. Con el aporte de fondos públicos y privados financiaron la construcción de la Rambla Bristol, una obra que, en la época, sobresalió por sus grandes dimensiones y su esplendor arquitectónico entre los balnearios del mundo. Inaugurada en 1913, pronto fue conocida como la rambla francesa, era un edificio de 400 metros de largo y 45 metros de ancho, con cabinas de baños y negocios, en el que sobresalía el paseo al aire libre, con vista al mar, que ofrecía la plataforma para un verdadero desfile ceremonial. A las doce de la mañana y a las seis de la tarde la rambla era un ir y venir de gente orquestado por un estricto protocolo. Las personas iban erguidas, casi sin mirarse unas a otras; era de mal gusto interrumpir la marcha para conversar, los intercambios debían ser breves y poco efusivos. Estos gestos y actitudes estaban dictados por lo que los círculos encumbrados entendían que debían ser los comportamientos distinguidos en lugares públicos. Estas cami-

⁷ *La Prensa*, 19/02/1922.

⁸ Jules Huret, «En Argentine», Vol.II, 1913.

natas por la Rambla Bristol tenían un doble propósito: facilitar a los miembros de la alta sociedad verse a sí mismos como formando parte de un círculo refinado y a la vez exhibirse como tales ante el conjunto de la sociedad. Esa puesta en escena tenía una tendencia hacia la sobreactuación con un propósito y éste era: diferenciarse del talante más jocundo y menos acartonado, tan característico de los nuevos veraneantes que comenzaron a llegar a Mar del Plata.

A 400 kilómetros de Buenos Aires, Mar del Plata irradiaba una atracción irresistible como símbolo que era de la consagración social en la Argentina de entonces. Era esperable que los miembros más afortunados de las clases medias dirigieran su atención a ella. A partir de la primera década del siglo la demanda de vacaciones junto al mar se filtró desde la cima hasta la zona media de la pirámide social alimentada por una aspiración: la persona o la familia que veraneaba en Mar del Plata adquiría con ello un aire de distinción entre sus parientes y amistades. Como consecuencia, no hubo esfuerzo o sacrificio al que se negaran para viajar a la costa y conquistar ese trofeo social.

Una nota en la revista PBT de 1907, bajo el título «A la costa a toda costa» describía las vicisitudes de un funcionario público en su esfuerzo por llevar a su familia a Mar del Plata: contrajo hipotecas, soportó peleas con su esposa. La razón: que ella pudiera lucir sus nuevos vestidos en el balneario. Estos tormentosos preparativos en las vísperas del verano –destacaba la revista– eran comunes en la periferia de la alta sociedad donde «el qué dirán tiene más fuerza que una carga de caballería».⁹ Diez años después leemos en *Caras y Caretas* una historia parecida. «Esta noche nos ausentamos a Mar del Plata. Al final realizo la aspiración de toda mi vida»,¹⁰ así se confesaba el personaje de una nota apenas ficticia donde se hacía el inventario de las deudas con el carnicero, el cobrador de luz y otros más en las que incurría un pequeño comerciante para que su esposa y su hija pudiesen veranear bajo el mismo cielo que las familias de la alta sociedad.

Para atender al flujo de estos nuevos veraneantes proliferaron los alojamientos más modestos, y ello permitió que un cronista extranjero pudiese escribir:

«Mar del Plata tiene algo digno de encomio: que es accesible a todos los bolsillos, tanto del millonario que va a instalarse en medio e un

⁹ PBT, N°73, febrero de 1907.

¹⁰ *Caras y Caretas*, 21/01/1928.

lujo asiático en el Bristol Hotel, cuando al modesto empleado de comercio, que lleva su equipaje a un hotel de cuarto orden, para después aparecer en la Rambla con aire de rentista en busca de distracción»¹¹

Esta metamorfosis del paisaje social trastocó la escenografía del veraneo marplatense. Durante los primeros años su centro de gravedad estuvo ocupado por la figura dominante de los sectores encumbrados; por detrás de ella, en el fondo, se podía vislumbrar un mundo más popular. Ahora ese mundo más popular estaba dando un paso al frente y ganaba mayor visibilidad. El corresponsal de un periódico porteño pudo escribir en 1917:

«En otros años, cuando Mar del Plata era el centro de unas pocas familias adineradas la presencia de una persona que no formara parte de ese núcleo llamaba la atención. Ahora la situación ha cambiado, y llega aquí todo el que tiene deseo de hacerlo y se encuentra a gusto, sin llamar la atención, llevando una vida tranquila y agradable»¹²

Esta creciente visibilidad de los nuevos veraneantes introdujo un motivo de preocupación: que Mar del Plata se democratizara. Las voces de alarma se hicieron oír bien pronto. El corresponsal del diario *La Razón* escribió en 1911: «Hay una perspectiva que no escapa a la observación del cronista y es que, siguiendo su actual desarrollo, Mar del Plata se democratice. Y, en consecuencia, que la alta sociedad, que le gusta encerrarse en círculos tan estrechos como concéntricos, se aleje o se refugie en sus chalets».¹³ Hacia 1916 ya no hay dudas: para el corresponsal de *Caras y Caretas* el vaticinio hecho cinco años antes por su colega de *La Razón* se ha cumplido: «Si bien es cierto que a la rambla la frecuentan algunas eminencias sociales, la mayoría de éstas la abandona a la inmensa marea de veraneantes que afluye desde todos los ámbitos. Las elegantes porteñas se refugian en sus lujosas residencias porque temen el arenal movedizo y traidor que forma la superficie social de Mar del Plata».¹⁴

¹¹ F.Scardin, citado en Francis Korn, «Buenos Aires. Mundos Particulares», 2004, p.31.

¹² *La Razón*, 23/01/1917.

¹³ *La Razón*, 19/01/1911.

¹⁴ *Caras y Caretas*, 04/01/1916.

El corresponsal de *Caras y Caretas* no podía haber sido más cierto al llamar la atención al «arenal movedizo y traidor» que erosionaba los cimientos de la villa balnearia y ponía bajo asedio los lugares y las prácticas de la alta sociedad. El repliegue de la alta sociedad a sus residencias familiares, esto es, a ámbitos cuyas puertas estuvieran rigurosamente vigiladas, tuvo una primera víctima: la declinación del que fuera el centro de la vida social del balneario, el Bristol Hotel.

Los cambios que estaba experimentando Mar del Plata proyectaron sus efectos más allá de la esfera de la sociabilidad. Gracias a las garantías al ejercicio del sufragio introducidas por la Ley Sáenz Peña de 1912 se produjo un sorpresivo viraje en el control político de la villa balnearia: los comicios de 1920 pusieron un socialista, Teodoro Bronzini, en la conducción del municipio. Explicando a sus conocidos este inesperado desenlace una dama de la alta sociedad escribió:

«Para el visitante que no se encuentra interiorizado de la vida política de Mar del Plata, que ignora cómo está formada su población, resulta algo incomprensible que una ciudad, por excelencia aristocrática, llena de suntuosos y elegantes palacios, esté gobernada por socialistas. Es que los habitantes estables son la inmensa cantidad de obreros del puerto, pintores, albañiles, cuidadores de fincas, etcétera, que trabajan todo el año y residen en la ciudad. La gente acaudalada que tiene su chalet no vive en Mar del Plata y por lo tanto no vota»¹⁵

Esta explicación merece una corrección: el partido socialista recibió también votos de las ascendientes clases medias de origen inmigratorio que poblaban la ciudad y tenían un rol sobresaliente en la industria del veraneo.

Desmintiendo los temores de los antiguos veraneantes ante el surgimiento de la comuna roja, los socialistas no descuidaron la industria del veraneo. Pero le agregaron un nuevo componente. En 1925 formaron una comisión de propaganda y le asignaron la tarea de desvirtuar, cito sus propias palabras, «el viejo prejuicio que alienta todavía mucha gente según el cual no puede llegar a estas playas sino la parte más rica y afortunada del país».¹⁶ Para ello lanzaron una campaña en favor de trenes de segunda clase, exhortaron a los hoteles y pensiones a que reduje-

¹⁵ Virginia Paul de Guevara «Las Chicas de Mar del Plata», 1924, p.50.

¹⁶ Boletín Municipal de Mar del Plata, julio de 1925, p.1.

ran los precios e imprimieron miles de folletos distribuidos en todo el país exaltando las ventajas del balneario. Si hasta allí la afluencia de veraneantes había sido el resultado de múltiples decisiones individuales ahora era el objetivo de una política pública, que comportó toda una innovación en la época: hacer que la villa balnearia fuese accesible a las aspiraciones de las personas de condición más modesta.

Los socialistas estuvieron en la intendencia de Mar del Plata unos diez años, hasta que en 1929 con un pretexto ocasional el municipio fue intervenido. La terminación abrupta de esa experiencia no interrumpió el proceso de apertura del antiguo balneario aristocrático. En 1928 las fuerzas vivas de la ciudad –dueños de comercio y hoteles, empresarios de la construcción– y la participación de los propios socialistas, fundaron una Comisión de Fomento que tendría una gran gravitación en los años por venir. La consigna de la comisión fue cabal expresión de los nuevos tiempos: «Por la Democratización del Balneario».

Que los tiempos eran nuevos lo certificó un artículo en la revista *El Hogar* de ese mismo año 1928. En él leemos:

«Hace algunos años, si a cualquiera se le hubiese ocurrido hablar del gran balneario argentino como lugar de fraternización democrática, donde se alternan y se confunden las clases sin molestarse, se le habría calificado de tonto...Entonces era idea admitida que Mar del Plata era como una perla ofrecida por el Atlántico a los aristócratas y magnates. Hoy semejante afirmación sería sencillamente absurda. Mar del Plata es el balneario de todos, del potentado y del burgués, del empleado y del obrero»¹⁷

Podría sin duda discutirse la justeza de este diagnóstico pero sería un ejercicio fútil porque sus efectos eran reales desde la perspectiva del alto mundo social. En 1928 un antiguo veraneante entrevistado en la misma revista se lamentó: «En mis tiempos bastaba asomarse al gran comedor del Bristol para tener una sensación que halagaba nuestra vanidad social. Todos nos conocíamos, cada mesa era como un palco de la vieja Opera. Mar del Plata era nuestra. Hoy, en cambio, cuando arriesgo a pasear por la rambla se me ocurre que estoy en otra parte».¹⁸

Reiteremos: que los tiempos eran nuevos lo sabemos al constatar que hacia el final de la década de 1920 varias familias de la alta sociedad

¹⁷ *El Hogar*, 16/03/1928.

¹⁸ *El Hogar*, N°100, 1928.

abandonaron en favor de los nuevos veraneantes la Playa Bristol, el sitio tradicional de la vida elegante del balneario e iniciaron el éxodo hacia el sur, instalándose más allá del Cabo Corrientes. Quién encabezó esa forzada mudanza «para evitar», según nos dice un cronista, «la pleamar de las multitudes que se vuelcan en los tramos centrales del balneario»,¹⁹ fue el presidente Marcelo Torcuato de Alvear, que hizo construir en Playa Grande una residencia para su esposa y la transformó en la avanzada de la nueva zona selecta de Mar del Plata.

En 1932 la comisión a la que ya aludimos, formada por las fuerzas vivas del balneario, colocó este cambiante panorama en perspectiva y señaló:

«Veinte o treinta familias componían la totalidad del mundo veraniego. Un pequeño industrial, un modesto comerciante, un empleado, que en los viejos tiempos le hubiesen hablado de Mar del Plata, estaría los labios en un gesto típico de admiración, de sueño irrealizable y diría ¡Mar del Plata: eso está solamente al alcance de los privilegiados! Hoy por fortuna, los tiempos han cambiado. Mar del Plata se ha puesto a tono con las prácticas democráticas que deben ser la norma de nuestras costumbres. Si todavía subsiste un grupo selecto que se va batiendo en retirada ante el avance igualitario y añora los tiempos de antaño, hoy en tenemos en cambio una Mar del Plata plétórica de vida. Hay que llevar al conocimiento de toda la república que Mar del Plata es finalmente accesible a las gentes modestas»²⁰

Hacia el balneario de masas

La convocatoria a los argentinos lanzada desde Mar del Plata tuvo un efecto previsible: la fuerza de las aspiraciones no es independiente de que se las piense legítimas y se las considere viables. En el lapso de diez años los turistas se multiplicaron por seis. Fue contra este telón de fondo que a finales de la década de 1930 el balneario fue hecho prácticamente de nuevo. Quién dirigió esa transformación fue el gobernador conservador Manuel Fresco, admirador de Mussolini y cultor del fraude electoral. Él fue el promotor de un vasto programa de obras públicas que tendría

¹⁹ *La Nación*, 03/02/1927.

²⁰ «Los baños del mar y la democratización de las costumbres», Mar del Plata Anuario, 1931-1932.

en el engrandecimiento de Mar del Plata su realización más ostensible. Tres fueron sus principales iniciativas. La primera, la pavimentación del tramo de la Ruta 2 entre Dolores y Mar del Plata en 1938; ello permitió que el viaje de los turistas, hasta entonces en tren, se hiciera también en automóviles y ómnibus. La segunda fue la construcción de modernas instalaciones en Playa Grande para ofrecer un lugar de recepción acorde al traslado de la elite veraneante. La tercera fue la más monumental de todas porque tuvo la audacia de borrar el mapa a la Rambla Bristol para levantar en su lugar dos macizos edificios gemelos, el Casino y el Hotel Provincial. Quedó delineado, así, rotundo y magnífico, un nuevo dibujo urbano de Mar del Plata.

A primera vista pareció convalidar las mutaciones operadas en el paisaje social en los años previos. Sin embargo, a nuestro juicio, estuvo guiado por un proyecto más ambicioso: crear una ciudad balnearia donde todos los sectores sociales hallaran una puerta de entrada y pudiesen compartir el mismo mar y el mismo cielo pero en el que las fronteras sociales estuviesen claramente delimitadas con el objeto de facilitar la convivencia. El diario *La Prensa* fue bien expresivo al respecto: «El hecho de que puedan convivir cómodamente personas de las más variadas posibilidades económicas es uno de los elementos que le dan a Mar del Plata la categoría de gran ciudad balnearia».²¹

Esta mirada sobre Mar del Plata es del año 1944, esto es, en las vísperas de otra gran transformación del balneario, la que vendrá con los años peronistas. Vayamos al final de este período tan portador de novedades y démosle la palabra a su creador, Juan Domingo Perón. En 1954, en ocasión de la inauguración del Primer Festival de Cine de Mar del Plata, Perón afirmó:

«Hace 10 años visité Mar del Plata y en ese entonces era un lugar de privilegio, donde los pudientes del país venían a descansar los ocios de toda la vida. Han pasado 10 años. Durante ellos esta maravillosa síntesis de nuestra patria aglutina en sus playas al pueblo argentino y, en especial, a sus hombres de trabajo. Nuestro lema fue cumplir también acá. Nosotros no quisimos una Argentina disfrutada por un grupo de privilegiados sino una Argentina para el pueblo argentino»²²

²¹ *La Prensa*, 04/01/1944.

²² Boletín Municipal de Mar del Plata, 1954, p.112.

En el momento en que Perón hablaba a la multitud adicta allí reunida ya había arraigada en ella un relato de la historia del país en el cual el período anterior a su llegada al poder era asociado al predominio de los más ricos y poderosos. Por lo tanto, es probable que pocos de los que lo escuchaban hayan reparado en cuán escasamente fidedigna era la visión que Perón ofrecía de Mar del Plata a la época de su visita 10 años antes, en 1944. Para entonces, con la demolición de la Rambla Bristol en 1940 y el cierre del Bristol Hotel unos años tarde los tiempos de la villa balnearia habían sido simbólicamente clausurados y había comenzado el nuevo ciclo de la ciudad como balneario de masas. Durante la década siguiente Perón extendió, por cierto, a través del largo brazo de su política social, el alcance de las vacaciones de verano a más sectores del mundo del trabajo. Pero si quienes lo aclamaban con la vista puesta en los balcones del casino hubiesen extendido su mirada hasta los paseos y playas de Mar del Plata habrían comprobado que también él, como otros antes, exageraba a la hora de apreciar el grado de apertura social del balneario. Todavía habrían de faltar más años y más iniciativas para que los obreros llegaran a representar una proporción mayor entre los argentinos de vacaciones junto al mar. Al respecto es oportuno destacar, contra una opinión muy extendida, que los hoteles sindicales se multiplicaron en el balneario recién después de 1955, en particular, luego de la sanción de la Ley de Obras Sociales de 1970 bajo la dictadura del General Onganía. La principal iniciativa en el campo del turismo social durante los años peronistas fue la construcción de la Colonia de Vacaciones de Chapadmalal.

Ahora bien, cuando se pone en perspectiva qué fue lo que cambió en el balneario en esos años una iniciativa sobresale, el impacto de la Ley de Propiedad Horizontal aprobada en 1948, que hizo posible la propiedad de unidades individuales de departamentos. La ley y los créditos del Banco Hipotecario generaron una nueva expectativa: ser propietario en Mar del Plata. Al compás de esa aspiración tuvo lugar un acelerado proceso de renovación urbana, que hizo familiar la presencia del obrero albañil demoliendo a golpes de piqueta. En un corto lapso el setenta por ciento del casco céntrico quedó convertido en escombros: desaparecieron las mansiones de alrededor de la Plaza y la Avenida Colon y en su lugar se levantaron miles de edificios de departamentos para alojar al vasto universo de clases medias. Con la mudanza de la elite veraneante al Barrio Los Troncos en las cercanías de Playa Grande habría de culminar la secuencia iniciada con los conservadores, el desplazamiento de la

alta sociedad de sus dominios originales, consolidando el perfil de Mar del Plata como el balneario de todos. A mediados de 1960 ese perfil abarcador e incluso irá perdiendo consistencia debido a la deserción de dos grupos importantes, los jóvenes, que preferirán hacer rancho aparte en Villa Gesell, y los sectores más acaudalados, que cruzarán al Uruguay en busca de una playa más selecta en Punta del Este. Mar del Plata ya no habría de ser como antes el balneario de todos pero ciertamente continuaría siendo el balneario de masas del país.

Final

Una vez que se ha afirmado que la Argentina moderna se desarrolló como país periférico a partir de las riquezas de las vastas llanuras de su litoral, que es una sociedad donde las olas de inmigrantes europeos dejaron una marca indeleble en su población ¿qué más decir de ella –para completar su perfil– sino que la suya es una sociabilidad formada a partir de la convivencia de un orden jerárquico de prestigio y poder y un empuje igualitario? Así caracterizada, ella no presenta la rigidez de las sociedades señoriales dominantes por mucho tiempo en América Latina, en las que la riqueza y la cuna dan lugar a derechos exclusivos y a la vez permanentes. Precisamente, la función del empuje igualitario ha sido desafiar los privilegios allí adonde se manifestaren, llevando a una mayoría de los argentinos a la creencia en que ninguna persona es por nacimiento inferior a otra y que, por lo tanto, todas están en un pie de igualdad de derechos y aspiraciones sociales. Esta creencia movilizó a lo largo de los años a sucesivas generaciones de argentinos y dio sostén a una experiencia social fuera de lo común en el mundo: un balneario donde los más diversos sectores sociales pudiesen compartir vacaciones de verano en las mismas playas. El veraneo marplatense ocupó, así, un lugar emblemático en nuestra historia: fue la confirmación anual de la promesa de igualdad social que durante muchas décadas vertebró la trayectoria del país.

La búsqueda de la armonía

Vanina Papalini

Il mio supplizio/È quando /Non mi credo

In armonia

Giusseppe Ungaretti, *I Fiumi*¹

Escribir sobre una persona próxima no es tarea sencilla, y menos si su ausencia duele. Nadie guarda más que jirones de ese amplio y variado guardarropas que abarca una vida. Pero cómo cada quien se hizo de esos jirones, a qué prendas corresponden y cuántos usos los han marcado, es un asunto de cuidado. Es menester presentarse, entonces: fui esposa de Héctor Schmucler por dos años y su compañera por veintidós; nos acompañamos amorosamente en el último tramo de su intensa existencia.

Definido el lugar de la que enuncia, parecería que me toca hablar, entonces, de los ropajes de la intimidad. Toto en bata, amaneciendo mate en mano; Toto un domingo soleado, escuchando los pájaros desde el estudio de la casa de San Ambrosio; Toto preocupado por la preparación de un plato para el almuerzo porque ya se sabe que no puede comer ciertos ingredientes; Toto, el hombre enamorado que me escribió más de cien cartas; Toto leyendo calma y lentamente un libro, abrigado por su inmenso sillón; Toto perplejo ante una enfermedad que lo interceptó cuando sentía que tenía tanto aun para vivir y compartir. Porque toda muerte es prematura cuando no se la desea.

Pero no es suficiente con narrar las peripecias de la vida cotidiana, parecida y diferente a tantas otras, para que Toto emerja. Porque no lo conocí en un almacén de un barrio obrero –él cambió un rumbo que podría haber sido, pues a eso se dedicaba su papá– sino en una universidad. Y nuestras charlas, que incluían evidentemente temas domésticos, también transitaban la literatura, la filosofía, la sociología, la política, la ética, las ideas propias y ajenas, las vivencias, los recuerdos.

¹ Agradezco a Sylvia Nasif y Esteban Nicotra que despidieron a Toto con esta poesía que tanto le gustaba. He arrojado un puñado de nombres en este texto, que no alcanzan a ser representativos del amplio y variado mundo de relaciones y afectos de Héctor Schmucler. Pido disculpas a los muchos que no mencioné; la exigencia de concisión –que he desobedecido hasta donde pude– me limita.

A través de esas charlas, supe que había querido aprender a tocar el violín pero resultó que no tenía oído musical, y había escrito poesías que, según me dijo, eran muy malas. A la hora de seguir sus estudios, su primer impulso fue estudiar astronomía, lo cual le hubiera permitido seguir mirando las estrellas que lo fascinaban. Y el segundo, medicina: admiraba al médico del barrio. Esta inclinación se concretó: destacado estudiante del Colegio Nacional de Montserrat, rindió libre un año completo del bachillerato para acelerar e inscribirse en medicina, carrera que cursó hasta el 4° año. Desde los 15 era partidario del comunismo; la revolución, un ideal romántico que inflamaba su espíritu. «Es necesario decirlo para que la distancia de ayer a hoy pueda mostrarse», decía Schmucler en *La ciudad futura* en 1992: «creíamos que Stalin era una encarnación del amor». A mediados de los '50, compartió la actividad política e intelectual y trabó una fuerte amistad con Oscar del Barco, José María Aricó y Samuel Kiczkovsky, militantes comunistas que luego serían expulsados del partido por sus ideas heterodoxas plasmadas en la revista *Pasado y presente*.

Este conjunto de anécdotas apenas enumeradas tiene sentido porque muestra, para mí, la constelación que marcaría su biografía, en ciernes prácticamente desde sus primeros años: política, ciencias y literatura, claves de una improbable armonía que se esforzó en buscar. De esta combinación resultaba la figura del intelectual, figura que Jean Paul Sartre encarnaba paradigmáticamente por entonces pero de quien, una vez pasada la fascinación comunista, Héctor tomaría distancia.

La imaginación y el espíritu artístico frustrados en los intentos juveniles iban finalmente a encontrar su camino. Abandonó definitivamente el cursado irregular de medicina,² que se interrumpía con frecuentes encarcelamientos. El peronismo no era gentil con la izquierda y recorrió desde adentro la D2, el departamento de Informaciones de la Policía de Córdoba, mucho antes de que fuera la cárcel de los detenidos-desaparecidos de la dictadura de 1976. Allí conoció a José María Aricó. A pesar del aura heroica del encierro que lo emparentaba con sus admi-

² La historia de estos años está llena de colorido. Gracias a la amistad perseverante de uno de sus amigos de infancia, Guillermo Bustos, que acompañó a Toto hasta sus últimos días, escuché numerosos relatos de las escenas de «Barrio Inglés» (hoy Barrio Pueyrredón), de las andanzas en el Montserrat compartidas con Mario Argüello y de los estudios de medicina. Los amigos y las amigas de Schmucler fueron numerosos. Los recordaba y extrañaba con frecuencia. Muchos eran nombres de gravitación intelectual, pero otros no. Schmucler se relacionaba cálidamente con todos ellos.

rados Lenin y Antonio Gramsci, una de las detenciones fue larga y su salud se quebrantó: poco tiempo después, enfermó de tuberculosis –la enfermedad que le había arrebatado a su madre cuando tenía unos 6 años– y fue internado en el hospital Santa María de Punilla, enclavado en las sierras. Los primeros antibióticos, la dieta, el sol y el aire puro vinieron en su auxilio. Una vez repuesto, estudió Letras y se recibió de licenciado. La política universitaria lo tuvo como integrante destacado; eran tiempos en el que los vientos de revolución de Cuba llegaban hasta la mediterránea Córdoba.³ Schmucler pensaba en empujar también la transformación en el campo literario: le interesaba en especial la renovación de las literaturas latinoamericanas, y emprendió la tarea convocando para ello a Noé Jitrik.

Y si lo hecho hasta allí ya era significativo, lo que siguió fue una conjunción misteriosa; sinergia de afinidades electivas y ubicuidad empujada por los vientos de la historia. Toto fue, sin proponérselo especialmente, partícipe de procesos y acontecimientos cruciales que lo configuraron como un pensador singular, profundo y renovador de todos los terrenos por los que transitó.

Quisiera delinear someramente los campos en los que la intervención de Héctor Schmucler se enraizó y fructificó, todos ellos tramados por un compromiso político en el que se insertaban, como una dimensión inherente y singular, la apertura de ideas y la crítica. Son ellos la literatura –que constituyó no solo un campo sino que configuró una ética en torno al peso y valor de la palabra– la comunicación –como espacio múltiple y diverso en el que desarrolló especialmente la denuncia del imperialismo cultural y la problematización en torno a la técnica– y los estudios sociales de la memoria, lugar en donde la praxis política se anudó con la reflexión biográfica. Retengo un puñado de referencias, dada la solicitada brevedad de este texto, con la esperanza de que el volumen de *Estudios* en su conjunto de cuenta de lo que aquí es solo una nota.

En primer lugar, entonces, la literatura, tanto por su vocación hacia la crítica y las letras latinoamericanas, como hacia la semiología. Tempranamente descubrió el valor de *Rayuela*, de Julio Cortázar. Su estudio, «Rayuela: juicio a la literatura», publicado en 1963, fue la carta de presentación que abrió las puertas a un contacto frecuente y fecundo con el escritor. La radicación de Schmucler en Francia contribuyó a ello. Pocos

³ El capítulo que Sebastián Malecki publicó en *El obrerismo de pasado y presente* (2014) brinda detalles al respecto.

saben que su primer impulso fue viajar a Italia –la tierra de Gramsci– para estudiar con Galvano della Volpe. Pero ese proyecto no se concretó y, en cambio, se instaló en París para cursar un doctorado con Roland Barthes. Allí se encontró con otros cordobeses: Aníbal Arcondo, Rosa Cavalli, entre otros. Su primera esposa, Miriam Rosenberg, y sus hijos Pablo y Sergio lo acompañaron algunos años, hasta que su vida afectiva dio un vuelco cuando conoció a la lingüista Ana María Nethol.

Pienso ahora que Barthes, Cortázar y París en aquellos años –de 1965 a 1969– fueron alquímicos en el espíritu de Toto, un académico disciplinado, un joven hombre –por entonces– educado en la austeridad y el esfuerzo. Fueron como un soplo de libertad, un reconocimiento de esa fuerza portentosa que es el deseo. La mirada cortazariana sobre la existencia –una mirada que se avenía bien a su espíritu artístico– se consolidó en esa época y nunca se extinguió. Amaba las casualidades; prefería no planificar sino caminar por la vida «a su aire». Pero, si el vínculo con Cortázar fue decisivo, no menos significó Barthes, quien lo iniciara en una manera de transitar la vida y de anidar en la academia, provocándola. Toto admiraba sus *boutades*, la inteligente interpelación lanzada *cum granosalis*; y descubría el placer como una motivación legítima también a través de los diálogos que, en Radio France, mantenía con Severo Sarduy. A su regreso, tradujo y puso en circulación muchas de las ideas del estructuralismo francés y sus derivas. Su vocación de enriquecer el debate intelectual encontró espléndida concreción en la labor editorial: como traductor de Barthes, como director de colecciones de la editorial Siglo XXI y como editor de revistas (*Los libros*, y luego *Comunicación y cultura*, entre otras).

De la semiología a la comunicación había un paso, y Toto lo dio desmarcándose, en disputas intelectuales con Eliseo Verón y su grupo, de un campo universitario en el que ya despuntaba la discusión científica y profesionalizante. Así se comenzó a delinear el segundo gran campo que su pensamiento abonó. Ya en Argentina, instalado en Buenos Aires, en tiempos de politización creciente, se pronunció a favor de un espacio comunicacional emancipatorio y fue parte de una generación que intentó construir un orden regional latinoamericano más justo. Su amistad con Michèle y Armand Mattelart, que continuó a lo largo de los años y a través de distintas geografías, data de esa época. La pretensión de la unidad latinoamericana era difícil: junto con la experiencia socialista de Chile, el concierto de representantes también incluía a delegados de dictaduras. La teoría crítica latinoamericana, que informó parcialmente las

posiciones del bloque de países no alineados, lo tuvo como uno de sus referentes más importantes. Schmucler se nutría por entonces del pensamiento de Adorno, Benjamin y Gramsci, el estructuralismo y el marxismo.

La revista editada con Mattelart y en especial el famoso artículo «Un proyecto de comunicación/cultura» plasmó, tempranamente, los senderos que recorrería el campo durante los siguientes 30 años. Una buena parte de sus apuestas y contribuciones fueron recogidas, con la ayuda de Carlos Mangone, en *Memoria de la comunicación* (1997). La etapa comunicacional lo convocó como docente más que cualquiera de las otras, quedaron así numerosos testimonios de su labor; en la Universidad Nacional de la Plata, en la Universidad Autónoma Metropolitana –donde fue bienvenido y bienquerido–⁴ y en la Universidad de Buenos Aires. Su influencia se extendió a lo largo de América Latina; llegó a Europa y circuló entre los *radicals* estadounidenses a través de su relación con Herbert Schiller.

Si los medios y su alianza con el imperialismo lo ocupaban, no menos puede decirse de lo que significaba la telemática, la naciente tecnología informacional que se desplegaría triunfante los años siguientes a *América Latina en la encrucijada telemática*, el libro que escribió en colaboración con Armand Mattelart. Schmucler pronto percibió (quizá al calor de las lecturas de Karel Èapek, George Orwell, Aldous Huxley, pues la literatura siempre fue una cantera que nutrió su pensamiento tanto como la filosofía) que la tecnología afectaba la condición humana misma. Más tarde, esta articulación entre comunicación, filosofía de la técnica y ética sería la simiente que crecería en la cátedra que compartió con Patricia Terrero en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, quedando luego a cargo de Christian Ferrer. El grupo de jóvenes colegas allí nucleado se volvió también un espacio de amistades entrañables.

El tercer gran campo temático, el de la memoria, se solapa temporalmente con el trabajo en torno a la comunicación. Al calor de un compromiso político que no eludía un examen autorreflexivo riguroso, Schmucler meditó profundamente sobre la condición humana, trabando una amistad fecunda con el pensamiento de Hannah Arendt. No fue, sin embargo, el libro que lleva este tema como título sino otro, *Eichmann en*

⁴ María del Carmen de la Peza; Margarita Zires Roldán; Raymundo Mier; Beatriz Solís; Mabel Piccini, son algunos de sus muchos interlocutores y amigos de México.

Jerusalén, el más encarnado en su pensamiento. El análisis en torno a la deshumanización que conlleva la técnica y el funcionamiento de los aparatos represivos y de exterminio eran convergentes con lo que Schmucler pensaba, ofreciendo una comprensión superadora de las posiciones que terminaban ubicadas cerca de la venganza o del perdón misericordioso. Las atrocidades más terribles pueden suceder porque el mal es banal; es una máquina impersonal, no un agente diabólico.

La síntesis a la que Héctor llegó fue a la vez teórica y biográfica; la desaparición de su hijo Pablo; su propio exilio junto a su hijo menor y el debate de los exiliados en torno a la violencia armada en Argentina, lo movieron a revisar doliente y crudamente las responsabilidades políticas, construyendo una idea de justicia sin revancha y de verdad sin estrategia. El artículo «Actualidad de los Derechos Humanos», publicado en *Controversia* en 1979, da testimonio valiente de esta posición, que fuera objeto de polémicas y descrédito. La polémica del «No matar», iniciada por Oscar del Barco en 2004, puede verse como su continuidad y profundización.

La política fue para él un ejercicio vital constante que lo llevó del comunismo al socialismo –con algún momento de deslumbramiento por el guevarismo– y al compromiso con Montoneros, organización de la que se apartó antes del '76. Luego, la decepción y la autocrítica lo lanzaron a una reflexión mucho más honda y completa. La radicalidad del pensamiento político de Toto no puede soslayar su rechazo hacia el autoritarismo, que fue elaborando y profundizando a lo largo de los años. Probablemente ese rechazo emergiera inicialmente en relación a las posiciones del Partido Comunista argentino, se fuera complejizando en la evocación del peronismo que lo persiguió y encarceló un sinnúmero de veces, se reforzara con las noticias que, en Francia, se iban conociendo de los *pogroms* y el aplastamiento de la revolución húngara de 1956 (su amistad con Adrás Bíró durante el exilio en México le permitió conocer de primera mano estos acontecimientos) y se terminara de consolidar durante la expatriación, extendiéndose para abarcar los populismos de la Argentina de la primera década del siglo XXI.

Algunos amigos cercanos (pienso en Nicolás Casullo, Pancho Aricó, Juan Carlos Portantiero, Oscar del Barco –una compañía imprescindible a lo largo de los años–, y más recientemente Alejandro Incháurregui y Ricardo Panzetta) han discutido con él estas preocupaciones en distintos momentos. No le faltó tampoco un conocimiento personal de lo que las democracias de vocación totalitaria significaban; es triste el

anecdótico de las miserias ideológicas que sembraron incomodidades y marginaciones en la última década de su actividad. Un breve texto publicado en la revista *La intemperie*, «Las maneras fascistas» (2004), fue su única manifestación ante varias de las iniquidades que experimentó hacia la primera década del año 2000 y los subsiguientes. En cambio, se sentía cómodo entre sus contemporáneos del Club de Cultura Socialista de Buenos Aires. Encontraba coincidencia en sus charlas con antiguos compañeros como Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, entre otros.

En Córdoba, donde había regresado definitivamente hacia 1990, vivió en los Altos de San Ambrosio, a 35 km de la capital provincial, en un plan diseñado conjuntamente con del Barco, con quien compartía vecindad y charla. Durante un tiempo fructífero y feliz, San Ambrosio acogió reuniones de los grupos editores de las revistas *Confines* y *Nombres* y permitió a Toto la distancia justa entre la sociabilidad y el retiro, entre el ir a la ciudad por trabajo y retirarse al monte serrano a leer, comentando luego con distintos interlocutores tanto las lecturas como las noticias de los muchos diarios y revistas que revisaba minuciosamente. Su delicada sensibilidad disfrutaba la naturaleza y una casa original hecha a su gusto y medida.

Su actividad ya no estaba ligada a la enseñanza de grado, sino al posgrado y la investigación. Fue miembro fundacional del CEA, director del área de Estudios Sociales de la Comunicación y de la revista *Estudios* («la más académica de las revistas en las que participé», decía Toto) y del Programa de Estudios de la Memoria. Este programa, nacido casi al mismo tiempo que acontecía su jubilación del CONICET, fue un espacio abierto, cabalmente plural. No perseguía ninguna finalidad y gozaba de una gran apertura intelectual. Algunos libros colectivos, numerosos seminarios y encuentros y nuevos interlocutores fueron parte del entusiasmo de Toto, quien contó con la colaboración de Tamara Liponetzky por veinte años. Un grupo amplio y diverso de interesados en el tema, académicos y no académicos, pasaron por sus reuniones. En 2015, Toto se retiró, fatigado de lidiar con los encasillamientos mentales y administrativos.

Tres campos con un hilo conductor: la palabra, capaz de conjurar el amor y el dolor, de suavizar las pérdidas, de reconstruir la armonía perdida. El mundo de Toto era el mundo de una palabra que cifraba el misterio de la vida. Una palabra exigente: palabra poética, palabra política, palabra que guarda memorias. Escribía como quien ingresa en las batallas del amor, sufriente y gozosamente, y salía de la refriega exhausto.

to y pleno, aunque perpetuamente insatisfecho. La admirable ética de Toto Schmucler era una ética de la palabra: «con una palabra se puede matar», sentenciaba. Por eso, su palabra era impecable. Podía ser crítica, pero buscaba no herir; siempre era cuidadosa, medida, amable. Sin embargo, y a pesar de la bonhomía de su expresión, no podía ser desleal con lo que pensaba: «la palabra obliga», decía.⁵

Mientras que su palabra escrita llevaba el signo de lo inefable, acaso de lo trágico, su palabra oral –su palabra compartida– era juguetona, audaz y seductora: enormemente cautivante. Toto podía ser invitado a formar parte de un homenaje a Neruda y criticarlo, sabiendo que escandalizaría y quizá divirtiéndose un poco con ello, pero confiando en salir ileso. Aunque por amistad aceptara muchísimas invitaciones y pedidos, no podía sostener una posición que no era propia. Lo compensaba: atendía especialmente las formas del decir para no agraviar ni ser injusto. Comprendía e incluía en sus exposiciones a todos los que no pensaban como él; no daba por sentado su posición, ni presuponía que su auditorio compartía la posición crítica. No para todos este mundo, tal como está, es execrable, pensaba; algunos podían sentirse cómodos en él y hasta celebrarlo. Y también ellos tenían derecho de habitarlo.

A pesar de su afabilidad, retenía para sí lo que consideraba privado. Silenciaba malestares, dolores y agobios. No quería ser considerado una víctima, ni ser objeto de compasión. Fue coherente con lo que creía tanto como es posible pedirle a la humana contradicción. Su nobleza se percibía inmediatamente; un hombre cercano, amable, capaz de escuchar, lúcido y sereno, que vivía sencillamente con una magra jubilación, sin renunciar a lo que pensaba por obtener un contrato: el dinero, y los cargos, creía, muchas veces impiden decir lo que se piensa con libertad. Probablemente por eso no aceptó indemnización alguna. Ni por el exilio –la política era una elección, una convicción, que asume riesgos, decía, no se renta ni se compensa–, ni por la desaparición de Pablo, pues podría caerse en la confusión de que existe alguna reparación posible para una infamia inconmensurable.

Héctor Schmucler fue un ser excepcional, que vivió trabajando sobre sí mismo para restaurar la posibilidad de armonía arrebatada varias veces en una existencia desgarrada por las pérdidas. No fue perfecto,

⁵ Mientras Oscar del Barco escribía *El abandono de las palabras* (1994), Toto publicaba «El regreso de las palabras o los límites de la utopía mediática» (1993), en continuidad del diálogo con su amigo.

evidentemente, aunque sospecho que fuimos poquísimos quienes conocimos sus íntimos claroscuros. Apreciaba la vida, en sus múltiples y transparentes manifestaciones, y la honraba con su sutileza. Amaba la palabra bella, sabia y comprometida capaz de *alétheia*, de develar el mundo. Esa era su única alhaja y por ella era un caballero cruzado y un artista sutil que no admitía bastedades. Tiemblo un segundo al recordar su voz grave y estentórea recitando poemas de García Lorca, apuntando su declamación con gestos de unas manos que desplegaban sus propias líneas. Aunque sus gustos eran simples, su fruición era fina; lo insustancial no lo entusiasmaba. Alimentaba su pensamiento con lecturas selectas; la erudición de George Steiner o de Tony Judt concitaba su perenne admiración.

Me abismo en vacío, buscándolo, y descubro que soy incapaz de lograr una semblanza cabal. Presumo que es una imposibilidad compartida: el pasado se torna cuento y recuento insuficiente y trivial. Me consuela saber que, ante los discursos que enaltecen, los que menoscaban y, más peligrosos aún, los que tuercen intencionadamente, están brillantes y filosas sus propias palabras, reunidas en libros o dispersas en manos de cualquiera que le haya pedido una opinión. Allí están, lanzadas a rodar en el mundo; ellas son los arcontes donde hay que buscar, pues estas mías, que «transitaron y rascaron viejísimos días», como él decía, no aspiran a ser más que algunas de las posibilidades que abre el relato de una vida.

Toto probablemente hubiera tomado alguna distancia con el intento de cerrar un sentido, pensando que lo movió más la contingencia que un plan predefinido, y sabiendo que todo relato resulta finalmente mitificante. Es inevitable, me digo; ya que he escrito, he decidido correr ese riesgo. Es igualmente probable que sonriera ante mis artes de narradora que le causaban enorme simpatía. Sabría que he seguido al pie de la letra el espíritu benjaminiano que lo inspiraba:

«Hacer memoria, en consecuencia, es más que el esfuerzo por evocar los hechos. Incluye la perentoria responsabilidad de responder, es decir, de hacerse responsable por el lugar desde donde ayudamos a construir aquellos hechos recordados. Pero también responder, hacerse responsable, por la manera en que hoy contemplamos aquellos hechos», decía en 2013.

Mis memorias sin embargo guardan algo más, un sentimiento único que nos enlazaba, que debo reponer para ser justa: lo que podía parecer una relación de asimetrías evidentes estuvo fundada sobre todo en

una complementariedad inquebrantable. Regreso, entonces, a las cartas que nos escribimos en 2012:

«He tenido sueños de muerte y al despertar no me parecían sueños inoportunos. (...)¿Qué ha sido mi vida?, me he preguntado. ¿Algo más que ruido? (...) Me golpea la convicción de que he sido una hoja al viento y es poco tranquilizante saber que otros también lo son. Por momentos, creo que mi pensar está hecho de infinidad de libros no leídos. Que cargo con más culpas de las que yo mismo soy consciente (...) Dudo en mandarte esta carta... [Prefiero] escribirte sólo para contarte mi amor que, en realidad, es lo único verdadero; la posibilidad de armonía.»

Cinco viñetas para celebrar a HS

Marcelo Casarin

Leo, una y otra vez, las palabras que he subrayado en estos textos inquietantes. Busco en ellas, con ingenua expectativa, descubrir una clave que ilumine el dilema de la memoria...

HS

UNA

Hay una fotografía en la que se lo ve leyendo, reconcentrado, con un lápiz en la mano (como un arpón de madera y carbonilla; como si la página fuera un espejo de agua), al acecho de alguna frase que valiese la pena atrapar. Era una escena frecuente: Schmucler leyendo. Practicaba la disciplina de la lectura: leer todos los días, varias horas, anotando los libros y levantando la vista. Escribía las lecturas, como uno de sus maestros.

DOS

La conversación, la palabra en el aire. Quizá en la escucha, la capacidad para escuchar aun sin oír demasiado, haya sido una de sus mayores virtudes. Ahí residía su encanto, en saber ponerse en el lugar del otro, en hacer que el disenso no fuera un quiebre sino la oportunidad para algún descubrimiento. Pero escuchar no era su único don: podía ver el otro lado de las cosas.

TRES

Enredado en proyectos comunicantes, se pasó buena parte de la vida haciendo revistas: *Pasado y presente*, *Comunicación y Cultura*, *Los libros*, *Estudios*... Conductor o partícipe necesario de estas experiencias

de confrontación de ideas y escritura, parece haber hecho allí una de sus mayores inversiones libidinales. Quizá sea por eso que descuidó su obra (o desdeñaba la idea de sujetarla en libros). Una experiencia interesante: rastrear los textos que escribió Schmucler. Dónde está su obra, qué escribió y qué publicó. Tal vez trabajaba para un único volumen que todavía no fue publicado. Sin embargo, hágase esta otra experiencia: cuéntense las veces que ha sido citado.

CUATRO

Tensar la cuerda al máximo: el oído puesto en la palabra, para darle el mejor lugar en la conjetura y la compulsa de las ideas. Las citas: tomar prestado, con amoroso cuidado, las palabras y las ideas de otros, para devolverlas trasformadas en escritura. El envés de las lecturas anotadas.

Aunque hay un gesto recursivo: su corpus evidencia que no había asunto que le fuera era ajeno. El movimiento define su escritura y su pensamiento: cuando parece a punto de perderse y a una digresión le sigue otra y otra... enseguida se rescata a sí mismo, retoma el eje, como se dice, y se pone en línea.

La palabra cultivada, la incesante búsqueda entre las palabras, pero sin que se advierta la tarea: tensó la cuerda del ensayo para ponerla al lado de la poesía.

CINCO

Nos frecuentamos amorosamente desde 2002. El lugar de encuentro, casi siempre, fue el Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional Córdoba, donde desarrolló la parte más sustancial de su trabajo en los últimos años. Ya estaba jubilado, pero no retirado ni aposentado: activo, serenamente preocupado en los asuntos que le interesaban; haciendo memoria de años intensamente vividos.

Esta serie de escenas me vienen por recordar a un amigo encontrado en la vida de la Universidad. Pero hay una recurrente, del último tiempo; quizá por la cercanía, quizá porque en esas palabras recupero su voz.

Teníamos un proyecto de archivo con artistas e intelectuales y queríamos que él fuera parte: haríamos la experiencia de trabajar con un autor vivo. Nos citamos en un bar y le di una larga y detallada explicación; y le propuse que nos aceptara como sus archiveros. Me miró unos instantes con una mezcla de duda y extrañeza, y dijo: «dejámelo pensar, necesito un tiempo. Necesito digerir un poco esta idea de ser archivado, de que me archiven».

Hola, Toto ¿Dónde estás?

Mabel Bellucci

Me pidieron que escriba sobre Héctor Schmucler, más conocido en el ambiente como el Toto. No es un cometido sencillo. Igual, intentaré hacer algo que dé cuenta de nuestra amistad. El Toto fue una de las personas que más gravitó en mi vida. Mi libreta universitaria revela el año en que nos conocimos. Fue en La Plata, en 1972. Esta ciudad que la gente suele llamar «gótica», por sus afiladas iglesias e importantes museos fue diseñada para la vida universitaria. Comencé a estudiar allí para alejarme de mi familia. Con anterioridad, me había anotado en la carrera de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires, en la inolvidable sede de la calle Independencia. De inmediato, descubrí que era necesario irme más lejos. Entonces surgió la idea de La Plata. Lo decidí de un día para otro. Y encontré que la única inscripción que aún estaba abierta era en la Escuela Superior de Periodismo (ESP), famosa por su larga trayectoria. Como dije, mi elección la hice entre gallos y medianoche, no obstante, esa ciudad me transformó la vida, mi cotidianeidad, mi cabeza. Todo era estremecedor: las pensiones, las guitarreadas nocturnas, la militancia universitaria, conocer gente de muchas de nuestras provincias y de países linderos. La ESP funcionaba en la calle 53, nro 726, entre 9 y 10. Por una escalera larga se llegaba a una puerta, donde había un descanso y luego en otro venía un hall y hacia los costados y para atrás se encontraban las aulas. Esta residencia tenía un estilo de la *Belle époque* europea pero venida en ruinas. A diario me cruzaba con compañerxs paraguayos, bolivianos y peruanos que estudiaban conmigo. Nos guiaba un apasionamiento antiimperialista que nos llevaba a *abroquelarnos en un afrento: la toma del poder y el fin del capitalismo*, solo con un agregado: amábamos el jolgorio noctámbulo. Entre el estudiantado predominaban adherentes y militantes de la agrupación político armada Montoneros y de la Tendencia Revolucionaria. Había poco margen para las izquierdas revolucionarias marxistas. Luego, con el accionar terrorista de la Concentración Nacional Universitaria (CNU) más el desembarco del sindicalista Victorio Calabró, nuestros hermanos latinoamericanos también fueron sus víctimas fatales.

Ahora bien, entre tantos cambios personales, apareció el Toto. Junto con él, la semióloga, Ana María «Menena» Nethol, su pareja de entonces. Ese hombre risueño, gesticulador, de anteojos grandes con marcos marrones, mechones rubios derulos ensortijados, sería el intelectual que dio inicio a los estudios de comunicación y la cultura de masas en América Latina y, en especial, en nuestro país. Pronto, nos enteramos que él había impulsado en aquel Chile de Salvador Allende a fundar la revista *Comunicación y Cultura* con Armand Mattelart y Ariel Dorfman. En breve, en la ESP, Schmucler, secundado por Menena, tomó a su cargo una función ad hoc, provisional, con un propósito específico: mudar de aires, de manera radical, los contenidos de la carrera a tono con los nuevos aportes del campo de la comunicación. En efecto: lo que estaba en juego era reformular el plan de estudios y el ingreso de nuevos profesores/as. Por ende, imperaba *aggionar* el horizonte académico acorde con las exigencias del contexto. Ello fue posible por el compromiso de Schmucler, quien fue convocado y acompañado por el centro de estudiantes. En 1972, creó y estuvo al frente de la cátedra Semiología del Periodismo Escrito, un hito inaugural en América Latina. Para él, la acción política radicaba también en revolucionar la academia y la producción teórica. Yo fui una de los tantos jóvenes que lo escucharon por primera vez. Ahora, no recuerdo cómo pasamos de ser él profesor y yo alumna a convertirnos en amigos. Fue una amistad que perduró hasta su muerte. Tuvo largos intervalos, peleas inútiles, discusiones políticas, llamados telefónicos, cartas, correos electrónicos, encuentros en cafetines, recorridas por librerías, alojarme en México, alojarlo en Buenos Aires y un largo etcétera. Apenas el Toto tomaba la carretera de Córdoba a Buenos Aires, avisaba que estaba listo para charlar tendido. Tenía una larga lista de personas para ver. Y era gracioso porque a veces los encuentros se daban en lugares irrisorios. Apenas me veía, me saludaba con una sonrisa pueril, una mirada vivaz y con su tonada cordobesa, musitaba: «hola, Mabelita». Ahora que lo pienso, nadie me llama en diminutivo. Seguro que cabe una explicación: cuando nos conocimos, yo tenía 22 y él 41. Y en su imaginario yo quedé detenida en mi juventud. Aunque no era solo yo, ambos estábamos detenidos. En ocasiones, sentados en un café, nos quedábamos callados para oír las conversaciones de las otras mesas. Después, armábamos historias de lo que habíamos escuchado. Esos seres anónimos que nos rodeaban, tomaban vida. Nuestra predilección eras las discusiones de parejas. Ahí yo siempre ajustaba comentarios feministas. Mientras el Toto trataba de entender las salidas viriles, en especial, el silencio. Así

construíamos mundos. Y por momentos fantaseábamos con hacer algo: un corto, un cuento o una novela. Lo cierto fue nunca logramos armar nada. En general, nos poníamos al día con los pormenores de la gente conocida. Era fascinante. Yo era una especie de programa de chimentos de la tarde para señoras abatidas por la rutina hogareña. Él abría grande sus ojos celestes con estupefacción como diciendo «¿che, esto es vedad lo que estás contando?» Quizás, yo le pasaba algunas pinceladas de realismo mágico a mis comentarios. Y me decía con algo de complicidad: «lo tuyo está en armar la sección de sociales en Página 12». Hasta, nos escribíamos cartas de puño y letra. Todo empezó, en 1996, cuando lo invité a presentar el libro *Desprivatizando lo privado. Mujeres y trabajo*, de Cecilia Lipszyc y mío. Fue en el Museo de Arte Moderno de Buenos Aires. La mesa la integraban Eva Giberti, Carlos Jáuregui, Graciela Fernández Meijide, el Toto y nosotras dos. De no creer, estuvo dos horas hablando en contra del feminismo como del libro. Desde el público lo chiflaban, le pedían que no siga. Por supuesto que nuestra indignación nos carcomía. Al tiempo, recibí una carta de disculpas diciendo que no debíamos cortar nuestro diálogo. Ahí me quedó claro que para algunas ocasiones era mejor no contar con él. A partir de ese momento, fueron idas y vueltas de correspondencia. Cuando el Toto se enteró de los vaivenes de su enfermedad, volví a las andanzas epistolares. Luego, me respondía por email y otras con largas conversaciones telefónicas. Así, con el pasar de los años, tomé conciencia de lo privilegiada que fui de contar con su cariño en situaciones fáciles y en otras difíciles. Fue una rara avis intelectual que hizo a lo largo de su vida muchas y grandes cosas, pero sobre todo la escucha, el refugio y la tertulia. Ante todo, fue una persona tierna, honesta, buena. En realidad, no construyó un personaje para ser escrito: no realizó nada para que contaran su historia, como ahora lo estamos haciendo con este libro. De hecho, contar «su historia» es, de algún modo, dar cuenta de una coyuntura política sumamente enmarañada de nuestro país, de nuestro continente y, además, de nuestra generación. No tengo palabras para la despedida.

Una semblanza escrita por una nieta

Abril Schmucler Iñiguez

Aguardaba, en el único rincón del comedor donde la luz del sol no podía resplandecer y flanqueado por dos sillas de tela marrón, un reloj. Era grande, le colgaba un péndulo a veces opacado por el polvo, a veces brillante. Su antigüedad me significaba tanto como los recuerdos que mi familia guarda de mi familia. Esto es, mi padre de mi abuelo y mi abuelo de sus padres. Aquel reloj era un pretexto para medir el pasado y me daba la impresión de que lo acontecido antes de que éste artefacto pudiese mirarnos, fuera una historia que se diluyó entre los progroms, las guerras mundiales y la vida cotidiana –que no era fácil– de los pueblos que ahora forman parte de Ucrania, Bielorusia y Polonia, de donde eran los abuelos de mi abuelo. El reloj era hermoso y no funcionaba, sin embargo, muy a pesar de su congelamiento, yo recuerdo que nos decía la hora en todo momento, y es que, en casa de mi abuelo, raramente sucedía el tiempo. En todo caso, el tiempo era el de ese reloj caprichoso.

En realidad el aparatollegó tardíamente a la vida Schmucler, a pesar de ello, siempre me pareció que fue el testigo de la memoria familiar. Lo trajo Mañe, la bobo Mañe, quien fuera la compañera de Carlos –el padre de mi abuelo– años después de que su mamá, Hipólita Kreiman, había fallecido joven por causa de una tuberculosis que hoy sobrevivimos con algunos antibióticos. La modernidad alarga la vida, pero no necesariamente su calidad, pienso que me diría mi abuelo si leyera esto.

Al haber permanecido desde un siempre relativo, dentro del paisaje de nuestra historia familiar, aquel reloj marcaba esa memoria que a su custodio, mi abuelo, le gustaba guardar y re-visitarse en silencio de vez en cuando, o eso me parece.

A mí me encantaba saber que estaba allí, en el rincón del silencioso comedor y protegido por esas dos sillas que únicamente servían a su propósito cuando se encendía el carbón, y había que llevarlas junto a la parrilla para el ritual carnívoro. Me gustaba pensar que esa esquina de un reloj sin tiempo con sus sillas cafés, una pila de revistas que intuyo nunca nadie leyó, y una pequeña alfombra de colores abandonados, hacía las veces de un ecosistema independiente al resto de la casa. Ecosiste-

ma que alguna vez, cuando yo era pequeña, imaginé como una máquina que me podría transportar por el tiempo, una micro-salita-máquina del tiempo. Y es que en esas vacaciones yo había tomado al azar un libro del infinito librero que estaba en la habitación del segundo piso de la casa, donde vivían sobre todo los textos que mi abuelo había leído hacía tiempo, décadas, más de medio siglo. Por supuesto, cuando era niña pensar que los había leído hacía medio siglo me parecía equiparable con la edad de los mismos autores. Era demasiado tiempo, por eso yo pensaba que aquellos mil libros eran los causantes de todo lo que era mi abuelo, esa inmensidad que abarcaba tantas cosas. Libros de comunicación, libros sobre judaísmo, libros de la dictadura argentina, libros del holocausto, libros de la modernidad tecnológica –por cierto, me daba curiosidad que un abuelo pudiera estar interesado en satélites y televisores– y, finalmente, las novelas. Esa era mi sección favorita, así que me concentraba en mirarlas, separarlas de las que estuvieran en otros idiomas y, más por instinto que por alguna recomendación, elegía alguna y me adentraba en ella. Es por eso que en esas vacaciones había viajado al futuro con H. P. Wells y entonces todo alrededor mío tenía que ver con los viajes temporales, y aquel reloj sin tiempo me servía muy bien para tal propósito.

Así era pasar los días en casa de mi abuelo, el tiempo se acortaba o se estiraba dependiendo de nosotros y no del resto del mundo, que permanecía lejos y que no se entrometía excepto por los mensajes que sus amigos, alumnos o colegas dejaban en la contestadora de alto volumen. El día comenzaba muy temprano, cuando mi abuelo me despertaba con su voz grave y cordobesa. Desde los primeros escalones gritaba una versión de mi nombre que guardo con recelo en el corazón. Sin esperar respuesta pero sabiendo que ya estaba en el proceso de salir del sueño, se sentaba en la orilla de la cama, a la altura de los pies y me compartía de su mate. Los primeros sorbos eran a oscuras porque tampoco había encendido la luz. Recién cuando vislumbraba cierta conciencia en mis adormilados ojos –o por lo menos algún balbuceo legible– abría las ventanas para recordarme el hermoso mundo en el que estábamos. San Ambrosio era su felicidad, y por supuesto también la mía. Leo un correo suyo en el que, con sus palabras, me hace sentir en ese paisaje extenso e irrepetible. A pesar de que yo estuviera a diez mil kilómetros y a diez mil días de aquellos horizontes, sus palabras me llevan –siempre en presente– hasta esas interminables sierras con pájaros y caballos y todos los verdes que existen y que se asomaban por las ventanas que él abría para terminar el rito de despertar a su nieta.

Mientras duraba el agua de la antigua tetera –otro artefacto para viajar en el tiempo– hablábamos de lo que teníamos en la cabeza y en el alma. No importaba que yo tuviera doce, dieciséis, veinte o treinta años y que por eso mis preocupaciones divagarán entre inocentes dudas, ingenuas reflexiones o esporádicas certezas. Los diálogos siempre partían de su sorpresa y del interés que él ponía por las cosas que seguramente ya había visto pasar otras veces. Tampoco era problema que mis temas de conversación alrededor del mate temprano fueran relatos de los sueños que yo había tenido esas noches sin ruido y sin luces mexicanas. A veces también le contaba sobre el libro que estuviera leyendo en esos días y entonces él me daba dos o tres pistas para entenderlos desde diferentes miradas; de esa forma, a través de sus palabras yo podía saborear otras capas de las lecturas que, como aquel de Wells, tomaba sin pedirle de sus repisas.

Muchos años después me di cuenta, en un velatorio lleno de gente que me hablaba del vínculo que había tenido con él, que al escuchar con esa atención tan particular, mi abuelo le dio un lugar especial a las personas que coincidieron en su camino. Nos hizo sabernos únicos y esa forma afectuosa de tratar a sus amistades lo hacía un árbol frondoso que señalaba un camino posible a seguir, o bien, era el punto de partida para quien se quisiera regresar, en caso de habernos equivocado en los pasos recorridos.

Al terminar el mate y asegurado de que yo estuviera muy despierta, comenzaba nuestro día que, pese a la cotidianidad del lugar, nunca era igual. Generalmente, a los libros que leía durante esos días en que lo visitaba, intentaba llevármelos a mi casa, a la Ciudad de México. Algunos exitosamente, otros no pasaban el filtro de la puerta. En los primeros años el impedimento no era por alguna prohibición suya, sino porque me parecía que aquel libro hurtado podría extrañar a sus hermanos de repisa. El espíritu de cada libro que pertenecía a la historia de mi abuelo debía sentirse protegido entre los demás.

Con los años encontré formas de justificarme la extracción literaria. Mi abuelo sabía de mis hurtos y los dejaba pasar, no sin hacer mención al respecto. Creo que con el tiempo, y mi edad, los títulos que intentaba llevarme se fueron acercando a sus libros más queridos o necesarios, y entonces él decidía si me lo permitía, si me lo regalaba formalmente, o bien, si me llevaba a la librería para que pudiera tenerlo de nueva imprenta.

Sucedió con Dostoievski. Supongo que los quería y visitaba tanto que prefirió regalarme ediciones nuevas, copias de alguna rareza que él mismo había debido fotocopiar, y un libro de edición muy antigua que, quizá justamente por querer mucho y por saber que yo también lo disfrutaría, me regaló. Es tan viejo el librito que el título del lomo está borrado, así que él lo escribió en un papelito y lo pegó con una cinta transparente que ahora, de seco pegamento, guardó entre sus páginas. El bufón, el burgués y otros ensayos. Me gusta encontrarme su letra en un libro.

Al hablar de sus libros, me da la impresión de que los quería tanto como se le puede querer a una persona cercana.

A mi abuelo todos le decíamos Toto porque su padre, Carlos, lo nombraba en Yiddish Totele: querido mío, hijito. Además de hablar en yiddish, Carlos era el almacenero que todos los barrios del mundo deberían haber tenido. Era cariñoso, honesto y daba galletitas con salame a sus nietos que llegaban hambrientos al almacén. Ofrecía en el mostrador, imagino que entre el membrillo y el pan criollo, el diario comunista Nuestra Palabra.

La única foto que miro de mi bisabuelo es en un río, con un asado en camino. Es alto como su hijo, aunque más robusto. Al parecer sus manos eran igual de grandes. Se habían mudado desde Hasenkamp, de la provincia de Entre Ríos, a la ciudad de Córdoba; entre otras cosas, supongo que para tratar la tuberculosis de Hipólita, que también enfermó un largo tiempo a mi abuelo. Esa historia siempre me despertó un poco de terror: una casona gigante, en medio de las sierras, pasillos llenos de puertas con más y más complicaciones respiratorias. El silencio de la noche interrumpido por asfixias ajenas. La sensación de poder estar allí me provocaba miedo, ternura, desolación. Me hacía mirar de otra forma esa fuerza y calidez que tenía mi abuelo. Alguna vez me habrá contado, o quizá lo imaginé, que a veces se asomaba para mirar el paisaje desde la ventana del tercer piso en ese viejísimo edificio de Santa María de Punilla, que hoy podría ser un set de filmación de thrillers aterradoros. Tengo la impresión, si la cronología de mi memoria no me engaña, que en esos meses conoció a un recién llegado, migrante de Rumanía, también en curación. El nuevo argentino no hablaba castellano, pero de todas maneras se hicieron amigos.

Por esa época, quizá durante o poco después, mi abuelo estudió la carrera de medicina. Supe que recorría, con su compañero de banca y calle, los barrios de Córdoba. Iban en sus bicicletas tocando puertas para

ofrecer inyecciones a domicilio. Era un trabajo acorde a su estudio y a la vez necesario para su economía. Me parece que también le gustaba acercarse a la gente, supongo que la búsqueda de un mundo más justo para todos es una mentira si no se conoce a las personas.

Me gusta imaginar a mi abuelo andando en bicicleta, tocando las puertas con su botiquín de inyecciones y conversando de muchas cosas con su amigo, el Negro Bustos.

El Toto dejó trunca la carrera de medicina, no lejos de terminarla, para estudiar letras y adentrarse al mundo en el que seguiría toda su vida. Pero aquellos conocimientos galenos los sacaba a relucir con frecuencia, sobre todo en dos formas: la primera era que, sin falta, como parte del quehacer diario, daba golpecitos con una mano sobre la otra, que estaba pegada a su esternón, así podría sentir alguna posible inflamación o malestar digestivo; la segunda, que era la que más me gustaba, era que me ponía los labios en la frente para medir la temperatura y al final de su labor de termómetro me daba un beso. Pienso que debía sentirme afiebrada muchas veces porque es un recuerdo recurrente.

Su padre, como dije antes, era almacenero y un hombre del que escucho solamente palabras buenas cuando los que lo recuerdan, es decir mi padre, mi tía y mis abuelos, lo mencionan. La sonrisa dulce y llena de nostalgia que ponía mi abuelo Toto, cuando se mencionaba a mis bisabuelos, a Mañe o a su hermana Cucale me hacía sentir triste y feliz. Es que su sonrisa era verde, llena de muchos recuerdos que la pura mención de los nombres le evocaban y que no tenía intenciones de esconder. El verde es el color del paisaje de su ventana, de su plenitud, de la honestidad. Mi abuelo no mentía.

Yo pensaba en el zeide Carlos, el almacenero, cuando rumbo a su casa debíamos hacer una serie de paradas en el pueblo de Río Ceballos. El periódico, el pan, la carne, el correo y, finalmente, la verdulería. Esta última me gustaba porque mi abuelo se tomaba el tiempo en el que yo hubiera entrado y salido con dos bolsas llenas de todo un poco, para elegir de entre la caja repleta de tomates, los únicos dos que fueran perfectos. Para lograrlo, los tomaba entre sus gigantes manos que, por su tamaño, aparentaban ser toscas pero con suavidad medía su peso, su textura, su dureza. A veces yo me desesperaba y mientras él tomaba la decisión que definiría la ensalada del día, yo trataba de adelantar la canasta de las frutas que llevaríamos, una innecesaria variedad que tomaba salvajemente de entre todas las opciones. Otras veces me intrigaba entender qué tanto podía meditar alrededor de dos tomates y una lechuga,

entonces lo observaba atenta, incluso cotejaba su elección con otros tomates para encontrar las diferencias. La cebolla se la brincaba, no sé bien si por mi aberración a esta o porque él mismo no la disfrutaba tanto. Al terminar, y a pesar de que en la canasta ya hubiera fruta, –la que vorazmente yo había puesto– él hacía lo mismo con los duraznos: mirarlos, tomar uno, abrazarlo entre sus manos, tomar otro, hablar con la pareja de verduleros, calcular el peso, buscar mi aprobación en su incertidumbre, como último recurso lo olía –me hacía olerlo también– y, finalmente, metía alguno en esa canastita junto con otro que había pasado por la misma extenuante prueba. Dos tomates, una lechuga pequeña, dos o tres duraznos de gran tamaño y dos manzanas llenas de brillo en su rojo profundo. A éstas las pelaría porque la cáscara no le gustaba, o no le hacía bien. Con una mano la haría girar en su propio eje y con la otra sostendría firme el cuchillo, de tal forma que lograba una larga tira de piel roja, que después aventaría hacia el caótico arbusto que nos impedía mirar el río, pero no escucharlo. A mí me gusta el sabor de la piel de la manzana roja, sin embargo desde siempre procuro hacer el mismo movimiento con el cuchillo y, cuando logro una sola tira sin accidentes, me siento contenta y tengo ganas de contárselo. Después me la como con pequeñas mordidas preguntándome qué pensaba mi abuelo cuando me miraba hacer estos pasos sin sentido, supongo que le daba ternura y le gustaba sentirse imitado. O tal vez nunca se dio cuenta.

Esos últimos pendientes antes de llegar a la casa donde el tiempo sucedía a través de un reloj inmóvil, consistían en disfrutar de bajar y subir del auto cinco veces. Escuchar su conversación con el carnicero que, nada más lo veía llegar y ya le cortaba los trozos que pondríamos a la parrilla o a la plancha; el periodiquero que le guardaba por el tiempo que fuese necesario *El País*, las *Ñ's*, algunas *Página12* y comentaba con él algún artículo de interés mutuo; los verduleros a quienes ya referí; la panadera que era la más joven y sonriente; y, finalmente el correo. Esos últimos nunca conversaban mucho.

A veces mi hermano y yo lográbamos viajar juntos. Y entonces algunas cosas eran diferentes. Tendríamos unos diez y doce años cuando nuestro abuelo nos dio un vasito con fernet puro, quizá porque se lo pedimos tras escuchar un relato de su infancia. O tal vez solo se le ocurrió que era la misión de un abuelo estrenarnos en las bebidas alcohólicas. Fue horrible, su sabor infame nos hizo hacer muecas que mi abuelo disfrutó con sonrisa. Aunque tengo la impresión de que nos terminamos todo lo servido, tal vez como un reto familiar, también creo que mi abue-

lo nos dio permiso de tirar el sobrante, porque nada que hiciéramos debía ser obligatorio o un padecimiento. Nada. Antes que llegar a la orden, prefería dedicar largas conversaciones, cartas escritas a mano o electrónicas. Lo que fuera necesario para exponer las razones de hacer o dejar de hacer cosas, sin urgencia, lejos del tiempo donde el resto nos movíamos; en aquella prisa donde yo me movía y él, con sus diálogos y cariños, sabía pausar.

Algunas tardes, dependiendo el día de la semana en que caía nuestra estancia en San Ambrosio, llegaban a visitarlo sus amigos Hely y Oscar. Construyeron sus casas, una junto a la otra, y yo sentía que eran diferentes espacios de una misma, enorme. Cuando eso sucedía yo me emocionaba. Ellos gritaban un saludo que nadie escuchaba, mientras se acercaban por la entrada del asador hacia la terraza donde supongo que sabían que estaríamos, por la hora. Con suerte nos encontraban recibiendo el calor del sol y mirando aquel paisaje que mil palabras no podrían ser capaces de describir. Al principio me dedicaban algunas preguntas en referencia a México y los míos allá, pero pronto se ponían a hablar con mi abuelo de todo lo demás, y ahí es cuando yo, a mis diferentes edades, me sentaba atenta a tratar de aprender algo de sus charlas. Nombres de autores que debía leer, filósofos, poetas, reflexiones sobre libros, sobre artículos, sobre pinturas que trataba de memorizar para después ir a mirar en tal o cual museo y también, hay que decirlo, novedades candentes del mundo intelectual argentino, a decir mejor, chismes. A veces Oscar interrumpía de golpe la conversación entre ellos para hacerme una pregunta que me despertaba de una especie de hipnosis, y en el desconcierto de la pregunta y de su mirada penetrante yo no sabía qué responder y sufría mucho, pero aunque pedía ayuda silente a mi abuelo, con la desesperación de una niña, él me respondía, también silente, que no me sacaría de ese apuro. Lo hacía amoroso y expectante, también, de mi respuesta. Esos instantes, en esa casa sin tiempo, me parecían larguísimos. Tan velozmente como creía necesario, yo le respondía a Oscar cualquier cosa, buscando ser honesta, inteligente y suspicaz al mismo tiempo. Tras mis palabras, todo volvía a la normalidad, ellos continuaban hablando y yo volvía a ser una escucha. Nunca le respondí algo equivocado, tampoco le respondí nada correcto; lo cierto es que mi abuelo no intervenía en mi relación con sus propios amigos, fueran quienes fueran. Al contrario, incitaba que estas se desarrollaran a su manera, independientes de él y le alegraba saber que yo entablaba amistad con alguno, le gustaba pensar que se borran las generaciones y

nacían nuevos diálogos y, sobre todo, que nacieran nuevos cariños que lo atravesaban por encontrarse él en medio.

Algunas veces el reloj funcionaba, o por lo menos hacía ruidos que recordaban el paso del tiempo.

Empiezo a escribir este texto desde mi cama. Hoy decidí detener la rotación del mundo porque las cosas están feas. En México, Argentina y en el resto del planeta. Fue de mi abuelo de quien aprendí que a veces hay que salirse de la vorágine de la vida que se apresura alrededor. Estar en casa, leer, escribir, mirar por la ventana, dejarse abrazar por la cobija, tomar un mate con la lentitud de un litro, pensar, mirar de nuevo hacia la ventana, reacomodar la pila de pendientes en sus nuevas prioridades, estar. Ahora que la menciono, me doy cuenta que la cobija que me cubre fue de él y guarda el aroma de su casa, un poco de peperina mexicana. Lana pura, de llama tal vez, o de vicuña, la verdad es que no sé nada de tejidos. Es caliente y delgadísima. A él le parecía hermosa pero lamentaba que picara tanto, es cierto, es hermosa y pica mucho. Pienso en su habitación, en su ropa, en sus zapatos y los calcetines a los que les hacía un corte por las orillas. Pienso en sus lentes cuadrados y en sus rulos y en una de las fotos que tengo con él: sucede en México, mi hermano y yo tendríamos unos 3 y 5 años. Aparece mi madre también y los cuatro usamos corbatas a manera de broma. Mi abuelo fue un hombre que se vestía bien. Dedicaba tiempo a su apariencia y lograba lucir elegante, aunque no usara corbatas y tampoco lo recuerdo con algún saco. No consumía nada que no necesitara, pero sí cargaba con su hermosa agenda de piel marrón en la que escribía con una letra que recuerdo con el mismo cálido espíritu que leía en sus cartas, y siempre una campera de piel, café también. Miro otra foto en la que está vestido de lino. Huaraches, pantalones y camisión blancos. Es el vestido típico de un campesino mexicano y por eso me sorprende. Me carga en su pierna derecha que me queda enorme porque yo tendría uno o dos años, está apoyado sobre unas piedras negras, lava de un viejo volcán del Ajusco en donde estaba su casa antes de haber regresado a Argentina.

El día de su velatorio pedimos que quitaran las cruces que ya habían colocado en el féretro y en la pared. Era claro que había que sacarlos. La idea de que estuvieran allí nos pareció disparatada y recuerdo que al imaginar lo que pensaría él acerca todo eso, y de la naturalidad con que los hombres habían puesto esas figuras, su compañera y yo nos reímos un poco. Pensé en los símbolos que lo acompañaron y que dejaron de hacerlo y tuve la sensación de que la vida es más dura, pero más

contundente y quizás completa si no hay símbolos que la amparen y la justifiquen. Pensé que mi abuelo había dejado atrás muchas efigies y que seguramente no le había resultado sencillo. No era creyente de alguna religión, pero sí le prestaba atención como una de las grandes preguntas de la humanidad. Profundizó acerca de Dios y el judaísmo; más que en la fe, en las preguntas que lo construían. Un día conocí a su primo Berna en un kibutz de Israel. Bernardino era un poco mayor que él, unos meses tal vez. De niños fueron muy cercanos. Cada uno por su parte me contó que se guardaban mucho amor y gratos recuerdos. Cuando nos conocimos, Berna me abrazó tan afectuoso como lo hacía mi abuelo, pero no era tan alto. Hablaba con la misma dulzura y pausas, aunque no tenía la voz tan grave. En esa tarde que estuve con el primo de mi abuelo, pensé que el apellido debía guardar algún gen de la calidez y la ternura, o quizás sus padres les habrían inculcado que eso había que hacer, en un mundo tan lleno de guerras y muertes. Berna le mandó recuerdos y mi abuelo los recibió contento. Me costaba entender por qué, en la era de las redes sociales, a ellos no les interesaba ponerse al corriente y acortar la distancia geográfica con la cotidianidad que ahora la comunicación facilita. Mi abuelo era un hombre sin el tiempo como medida de nada, y a la vez como hecho que ponía sobre la mesa todo. Quizás porque sus reflexiones alrededor de la memoria hacían que este tiempo se revolviera en un presente, pasado y futuro continuo en el que no era imprescindible pensar en lo que vendría, ni tampoco suponer que el pasado había terminado. Todo sucedía todo el tiempo y tal vez por eso ni a él ni a su primo Bernales resultaba necesario continuar un presente ni inventarse un futuro, a pesar de quererse casi como hermanos de la niñez.

Después de todo no dejaron de haber símbolos alrededor de esa larga noche de despedida. Me pregunto qué tipo de vida podría reunir una flor dejada por un comunista de carácter excéntrico, con el abrazo fraternal de un anarquista, en medio del más cariñoso de los católicos, frente a unas chicas de tatuajes y pañuelos verdes y los libreros de Córdoba y mi abuela y el lugar que no dejaba de llenarse de gente que lo extrañaría profundamente. Con todos ellos mi abuelo había tenido algo que ver, a decir de muchos, mi abuelo los había marcado de una u otra forma con su lucidez o bien con su afecto, tal vez con ambos. Esa noche me senté entre Alejandro y Christian y me sentí bien de poder mirar, acompañada por dos de sus grandes amigos, a todas las personas que en algún momento habían acompañado y querido, en sus diferentes for-

mas, a mi abuelo. Y que también, por cierto, mi abuelo había acompañado y querido.

Un día leímos una biografía sobre el Toto que está escrita en la edición especial de *Los Libros*, de la Biblioteca Nacional. La lista de actividades de mi abuelo era enorme, extensa e incansable. A partir de los hechos nombrados, entendí un poco más la forma en que él había logrado abrazar en sus palabras, reflexiones, e ideas que se concretaban en la academia, en estudios o en publicaciones, a tanta gente y tantas preguntas. Un abrazo que abarcaba todo y que por eso no había resultado extraño que aquella noche del diecinueve de diciembre, ese lugar triste que olía a peperina porque nos pareció apropiado, estuviera lleno de cariño y de vidas a las que alguna vez acompañó.

Mi abuelo no dejó de construir, de proponer, de ilusionar, de crear y de provocar a través de sus preguntas y de su mirada.

Alguna vez conoció a Borges, a quien tuvo tan presente. Era un joven cordobés que debía recibirlo y transportarlo en la ciudad por uno o dos días para algún encuentro o entrevistas. Así lo había llamado Borges, me contó mi abuelo sonriendo, el muchacho cordobés. Yo le pregunté si había podido encontrar al de los laberintos pero en lugar de eso me dijo que era un tipo con muy buen sentido del humor. Esos libros estaban en la repisa de su estudio, en el piso de abajo, junto con los más queridos, más leídos y mejor custodiados. Allí también estaban los textos que tenía pendientes por leer y trabajar. Estos últimos eran una montaña enorme y constantemente ampliada que, a decir de él, tenían un orden dentro del aparente caos que se podía juzgar a simple vista. Aquellos libros de su estudio yo no los tomaba ni para leerlos, tenían cierto destello de lo sacro. Sabía que eran parte de mi abuelo, así como sus lentes cuadrados o sus orejas enormes. Eran los libros que guardaba cerca de él. Ya sea para consultarlos o, como alguna vez me dijo, porque le hacía bien mirarlos ahí, cerca y permanentes. Su compañía.

El tiempo con mi abuelo no importaba, ya lo dije. No solamente porque su casa era la nave ideal para viajar por todas las épocas a las que aquel reloj viejo nos pudiese llevar, sino porque él mismo le daba prioridad a las ideas y no al camino en el cual se podría contabilizar el tiempo recorrido. Literalmente, mi abuelo no tenía ningún inconveniente para detenerse en medio de la calle, o entre el caos de transeúntes de una peatonal, para resaltar alguna idea que había surgido del diálogo. Había que detenerse en el camino para prestar mayor atención a lo que remarcaría, nunca una conclusión, más bien un reviro de la reflexión. No resul-

taba fácil para los demás, puesto que había que cuidar que los autos no pasaran demasiado cerca, o que los peatones no empujaran rabiosos y apresurados. Daba la impresión de que mi abuelo sabía que todo lo demás no era tan importante.

A veces tenía prisa porque había salido tarde o porque las cosas incontrollables lo habrían retrasado, a pesar de esto no recuerdo que nunca apresurara una charla que considerara importante, ninguna omisión de la relación, o de la conversación, a costa de ningún reloj.

Lo mismo que irnos a comer unos tacos en la Ciudad de México. Implicaba reservar unas horas –lo que está lejos de ser la costumbre de nosotros, su familia de mexicanos–. Dos de pastor y un agua de Jamaica, otro más quizá y luego uno más. Algunas veces pedía tacos de tripa o algo diferente. Estos son demasiado grasosos para lo que era su costumbre, pero disfrutaba su sabor así que, dependiendo el ánimo, se convencía de que valdría la pena el malestar que pudiera llegar a sentir después y, aventurado, los ordenaba al taquero. Mi abuelo se auto-hacía travesuras gastronómicas de este tipo, y yo me sentía cómplice porque él era bueno haciéndonos sentir sus cómplices en lo que fuera, ya sean unos tacos de cierto riesgo o de cosas más relevantes.

Al respecto de la comida mi abuelo no dejaba de sorprenderme, ya sea por comer con gozo o por hablar con deseo de algunos platillos, mayormente tacos o cortes para la parrilla. Y digo que me sorprendía porque era capaz de hacer un profundo análisis sobre un autor de textos complejos y hablar desde la razón pura con una pasión contagiosa, así como también sentirse emocionado por el sabor de la arañita, aquel corte de la vaca que tanto disfrutaba con mi hermano o de los tacos al pastor que extrañaba con anhelo. La comida estaba lejos de ser un tema frívolo para él, a diferencia de algunos temas políticos.

Mi abuelo estuvo en la cárcel muchas veces. No me habló tanto de eso como yo hubiera deseado, quizá porque era menos interesante de lo que yo esperaba, o tal vez porque fue muy oscuro como para querer compartirlo conmigo. Aunque ahora pienso que tampoco creo haberle pedido que me lo cuente. Estuvo preso por cuestiones de militancia durante días, semanas y alguna vez por meses enteros. Las anécdotas que lo llevaban preso me fascinaba. Antes de convertirse en acciones de consecuencias mortales, me parecían cuentos dignos de cualquier película de aventuras en las que me sorprendía imaginarlo como protagonista. Mi abuela Miriam me cuenta de alguna vez, cuando debía llevar unos panfletos comunistas en un auto que describe pequeño. El camino sería

desde la imprenta clandestina hasta otros lugares en donde los guardarían o distribuirían, junto a ella iba mi abuelo y en el asiento trasero otros dos compañeros del partido que todavía están cerca de mi familia. Me cuenta que manejaba con los gritos nerviosos de las diferentes indicaciones geográficas que los tres le daban, para poder escapar de la policía que podría venir detrás de ellos. También me cuenta cómo fue que se conocieron, en las reuniones o fiestas que hacía el mismo partido. Otra anécdota que me gustaba escuchar, como cuento de la infancia que se repite incansablemente, era que, a la muerte de Stalin, mi abuelo tuvo que permanecer durante varias horas –lo recuerdo como la noche entera– haciendo la guardia, parado junto al invisible representado con cuatro sillas y una bandera. Cuando le pedí a mi abuelo que me contara esa anécdota sonrió un poco, levantó las cejas como cuando recordaba algo muy lejano y sobre todo sorprendido de haberlo hecho. Con el paso del tiempo y de las acciones comunistas, sus reflexiones publicadas, profundamente críticas, acerca de lo que se hacía, y lo que se estaba haciendo en ese momento dentro del partido, hizo que los expulsaran. A partir de eso colaboró con la posible revolución que el Che planeaba para Argentina, había establecido un diálogo epistolar con Cortázar, se llenaba de la fuerza de los personajes de su Rayuela y estudiaba con Roland Barthes en el famoso verano parisino del 68. Imagino que esos años se debían sentir como un único y furioso tornado de ideas, revoluciones, pasiones y certezas. Después, de regreso en Argentina, llegó al peronismo y más allá, a Montoneros. Sé que continuó hasta que no pudo seguir adelante por razones muy parecidas a las que había encontrado en el comunismo. Mi abuelo no dejaba de ser crítico, sin despreciar el valor de las acciones o las ideas que buscaban cambiar al mundo, tampoco le gustaba ocultar la gravedad e importancia de los problemas éticos que acompañan a cualquier movimiento o cualquier idea.

Para el setenta y siete su hijo Pablo había desaparecido y Sergio, mi padre, lo esperaba en el exilio mexicano. Las convicciones ideológicas se habían teñido de una realidad muy cruel como para continuarlas. Supongo que por eso la palabra ideología le provocaba cierto repudio, o habrá sido miedo, porque le tocó mirar de cerca lo que significaba.

Yo siempre intenté tratar mis temas con la mayor certeza posible. Esto es así, yo soy así, ellos son así, las cosas sucedieron así. Fue a través de su ternura, y con su forma de no imponerme ninguna opinión, que mi abuelo me enseñó que las cosas nunca son de una sola manera y que siempre debemos darnos más oportunidad a nosotros mismos. No dejar

de preguntarnos y mirar al resto, mirarnos con un poco de ternura y hasta compasión. Me convenció, a su manera, es decir, sin decirlo directamente y dejando que yo misma lo comprendiera, que ser determinante en las decisiones que a veces hay que tomar, no nos lleva más que al dolor y a una pared sin salida. No porque mi abuelo no haya tomado decisiones, no dejó de tomarlas. Ni porque no hubiera que ser firme y seguirlas hasta sus últimas consecuencias, no dejó de hacerlo y por eso supongo que tantas instituciones académicas le deben tal o cual cátedra, materia, plan académico, publicaciones, editoriales o consejos. Pero también había que darse la oportunidad de equivocarse, y de quererse a pesar de ello, y tal vez eso era lo más importante y por eso mi abuelo no dejó de recordármelo.

Ese reloj de péndulo que marcaba el tiempo que queríamos y no el común, no existe más. Muchas cosas dejaron de existir en el orden y espacio en que las conocí. Pero como el tiempo no es tiempo, el bisabuelo corta salami para sus nietos, mi padre que aunque ahora es mi padre no deja de ser el nieto del zeide Carlos. Hipólita que da vueltas por el corazón de mi abuelo porque, aunque era muy pequeño, la recuerda bien. El Toto que no deja de aconsejarme cuando antes de llenar el carrito, tomo con la mano un tomate y compruebo que no esté demasiado no sé qué, sino que sea perfecto. Mi abuelo que me aconseja escuchar sin prisa a mis amigos y escucharme a mí, en días de lluvia o de sol, con atención y amor y sin creer que el tiempo pudiera ser capaz de romper nada de todo esto.

Confesión final: escribo esta semblanza como un acto de memoria y también de fantasía. Porque la memoria tiene un poco de eso, de fantasía. Creo que mi abuelo leería esta confesión con gusto, y quizá disfrutaría la lectura como un cuento. Le sorprendería saber las cosas que me sorprendían de él y las formas en que interpretaba sus quehaceres. Probablemente hablaríamos el resto del día o de la semana o el mes entero sobre los recuerdos que tengo alrededor de él/nosotros. No, no los recuerdos que tengo de él, nada más los que relato aquí, a modo de una semblanza que no termina de serlo.

Normas de presentación de trabajos para publicar en la revista *ESTUDIOS*

1. La revista *Estudios* es una publicación de carácter multidisciplinario en Ciencias Sociales y Humanidades. Cada número se estructura en torno a un tema de estas áreas, seleccionado por su importancia actual y pertinencia académica. Se reciben contribuciones que, desde múltiples ángulos de análisis y desde una perspectiva crítica, aborden la temática propuesta. Además de artículos se aceptan también reseñas bibliográficas y comentarios críticos, preferentemente relacionados con el tema de la convocatoria.
2. Los artículos enviados deberán constar de 4000 a 6500 palabras, incluidas las notas y referencias bibliográficas. Los comentarios bibliográficos deberán tener entre 1500 y 3000 palabras y las reseñas un máximo de 500. Deberán presentarse en formato Word (.doc, .docx) a través de la página de la revista y enviarse una copia a la dirección electrónica revistaestudioscea@gmail.com
3. Los manuscritos deben ser originales y no estar propuestos simultáneamente para publicación en otra revista. Al momento del envío final del trabajo se exigirá al/los autor/es la firma de un compromiso de originalidad.
4. Las contribuciones de la sección Artículos serán evaluadas en primera instancia por el Consejo Editorial y aprobada esta etapa se remitirá a una evaluación externa mediante el sistema de doble ciego, mientras que los manuscritos de las secciones bibliográficas serán evaluados por el Consejo Editorial. Todos los trabajos aceptados serán sometidos a una revisión de estilo.
5. Los autores deben enviar un CV abreviado y sus datos de contacto.
6. Se debe incluir un resumen de 200 palabras como máximo y hasta 5 palabras clave (en español e inglés).
7. El texto debe presentarse en Arial 12, interlineado 1,5. El título debe ir en negrita, alineado a la izquierda, sin punto final, sin subrayar y sin mayúscula sostenida. Para las notas al pie se utilizará Arial 10.
8. Las citas y referencias bibliográficas deben respetar las normas APA (sexta edición). Las aclaraciones y referencias documentales se harán a pie de página.
9. La no observación de estas normas de presentación podrá ser motivo de rechazo de los trabajos.